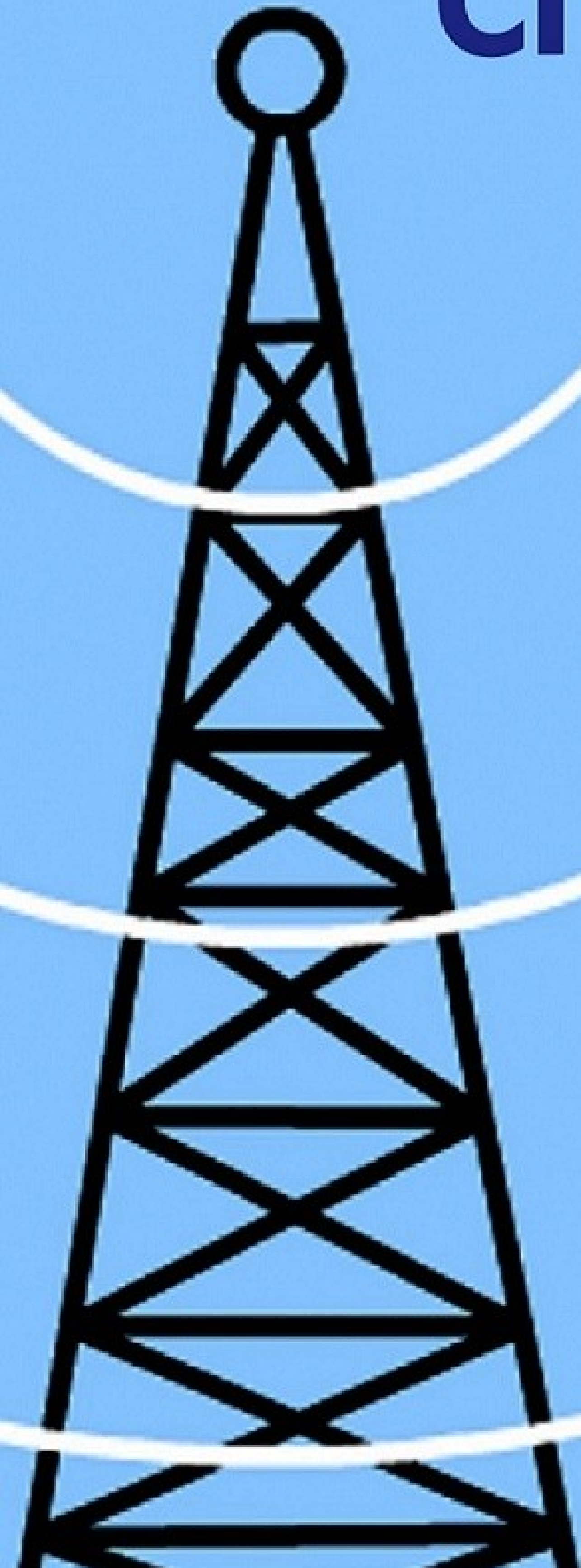
¿Se puede creer aún?

FULTON SHEEN



MONS. FULTON SHEEN

¿SE PUEDE CREER AÚN?

1959

PUEDE IMPRIMIRSE:
Monseñor Dr. ANTONIO ROCA

Censor, Dr. ALBINO MENSA
Arzobispado de Buenos Aires
3 de enero de 1956

ÍNDICE

Introducción

¡Monseñor Fulton Sheen!

En América todos lo conocen. Es un sacerdote que recibe hasta 100.000 cartas al mes; tiene diariamente un promedio de cincuenta conflictos matrimoniales para resolver; ha escrito una treintena de libros; tiene cuatro grados académicos; ha presidido la Facultad de Filosofía en la cátedra de Washington; predica desde 1925 en las catedrales de Londres y de Nueva Y orle y, cada tanto, asombra al mundo con legiones de convertidos que bautiza en San Patricio, en el corazón de la ciudad más populosa de la tierra.

*En 1947***,** *un día de cuaresma, ha recibido en el seno de la Iglesia a 43 convertidos. Había entre ellos un ministro bautista, algún ateo, una manicura hebrea.*

Actualmente es obispo auxiliar de Nueva York.

*Le he conocido en una fría noche de febrero de 1950***,** *en el auditorium de la compañía radiofónica nacional de Nueva York, durante una transmisión directa a Rusia.*

Habíamos llevado allí al director de las brigadas juveniles católicas de América, padre Cavanaugh Donnelly, un antiguo artista de Hollywood vuelto clérigo.

También se hallaba conmigo el padre Mario Fogarolli.

Nos habíamos ubicado en la cabina de control y su voz, en aquel silencio acolchado, tenía suaves ecos aterciopelados.

Hablaba recogida y dulcemente; la vestidura escarlata del prelado le comunicaba un aspecto vivaz, atenuado por el espesamiento de cabellos grises.

"¡Oh amado pueblo ruso, nosotros te amamos rogamos por ti, para que tu suelo vuelva a llevar d nombre de Santa Rusia.

Tus comunistas cuentan, aquí, con una quinta columna, pero es más numerosa la que hoy se esconde en tus ciudades, en tus estepas, quinta columna constituida de enamorados de Cristo, de *bogoiskateli:* buscadores de Dios. ¡Valor: cada mañana, todos los sacerdotes católicos, tras la misa, elevan renovadas plegarias para ti! Debemos pedirte perdón; te hemos hecho daño con nuestra indiferencia apática; nosotros debemos desembarazarnos de esa falsa tolerancia que ha contribuido a remachar las cadenas en torno a tus muñecas".

Sus ojos tenían vivas transparencias; su palabra se volvía ligera como un soplo cuando, doblado ante el micrófono, como si entre las manos tuviese un corazón de carne, pronunciaba la palabra rusa: DUSCIA: *alma. El me ha confiado que todas las mañanas celebra la misa en un cáliz de oro que le fue regalado por un amigo suyo, hebreo y evadido de Rusia. Durante la cuaresma, todos los lunes, celebra misa por el pueblo ruso.*

Es un prelado irlandés; uno de esos irlandeses que llevan en el alma la nostalgia por el paraíso, y se sienten peregrinos sobre la tierra, en camino eterno hacia "la morada".

En aquélla noche de febrero, al recorrer de nuevo la Quinta Avenida barrida por el viento, entre la profusión de luces y el estrépito producido por autos de todo color que pasaban frente al Waldorf Astoria desbordante de alegre música, tuve ganas de cerrar los ojos y pensar. Necesidad de evasión, tristeza de lo que pasa, fastidio por el áureo pulverizado resplandor. Entonces, aquellos ojos luminosos y profundos continuaban ejerciendo sobre mí la fascinación de una droga. ¿Era aquella tal vez la luz que encaminaba hacia Cristo a tantas almas extenuadas, a tantos desolados del mundo terreno? Al preguntarme esto, pensé nuevamente en sus legiones de convertidos.

Pensé en la honorable Clara Boothe Luce, que no creía en el infierno; en Budeuz, el director comunista que volvió a creer en Dios tras una hora de coloquio en torno a la Virgen; en Ford, el millonario que asiste a Misa a orillas del lago Michigan, junto al convento de las buenas hermanitas de Santa Sofía Barat; en Haywood Brown, en Fritz Kreisler, el violinista que tomó la Primera Comunión junto con su mujer, en un domingo de Ramos.

Para el mes de marzo, Monseñor mandó desde Washington su último libro: "¿SE PUEDE CREER AÚN?".

Quise entonces estudiar su método para descubrir el secreto de su eficacia.

Algunos meses después, miss Rosa Mele, una de las directoras técnicas del hospital Santa María, de Cambridge, en Massachussetts, me enviaba de regalo otro hermoso libro de Monseñor: "PAZ DEL ALMA".

Ahora ya he comprendido.

El ha descubierto una belleza extraña pero auténtica, en el pecado: éste genera en el corazón la nostalgia del retorno. Para expresar todo el vacío del alma que ha renegado de Dios, el siente la necesidad de improvisar una nueva expresión; existe una "gracia blanca" *y es la presencia de Dios en el alma; y una* "gracia negra", *o sea la cruda soledad, llena de dolor y de lamentaciones por parte de quien ha extraviado la senda que conduce al Señor.*

Asimismo el sabe que la conversión, que cada paso del alma tornando al amor de Dios es un don sobrenatural "tal como si un perro repitiese las palabras de Shakespeare o como si floreciera el mármol". *Y sabe también que es menester orar para alcanzar esta gracia.*

Cuando a monseñor le fueron conferidas las sagradas órdenes, oró durante todo un año por una joven incrédula de su parroquia. La recordó durante la misa. Al cabo de un año, volvió a ocuparse de ella. Se hallaba tísica, a punto de morir. Le habló, en una entrevista que duró treinta horas en total. Al término de esas lecciones, la enferma estaba curada. Desde hace veintiocho años es una buena católica americana.

Nunca discutáis con los extraviados, jamás, jamás. Ninguno se extravía por un motivo teológico, ninguno vuelve tampoco a la fe por aquel mismo motivo.

Hace falta comprender su angustia.

Cuando los hombres se infligen sufrimientos, arrebatándose unos a otros sus bienes, Dios, en su deseo de enmendarlos, los deja solos; esa es la hora en que sentimos haber vendido a Cristo. Como Judas.

Y el abismo promueve miedo, engendrando en el corazón una necesidad creativa, plena de amor, tanto más grande cuanto más uno se siente pequeño hasta colmarlo, como un nido. Y entonces se vuelve.

Creo que son muy pocos los que han hablado así acerca de la bondad de Dios, tal como lo ha hecho este prelado irlandés. Su verbo fascina.

“Jesús ha amado a los pecadores”. Esa fue una de las acusaciones de sus enemigos.

Uno de los principales apóstoles se hallaba junto a El, embargado por feroz odio. El hijo que, en el Evangelio, se rebeló contra la voluntad del padre, fue preferido al hermano que, prometiendo, luego no obedeció. La descarriada ovejita fue llevada sobre las espaldas del Buen Pastor y las noventa y nueve restantes fueron dejadas en el campo. La dracma perdida y luego recobrada fue causa de júbilo para su dueña, en tanto ninguna fiesta tuvo lugar por las otras nueve dracmas, nunca desaparecidas. Jesús habla con la pecadora de Samaria, junto a la fuente de Jacob y maravilla a sus discípulos. Protege a la adúltera que debía ser lapidada precisamente por aquellos cuyos adulterios permanecían encubiertos. El anuncio de Su encarnación es hecho por un ángel a una virgen pero la nueva de su Resurrección es confiada a una pecadora convertida. La parábola del hijo pródigo es la historia de dos hijos en conflicto frente al amor paterno. Uno de ellos por ser demasiado malo; el otro, por ser demasiado bueno. No obstante el malo —el pródigo—, es quien regresa al seno del cariño; en cambio el bueno, no queriendo el retorno del pecador arrepentido, se niega a tomar su puesto en el banquete familiar, junto a su padre y participar así en la alegría del regreso.

Para él, Cristo es como una madre, más solícita con el hijo más débil.

Y la Virgen, para todos aquéllos que se apartaron del amor de Dios, debe encerrar él propio corazón de Cristo...; “porque bien sabe Ella lo que es vivir sin él... ¡También ella lo perdió por espacio de tres días!”.

Su método para atraer a sí las almas se inspira en él de Nuestro Señor Jesucristo: la dulcedumbre, la comprensión, la bondad del Buen Pastor.

“Si no existiese el pecado, Dios habría podido permanecer infinitamente bueno, sin su pesada carga, mas le resultaría imposible mostrarse misericordioso”.

El domingo siguiente al día de nuestro encuentro, escuchando su transmisión radiofónica, oí que le daba término con las siguientes palabras: “Todos vosotros, los que os habéis desprendido del amor de Dios, tenéis entre vuestras manos y entre vuestras riquezas aquello de que

Dios carece; sólo vosotros podéis brindarla, para propia felicidad y la de El también: son vuestros pecados".

Monseñor afirma que en los Estados Unidos hay cerca de diez millones de almas prestas a incorporarse a la Iglesia Católica.

Hace falta orar.

De este modo, también el problema ruso tiene para él una solución capaz de evitar la guerra: el rezo: "Tal como el sol, que recogiendo los efluvios de la tierra y remontándolos, los confunde con las nubes, los transporta sobre los continentes y los deja caer luego sobre otro territorio, de igual manera los ángeles de Dios, recogiendo nuestras plegarias y llevándolas en lo alto hasta detrás de la cortina de hierro, pueden dejarlas caer sobre Rusia, transformadas en Gracia".

Fulton Sheen ha comprendido el alma moderna. Se dirige al corazón y el corazón... late todavía.

En estos días, volviendo a pensar en él, he recordado un pasaje ya centenario, de Kierkegaard, redactado con la igual vibración de un espíritu apasionado, humano, que cada una de las páginas de monseñor Fulton Sheen refleja; y he querido repetirlo por la noche, al hallarme solo: "Aunque no puedas realizar ninguna obra de amor, por faltarte los brazos y las piernas; aunque no puedas consolar a los tristes con tu canto o ayudar a los desvalidos con tu brazo y aún si no pudieses arrojarte en medio de las llamas para salvar al prójimo, siempre te será posible volverte hacia todos los que sufren y tener para la divina familia de los crucificados sobre los leños de todos los dolores una mirada de fraterna comprensión y ofrecer al Dios de toda consolación por cada uno de ellos una sumisa plegaria".

Y aún ahora me parece estar todavía allí, en el auditorium de la "National Broadcasting Company" de Nueva York, escuchando a monseñor Fulton J. Sheen.

PADRE HERMINIO CRIPPA, S. C. J.

En el amor de Jesús

Mensaje radiofónico del 1º de enero de 1950

> *"Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los Cielos."*. (San Mateo, V, 44)

Amigos:

¡Feliz Año Nuevo! ¡Dios bendiga vuestro reposo y vuestra senda! Hago votos para que podáis dar a Dios, en cada día de este año que se inicia, las tres cosas que a El le faltan para completar su tesoro infinito: nuestra necesidad de El, nuestra buena voluntad y el arrepentimiento por nuestros pecados.

Permitidme comenzar esta transmisión de la mejor manera: con amor; amor no sólo por aquellos que nos aman, sino también hacia aquellos que no nos quieren.

Creo firmemente que el mundo está dividido en dos únicas categorías: aquellos que han encontrado a Dios y aquellos que todavía lo buscan. Del punto de vista del amor no existen perseguidores fanáticos o benefactores. Solamente existen innumerables almas que amar. Sea ésta por consiguiente una invitación a abrazarlas a todas en un afectuoso abrazo.

Consideremos en primer lugar a los perseguidores. Aunque los mártires de la fe hayan sido con toda probabilidad más numerosos desde 1917 en adelante, que en el transcurso de los 250 años de persecución romana; si bien en esta hora convulsionada sacerdotes húngaros y polacos y de tantas otras naciones son crucificados ante los muros de sus comunidades, nosotros no debemos cesar de amar a nuestros perseguidores con el mismo amor de Jesús.

Ahondemos en el misterio de esta persecución y démonos cuenta que, si estos perseguidores, que se atribuyen el nombre de enemigos de Dios, no se ocupasen de nosotros, o si para ellos fuese indiferente que nosotros amáramos a Cristo Crucificado, nuestra sal habría perdido su sabor, nuestro fuego se habría extinguido, nuestros labios ya no serían tocados por los tizones del cielo. Hubo una vez en que una persona vino a ser juzgada por todo el amor que provocaba en torno suyo; hoy somos juzgados por el número de nuestros enemigos. El odio que sienten los ladrones hacia los jueces de nuestros tribunales, por cierto es un tributo a su justicia. Cuando un malvado odia a un alma enamorada de Jesús, demuestra conocer que ese amor es sentencia negativa para el mal que lo atormenta. Los perseguidores se dan cuenta que sólo el amor de nuestros corazones por el Cuerpo Místico de Cristo impide al comunismo conquistar el mundo (si deseáis saber qué es el Cuerpo Místico de Cristo, os remito a San Pablo. Si preferís esperar, os lo diré dentro de pocas semanas). Los perseguidores nos ofrecen el gustoso homenaje de la hostilidad, el agradable obsequio de la oposición. En nuestra patria, los egoístas y los indiferentes no piensan jamás en el Señor, en nuestra fe, en la divina presencia sobre nuestros altares. Pero los perseguidores sí piensan, porque no se les oculta que han de ser derrotados si el amor de Jesús, continuado en su Cuerpo Místico, prevalece. Pero no olvidéis jamás que debemos rogar del mismo modo como el Salvador rogó por sus perseguidores: *"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".* El Señor, preanunciando estos infaustos días, nos ha prescrito regocijarnos. *"Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrecieren y cuando os apartaren de sí y os demostraren y desecharen vuestro nombre como malo, por el Hijo del Hombre. Gozaos en aquel día y alegraos porque he aquí que vuestro galardones grande en los cielos"* (San Lucas, VI, 22-23).

Quiera Dios que no se halle lejano el día en el cual aquellos que persiguen, amen; puesto que el odio no es otra cosa que amor vuelto del revés. Orad cada día por Rusia. Puesto que si no es encaminada de nuevo hacia Dios, continuará sembrando guerras y revoluciones en el mundo. En cambio, si regresa a Dios, ha de constituirse aquí en la tierra, en uno de los más importantes testimonios para su Divino Hijo. Tal vez os agrade saber que cada día, en el sagrado sacrificio de la misa, me sirvo de un cáliz fabricado en Rusia, usado en otro tiempo por sacerdotes de ese país.

Los comunistas se lo vendieron a un hebreo amigo mío, el cual, conociendo mi interés espiritual por el pueblo ruso, me lo regaló para que lo usase al ofrecer el sacrificio del Calvario por Rusia.

Mi más vivo deseo es poder restituirlo un día a Rusia, para que ellos puedan rogar por nosotros como ahora nosotros rogamos por ellos. Ellos se hallan en verdad menos alejados del Señor de lo que lo están algunos de nuestros hombres del mundo occidental.

El soldado comunista que dispara sobre la hostia durante una procesión del Santísimo, no habría disparado si hubiera creído que se trataba sólo de un trozo de pan. El es consciente de la diferencia, aun en medio de su acto de violencia: cree en la presencia real, pero no lo suficiente como para adorarla. Todavía al presente, en los campos de concentración, los rusos cantan el viejo himno cosaco:

"Siberia está ganada para Cristo
y no es vivir en vano de esta suerte"

¡Concede, oh Corazón de Jesús, que pronto puedan ellos retornar a la Casa del Padre y que sus fuegos se eleven en altas llamaradas, en amor de tu santo nombre!

En lo que respecta a los fanáticos: amad a aquellos que lo son. No nos agrada la definición, porque es sectaria; en adelante los llamaremos "amigos". De entre ellos, muchos lo son de buena fe, y pronuncian enormidades contra el Cuerpo de Cristo sólo por ignorancia. ¡Podremos acaso vernos libres de calumnias, cuando el Señor mismo fue acusado de pervertir políticamente a la nación? Consolémonos al pensar que, para atacarlo, ellos deben ocuparse del Cuerpo Místico de Cristo. Ellos no escriben ni predican contra Marte, porque no se interesan por Marte. La psicología nos enseña que un odio semejante nace del miedo de amar. Quizás *hablan* tanto del Cuerpo Místico, porque, por el momento, temen *sentir hablar.* Están combatiendo contra la idea misma de poderlo amar como Pablo, cuando custodiaba los hábitos de los lapidadores de Esteban.

Además, vosotros y yo hubiésemos sido educados en el mismo clima de embustes que ellos siempre han padecido, probablemente nosotros odiáramos tal vez más aún al Cuerpo Místico de Cristo. En el fondo no lo odian, sino que aborrecen la idea que de él se han formado. Es indudablemente muy doloroso, que hombres que han hecho votos por la causa de Jesús y que llevan el hábito religioso, puedan sembrar el odio y la calumnia contra su prójimo, que comparte la misma finalidad, bien que con una fe diversa, de servir a Jesús. ¡Hay ya tanto odio, tanta envidia, tanta rivalidad, calumnias tantas en el mundo! ¿Por qué no buscar el modo de que todos lo amen? Los cañeros no destruyen cañerías, todo lo

contrario, las reparan; de igual manera, nosotros nos debemos a la difusión del amor, no a la del odio y los malentendidos.

No nos toca a nosotros juzgar al prójimo. Dejamos ese juicio a Dios. Ellos poseen fuego y pasión y Dios podrá hacer de ellos lo que no podría hacer de los tibios, que El vomitará de su boca. Si el Señor no amase aún a los fanáticos, jamás habría escogido entre ellos a Pablo.

¡Creo firmemente, que cuando llegue, mediante la penitencia y la devoción, al Corazón Inmaculado de María, el día de la regeneración del mundo, los más grandes apóstoles y los más grandes santos no han de salir de entre nosotros, que somos tibios, sino de entre aquellos de cuyo fuego podrá valerse Dios para iluminar al mundo! Sin tener en cuenta cuanto ellos dicen, amadlos, rogad por ellos y dadles bondad *"a fin de que seáis hijos del Padre vuestro que está en los Cielos"*.

Hablemos, por último, de los denigradores. Les llamaremos, también a ellos, "amigos". Si han llamado al propio Señor ebrio y glotón ¿osaréis lamentaros porque se mofan y entretienen con vosotros? ¿Y protestáis porque os cubren de preguntas, no porque quieran una respuesta sino más bien porque no la desean? Permaneced contentos y agradeced a Dios también por esto. Si no escarnecen a nadie más, ni siquiera a los que profesan una religión personal, si no se burlan de nadie fuera de nosotros y si nos atormentan, es porque saben que nosotros poseemos algo que les falta y porque saben que nuestra fe es un reproche a su mal. En el fondo ellos suspiran por nuestra paz y desearían cambiar sus dudas por nuestra certidumbre, sus temores por nuestro júbilo, su confusión por nuestra fe en Dios. Nos envidian porque desean aquello que nosotros tenemos, pero al precio que ellos señalan, no al de Jesús. Anhelan nuestra fe sin la Cruz.

¿No percibís acaso cómo se ponen en guardia? i No apreciáis cómo se afanan en escribir y hablar para encontrar las razones que les impidan creer en el Cuerpo Místico de Cristo? Se sienten obligados a dar explicaciones por el hecho de no construir una pequeña casa sobre la Piedra fundamental, aunque nadie los haya impulsado a ello ni les haya preguntado nada. Acostumbradamente, nadie relata al primero que encuentra por qué no cree en un nuevo culto del sol o por qué la de Durban es una trampa publicitaria de una marca de dentífricos, dado que el culto al sol y los dentífricos no dan que pensar. Si un chino llegase a nuestro país nunca pronunciará una conferencia acerca de las causas por las que él no es un adepto de Confucio, pero aquellos individuos se sienten en el deber de darnos monsergas sobre las razones que los mueven a manifestarse contrarios a nuestra fe, y no nos expresan aquello en lo que creen sino tan

sólo aquello en lo que no creen. Jamás nos confiesan los motivos que les impelen a trasladarse a la Isla de la Roca (Rock Island), pero nos proporcionan exhaustivos detalles sobre las causas que les impiden llegarse a la Roca de Cristo. Busquemos entender su psicología y tener paciencia con ellos. Cuando alguno ataca la fe en Dios, las leyes morales, la divinidad del Señor y de su Cuerpo Místico, recordaremos esta regla: "No asignar tanta importancia a aquello que se dice, como a la búsqueda de los móviles que los llevan a hablar así". La mayoría de las objeciones no provienen de su razón, sino de su conducta o del modo en que viven. Por lo demás, ellos protestan, discuten, se burlan al fin de cuentas porque tienen un profundo deseo de llevar a cabo alguna acción contra el principio que están combatiendo. Si una madre le dice a su pequeño que no se aproxime al agua, se debe a que éste había demostrado el deseo de nadar. Probablemente sin haber amado todavía al Divino, ellos temen inconscientemente enamorarse de Jesús porque en El todo atrae.

El mundo se ha llenado, de improviso, de una categoría de gente llamada los "yo no soy". El Señor ha repetido siete veces: "YO SOY" (por ejemplo: "Yo soy el Buen Pastor"). Setenta veces siete aquellas personas dicen: "Yo no soy" (por ejemplo: yo no soy creyente porque...). Esas palabras traducen su vacío y cuán hambrientos se hallan del Pan Eucarístico que nos da el verdadero ser. Ellos hablan como si padeciesen un desengaño amoroso, y realmente lo padecen, están desilusionados, como cualquiera que limite el propio amor a las cosas terrenas. He aquí el motivo por el cual ponen a todos en guardia a fin de que no se enamoren del Cuerpo Místico de Cristo. Como un hombre que, pongamos por caso, haya llegado tarde a la partida de un vapor y recomiende a los demás no emprender nunca una excursión marítima. Confiesan su sed pero no quieren que otros beban.

Ellos buscan la Verdad. Y la verdad ha abandonado las aulas y los libros y ha entrado y se ha mezclado en el pan que comemos, en nuestro trabajo cotidiano, en las agonías que sufrimos, en la saciedad que provoca náuseas, en la aprensión de]a bomba atómica, en el miedo a vivir, en la vanidad del placer, en la soledad de las noches de insomnio. *Dios está ganando* estas almas, no a través de su razón, que es débil, sino a través de su hambre, que es grande. Si nosotros no llegamos a comprender cómo sus corazones se hallan oprimidos por la idea Dios, correremos el riesgo de alejarlos de El. Sus escarnios son tan sólo máscaras y en el fondo de su corazón no reclaman sino que se les desenmascare. Debemos reprenderles

mucho menos de cuanto le reprenden aquellos de entre nosotros que les odian porque se sienten odiados.

¡Tened caridad para con ellos! ¡Vosotros, que no alejaríais de vuestra puerta a un hambriento, aún si os hubiese insultado, no alejéis un corazón! Daos cuenta de las bendiciones que habéis recibido, de las dudas que os han sido ahorradas, de los odios de los que os habéis librado, de cuán oscura permanecería vuestra mente si no recibiese las luces de la fe. Load a Dios que os ha permitido entender semejantes cosas, y os ha proporcionado sus santos Sacramentos, que infunde la Vida de Jesús en vuestra alma. Pensad en aquellos que, teniendo vuestra fe, amarían la Boca de Cristo mucho más que vosotros y serían mucho más fieles a la Comunión frecuente; celosos en la verdad* caritativos en las obras, prudentes en las palabras.

Se agrupan a millones, como pájaros heridos, en torno a la Roca. Postraos de rodillas por ellos; por ellos sacrificaos. Sed vosotros el signo del Eterno sobre la faz de la tierra, el misterio de la Fe contra el misterio del mal. Llevad amor a quien os odia y piedad para las lágrimas humanas; llevad bendiciones a aquellos que han olvidado la necesidad de una bendición. Sed la escritura disimulada en el pergamino de su vida. Sed las estrellas de su noche oscura.

Si tú callas por un día, una luz podrá faltar en el mundo, y *más de un alma* podrá pasar la noche entre tinieblas. No disfrutes tú solo de tu felicidad a fin de que no te sea arrebatada. ¡Eres *tú* quien cree en Dios! Próximo se halla el día en el cual estas pobres almas desilusionadas se den cuenta que también para ellas no hay ningún otro en el que puedan creer y que para el hombre no hay alternativa ni términos medios. ¡Si no tiende hacia. Dios, no llegará a ser hombre y ha de volverse nn demonio!

Entrelazad vuestros dedos, pequeñas agujas góticas de una humana decena, en el rosario. ¡Perdonad a aquellos que os persiguen, amad a aquellos que os odian, bendecid a quienes os ultrajan! Esta es la senda de Jesús; y por ella debemos seguirlo si queremos ser dignos de El.

Os quiero hacer una pregunta: ¿quién es más fuerte, aquél que dice: “te odiaré si no amas”, o aquél que dice: “te amaré siempre, aunque me odies”? Porque si una sola gota de amor puede cambiarse en odio, es evidente que desde el comienzo no ha sido verdadero amor. El amor es inmutable como Dios.

Si recorréis los caminos del mundo con la idea de que se halla lleno de enemigos y de fanáticos, os sorprenderéis al encontrarlos en abundante

cantidad. Pero si camináis con la certeza de que cada alma busca a Jesús, os asombraréis de la interminable muchedumbre de aquellos que os obliguen a amarlos. Yo los encuentro por todas partes.

¡Poned amor allí donde no lo halláis y no encontraréis sino hermanos que amar!

¡En el amor de Jesús!

Cristo eterno en los siglos

Mensaje radiofónico del 8 de enero de 1950

"Amigos, no os dejaré huérfanos: vendré a vosotros." (San Juan, XIV, 18)

Amigos:

"Dadme un enamorado y yo podré decirle que es Dios". Esta es una antigua y famosa expresión de San Agustín. Quien ama, suspira por poder unirse a la persona amada. En el matrimonio, el ideal de los esposos es fundirse, llegar a ser dos en una sola carne; en la religión, el ideal es identificarse con Cristo, ser una sola cosa con El. Nadie puede amarlo sin sentirse aguijoneado por el apasionado anhelo de unirse a El en el pensamiento, con el deseo, en cuerpo y alma.

Con tal motivo, se impone un problema y una pregunta: "¿Cómo unirse a Cristo?".

Su vida terrena terminó hace ya más de mil novecientos años. Algunos creen, por eso, que ha atravesado el escenario de la historia como César o Aristóteles, y luego habrá de desaparecer en el transcurso del tiempo. Para compenetrarse con su pensamiento, para hacerlo revivir en esta época moderna, ellos sugieren leer algunos fragmentos de su vida, reunirse a entonar himnos en su honor o a escuchar a quien nos hable de El, y de su vida.

Poco a poco, El se vuelve a los ojos de estos admiradores suyos un moralista profundo, un reformador análogo a Buda y Sócrates que han dejado, con sus espléndidos ejemplos, una luminosa estela en el curso de la historia: o sea, un gran hombre.

Ellos no pueden ser otra cosa que mentalidades mezquinas. Jesús no puede ser tan sólo un buen hombre. Si El no es aquello que ha proclamado ser, aquello que sus milagros han probado y los profetas habían predicho, es decir, el Hijo dé Dios, entonces es un vulgar embrollón, un ruin, un charlatán. ¡Si El no fuese el Cristo, e Hijo de Dios vivo, sería el Anticristo!

Hace falta comenzar a comprender a Jesús; desprender su figura del fondo de los siglos, del misterio de su persona.

Pensad en vosotros, una parte que se toca, que se ve, vuestro cuerpo hecho de carne; y otra parte invisible, vuestra mente y vuestra alma, con sus pensamientos, su necesidad de amor, sus apetencias, vuestra alma está en cierto sentido, encarnada en un cuerpo: el cuerpo es la parte animada y unificada de vuestra alma. Pensad ahora en Jesús: El es la verdadera encarnación, no ya de un alma en un cuerpo, sino de Dios en la naturaleza humana. Hay algo visible en El, su perfecta naturaleza humana, que maneja las herramientas del oficio, acaricia la cabeza de los niños, tiene ser y piensa y sueña como los otros hombres. Pero hay en El, algo invisible, su Divinidad. También esta última se traduce solamente, como nuestra alma, a través de las manifestaciones del cuerpo que vive. La misma unidad que armoniza, en un hombre, el alma y el cuerpo de un modo todavía más íntimo y perfecto, liga la naturaleza humana y divina de Jesús en una única persona, la del Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero Hombre.

Ahora estamos preparados para releer los Evangelios. San Juan, en el último capítulo, declara que él hubiese debido escribir todo lo que Jesús había cumplido, *“el mundo entero no hubiese sido suficiente para contener los volúmenes que hubieran sido escritos”*.

La múltiple actividad de Jesús puede ser, sin embargo, sintetizada en tres capítulos: El, como Maestro, enseñó; como Rey, gobernó; como Sacerdote, santificó a las almas.

El ha enseñado. Era la verdad, ya que era Dios: *“¡Yo soy la Verdad!”*. Por primera vez en la historia, la Verdad se identificaba con una persona. Antes y después de El, los hombres deben decir: “Esta es mi doctrina, mi método, mi sistema: seguid estas reglas”.

Ellos sienten que aquellas cosas distintas de su persona son abstractas, alejadas de la realidad. Nadie se enamora de una teoría geométrica, de una tesis metafísica. La verdad, para ser amada, debe encarnarse en una persona. Jesús lo sabía. Pero ninguno había osado ir más allá, estableciendo esta identidad. Buda y otros sabios habían dictado

sistemas religiosos. Jesús reunió todo en su Persona. El es la Verdad. No será verdad si está fuera de El. Esta es la base del Evangelio, del Cristianismo.

Nada de cierto puede ser enseñado fuera de El, que directa o indirectamente no se refiera a El, centro que agrupa todos los senderos desparramados, panto desde el cual se irradian todos los caminos.

Los otros han dictado códigos, El ha querido ser romántico como el amor. Toda verdad filosófica, científica, artística y jurídica está en El. El es la sabiduría, el arte, la ciencia. El es nuestra Universidad, porque todo saber se afirma en El, Verdad que nos puede enamorar.

¿Podríais creer que esta Verdad Divina haya venido a este mundo tan sólo para pronunciar unas pocas palabras disipadas en el viento de Galilea? Resulta absurdo creer que Jesús quien ha escrito una sola vez en su vida, y sobre la arena, El, que nunca ordenó a nadie escribiese, haya querido encerrar la Verdad exclusivamente en pocas máximas recogidas por sus acólitos veinte años después de su muerte y redactadas en forma oficial sólo tres siglos después. Admitiendo, no obstante, que estos libros que leo a diario y en los cuales creo, sean inspirados y revelados, me parece imposible pensar que puedan ser la única vía para comunicarnos la Verdad, considerando sobre todo que ni siquiera fueron escritos antes que el Cuerpo Místico se hubiese difundido por todo el mundo romano. Si El no hubiese tomado precauciones para defender esa Verdad por la que había muerto, preciso es decir que no la amaba. Y si El no hubiese podido hacer llegar esta Verdad hasta nosotros, no sería Dios. Nuestra dificultad y nuestro punto de discusión consisten ahora en descubrir esta verdad infalible. ¡Retorna, oh Cristo, no con una verdad muerta, sino con la viva, la palpitante verdad de Dios capaz do guiar al mundo de las tinieblas hacia la luz! ¡Ven con esta verdad, aunque debas para ello hasta usar tu humana naturaleza para comunicárnosla!

El es Rey, fuente por eso mismo de toda autoridad. Como Hijo de Dios pudo afirmar: *"Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra"*. (San Mateo, XXVIII, 18). Los vientos y los mares lo obedecen y cuando Pilatos, con el lenguaje propio de los dictadores, se jacta de tener el poder suficiente para condenarlo, Jesús le recuerda: *"Ninguna potestad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba"*. (Juan, XIX, 11).

Otra cosa en la que no se puede creer es, asimismo, que este poder de cambiar el corazón de los pueblos haya desaparecido con su muerte. Vivimos en un mundo donde falsos poderes invocan nuestro apoyo, la

opinión pública nos aturde y donde los poderes del Estado invaden nuestros derechos privados.

Tenemos necesidad de alguien que recuerde a estos Pilatos que hay, allá arriba, otro Poder. Contamos con una cantidad de jefes que nos dicen aquello que está bien, cuando todo va bien; nos hace falta un Cristo vivo que nos diga la Verdad, cuando las cosas van mal y el mundo yerra. ¡Ven, oh Cristo, con tu divina autoridad, libéranos aunque para ello debas usar éstas nuestras humanas envolturas, como usaste en su momento la tuya'

Jesús es nuestro Salvador, el Sacerdote que nos santifica. Cuando El se encontraba aquí abajo, no solamente reactivó los paralizados miembros de los enfermos, los cadáveres de los muertos, no sólo abrió los ojos de los ciegos a la luz del sol de Dios; también El ha pacificado los corazones y santificado las almas. Ha personificado igualmente en Sí la Santidad: *"Yo soy la Vida".* Con estas palabras El no quería referirse sola la vida física, sino a la espiritual, divina, del alma. El vino para ser el puente entre Dios y la humanidad. El hombre se halla manchado de culpa; Dios es santo y no hay ningún punto común entre ambos. Sólo Jesús podía ser mediador entre la tierra y el cielo, siendo Dios y Hombre. Este es el significado de Cristo Sacerdote, vínculo entre Dios y los hombres, venido para acercar a Dios hacia los hombres y a éstos hacia Dios.

¡Qué absurdo resulta creer que Dios, llegado a esta tierra para destruir los pecados y santificar nuestras almas elevándolas, haya dejado solamente escasos recuerdos literarios y unos cuantos himnos para poder lograr esta vida divina! ¿Acaso las Magdalenas de nuestras ciudades modernas no puedan tal vez obtener el perdón que le fue acordado a aquella mujer que entró en la casa de Simón? Y todos los desengañados, los abrumados, los esclavos del vino y de los licores, los vacilantes, reducidos a semejante condición por sus pecados, ¿no podrán quizás ser perdonados porque Cristo se olvidó de dilatar su divino poder de perdón? Todas estas maneras fatigadas y maltrechas por su pasado ¿deberán sufrir la agonía de pensar que Cristo ha pasado y que ya no existe?

Algunos, por esta razón piensan que Jesús habría debido quedarse aquí para siempre. Pero El nos ha dicho: *"Os es necesario que Yo vaya: porque si yo no fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si Yo fuere, os lo enviaré"* (Juan, XVI, 7).

Esto significaba que si El hubiese permanecido entre nosotros, estaríamos tan cerca de El con un apretón de manos, el sonido de una voz, el estremecimiento de un abrazo, como lejos respecto a la intimidad que

Dios quiso tener con el alma, y el alma en verdad suspira de poder alcanzar a Dios. Yéndose en cambio al cielo, y enviándonos su espíritu, El ya no sería un modelo que sirviera de copia, sino una vida capaz de ser vivida. Y su mentalidad se constituiría en la nuestra; su Vida, en nuestra vida.

Esto es cierto. Quien ha sido destinado a vivir novecientos años después del nacimiento de Cristo, no puede ser castigado por esta desgracia de tiempo y espacio. En cambio es posible que nosotros tengamos más necesidad de El que sus contemporáneos. Podría tal vez dudar de su divinidad si El no hubiera podido superar las barreras del tiempo y del espacio volviendo accesibles los dones traídos consigo desde Galilea y Judea hasta nuestras ciudades modernas, hasta Londres, Nueva York, Moscú; accesibles para los pastores de nuestras montañas y de Texas como para aquellos de Belén; para los pescadores de nuestras playas como para aquellos de Cafarnaún.

Si Cristo es tan sólo el recuerdo de alguien que vivió, sufrió y fue muerto por sus enemigos, dejándonos abandonados, es mejor que no pensemos más en ello. Si el Cristianismo es solamente la memoria de un hombre que ha enseñado, dirigido y santificado a los pueblos hace mil novecientos años y luego ha desaparecido, como todos, dejándonos sólo pocos recuerdos escritos de otros hombres, entonces vale más que lo olvidemos de inmediato para poder recomenzar, cuanto antes, nuestra búsqueda de lo Divino.

Pero Cristo vive. El dijo: *"Yo estaré con vosotros hasta el fin de los siglos"*. Y nuestro problema es descubrir tan sólo dónde y cómo El vive todavía, hoy como entonces. No es difícil. Comencemos la búsqueda, destacando el hecho de que El ha gobernado y enseñado a través de la humana naturaleza proporcionada a El por su Madre, por obra y gracia del Espíritu Santo. El enseñó por medio de ese cuerpo que María ofreció sobre el Calvario por la salvación del mundo.

Si ese ha sido el modo con el que se operaba entonces, no me maravillaría si éste fuese ahora el medio con el cual El continúa viviendo a través de los siglos. Viviría a través de un Cuerpo, no físico e individual como el que ofreció María, sino en un cuerpo social y misterioso incorporado al seno de la humanidad por obra también del Espíritu Santo. Así como El gobernó, enseñó, santificó las almas a través de su cuerpo físico, habría de continuar enseñando, gobernando y santificando los corazones a través del Cuerpo social animado y dirigido por su espíritu, un Cuerpo Místico.

El deseo de estar unidos a Cristo no puede ser satisfecho con discursos, himnos y libros. Sí, los puedo yo escuchar. Pero decidme: si El es sólo un recuerdo, yo me puedo quedar sin El. Yo sé qué cosa apetezco y qué cosa me repugna. Yo no quiero una verdad muerta anunciada hace muchos siglos. Aquello que se encuentra escrito en vuestros cartapacios, en vuestros Aristóteles y Platón, puede satisfacer durante algunas horas. Yo ansío una verdad viva, palpitante, con una lengua aun capaz de expresarse. Quiero entre nosotros una autoridad que nos gobierne y nos dirija como si fuésemos ovejas y corderos de una grey, y a la cual no le sea otorgado poder hasta que no repita las palabras de Pedro: "Oh Cristo, te amo, te amo, te amo".

Yo anhelo ser mejor, ser santificado. Sé que la psicología no me puede transformar y hacerme mejor porque sólo buscaría aprehenderme enganchándome a las correas de mis zapatos. No quiero una santificación que sea un cálido sentimiento localizado en el fondo de mi estómago. Quiero el perdón de mis pecados, ahora. Quiero tu Vida, oh Cristo, en mi cuerpo y en mi sangre: quiero en mí tu divina presencia, porque deseo que Tú vivas en mí. Soy hecho de tierra, soy demasiado humano; quiero participar de tu divinidad. Sólo ésta es verdadera santidad.

Estoy seguro, oh Señor, de poder hallarte, oh mi Maestro, Rey mío, mi Pontífice. Sé que Tú gobiernas todavía, hablas todavía, santificas todavía; no sé dónde; pero no he de hallar paz hasta que no encuentre tu Cuerpo entre los hombres. No quiero ninguna organización entre mí y Tú; nada que haya sido iniciado en el atardecer de ayer o hace un milenio y se jacte y pretenda hablar en tu nombre. ¡Te quiero a Ti! ¡Verdad absoluta, Autoridad viva! ¡Vida Divina! ¡Y cuando te encontrare, ya no te dejaré partir! Y Tú, oh Cristo eterno que vives a través de los siglos, cuando te encontrare, cíñeme estrechamente a Ti, para que ya no te pueda dejar.

A través del don de tu fe, yo sé dónde está tu Cuerpo y qué cosa es. Si hay alguien escuchando que quiera saberlo, inspírale en el corazón, oh Jesús, el deseo de escuchar la transmisión del próximo domingo.

El Cuerpo Místico de Cristo

Mensaje radiofónico del 15 de enero de 1950

> *"Y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo."* (San Mateo, XXVIII, 20).

Amigos:

Si me preguntaseis cuáles son las tres cosas necesarias para vuestra felicidad, os diría:

1. Una Sabiduría más profunda que cualquier parcial conocimiento terreno.

2. Un Poder más grande que aquél que posee cualquier hombre solo o en sociedad.

3. Un Amor que afrontaría la muerte, si fuese necesario, para salvarnos cuando cayésemos.

Estas tres cosas, dijimos el domingo pasado, se hallan en Cristo, que es Verdad infalible, Poder divino o Autoridad, y Amor sobrehumano o Santidad.

Dijimos también que su Verdad no es más divina que la de Buda si podemos alcanzarla sólo por medio de esos pocos fragmentos escritos por los hombres tras su muerte; y que su Poder y su Autoridad no son más divinos que los de Lincoln si podemos conocerlos únicamente a través de cualquier biografía; y asimismo que su Amor no es más sobrehumano que el de Sócrates si ahora ya no podemos hacernos perdonar nuestros pecados por El, como lo consiguieron la Magdalena **y** el ladrón arrepentido. Si El no nos legó su Verdad, su Autoridad, su Santidad, no ha podido beneficiarnos; y si no lo ha podido hacer, no es Dios.

Pero verdaderamente El es Dios, y así tuvo buen cuidado para que su Verdad, su Autoridad y su Vida llegasen también hasta nosotros, destinados a vivir en este siglo XX. ¿Pero cómo? Del mismo modo que antes: a través de la naturaleza humana. Cuando escribís, os servís de la mano como del instrumento visible y material de vuestra mente invisible; de igual modo El, que es Dios, enseñó, gobernó y santificó, a la perfección, a través de su naturaleza humana, instrumentó visible de su divinidad invisible. Dicho con modestas palabras, vosotros habríais visto su Cuerpo, pero habríais oído, obedecido y habríais sido perdonados por Dios presente en el Cristo.

Jesús dijo que se encarnaría en otro Cuerpo y que a través de él permanecería unido a nosotros hasta el fin del tiempo. No sería otro cuerpo de carne, como el que había tenido de María. Ese Cuerpo, está ahora en la gloria, a la diestra de su Padre. El se refería a otro género de Cuerpo. Si buscáis la palabra "cuerpo" en el vocabulario, hallaréis que puede significar una de las siguientes cosas: algo físico o algo social, es decir, puede significar, o bien nuestro organismo físico, hecho de carne y de sangre y vivificado por el alma,* o bien una agrupación de personas que son consideradas un todo único porque tienen los mismos ideales y se ayudan recíprocamente. Por ejemplo, hablamos de las naciones como de un "cuerpo político" o de un grupo de profesores universitarios como de un "cuerpo docente". Este nuevo Cuerpo, sin embargo, no será como el de aquéllos, a saber, un cuerpo moral donde la unidad deriva de la voluntad de los hombres; su nuevo Cuerpo social estará unido a El por su Espíritu Santo, que El mandará, al dejar esta Tierra.

He aquí sólo siete entre las muchas verdades que El afirmó en lo que atañe a su Cuerpo Social que habría encarnado:

1. — Nos dijo que para ser un miembro de su nuevo Cuerpo, habríamos debido proceder de su seno. No habría sido un nacimiento humano, porque sólo nos hubiera vuelto hijos de Adán, sino un renacimiento producido a través del Espíritu, en el agua del Bautismo, volviéndonos hijos de Dios.

2. — La unidad entre este nuevo Cuerpo y El no se logrará cantando himnos en su honor, ni llevando a cabo reuniones benéficas en Su nombre, ni escuchando transmisiones radiofónicas, sino participando en su vida: *"Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que está en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto".* (San Juan, XV, 5).

3. — Su nuevo Cuerpo sería, como todo lo viviente, inicialmente pequeño, tal cual El expresó: *“semejante a un grano de mostaza”,* pero se desarrollaría en formas más complejas hasta el fin del mundo. Así como El afirmó: *“Primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga”.* (San Marcos, IV, 28).

4. — Una casa se edifica comenzando desde el exterior y terminando por el interior, superponiendo ladrillo tras ladrillo; las organizaciones humanas se forman con la unión de los hombres entre sí, aunque siempre desde fuera hacia adentro. Su Cuerpo, así dijo El, sería formado desde lo interno hacia el exterior, tal como se forma un embrión viviente en el cuerpo humano. Como El recibió la Vida del Padre, nosotros recibimos la Vida de El. Como El enunció: *“Para que todos sean una misma cosa; como Tú, oh Padre, en Mi, y Yo en Ti”* (San Juan, XVII, 21).

5. — Nuestro Señor dijo que tendría un solo Cuerpo. Hubiera sido una monstruosidad espiritual que El tuviese muchos cuerpos, o una docena de cabezas. Para mantenerlo unido, habría debido tener un único pastor que, como lo mencionó, habría apacentado sus corderos y sus ovejas...*y habrá un solo rebaño y un solo pastor.”* (San Juan, X, 16).

6. — El proclamó que este nuevo Cuerpo suyo no se revelaría a los hombres antes del día de Pentecostés, en el cual, El habría enviado a su Espíritu de Verdad: *“... porque si Yo no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros”* (San Juan, XVI, 7). Cualquier cosa que comenzara luego, veinticuatro horas después de Pentecostés en adelante, sería por cierto una organización; podría haber tenido el espíritu humano, pero no el divino; sería como un cable no conectado a la dínamo.

7. — Las observaciones más interesantes que El hizo en lo referente a su Cuerpo, fueron que sería odiado por el mundo como El mismo lo fue. El mundo ama todas las cosas mundanas, pero odia lo que es divino. *“...mas porque no sois del mundo, antes Yo os elegí del mundo, por eso aborrece el mundo”* (San Juan, XV, 19).

Los apóstoles debían ser el núcleo de este nuevo Cuerpo social. Ellos debían constituir la materia prima en la cual El habría transfundido su Espíritu, para generar en ellos su humanidad prolongada en el tiempo. Ellos habrían de representarlo cuando se hubiese alejado. El privilegio de evangelizar al mundo les estaba reservado. Este nuevo Cuerpo, del cual ellos constituían el embrión. era su humanidad póstuma y su personalidad transmitida a los siglos.

¡He aquí algo verdaderamente maravilloso! Recordad que Nuestro Señor es Maestro, Rey y Sacerdote o Salvador. Pues ahora lo vemos comunicar a su nuevo Cuerpo su triple facultad de enseñar, gobernar y santificar. El, que es el Maestro infalible, y que dijo: "Yo soy la Verdad" ahora dice a su Cuerpo: *"Os mandaré él Espíritu de Verdad y él os guiará en toda verdad"* (San Juan, 16, 13). El se identificará de tal modo con su nuevo Cuerpo que quien escuche las palabras que de El provengan será como si le oyese en persona: *"El que a vosotros oye, a mí oye; y el que a vosotros desecha, a mí desecha; y el que a mí desecha, desecha al que me envió"* (San Lucas, 10. 16). Su Verdad será la verdad de su Cuerpo, siendo, por consiguiente, infalible, sobrehumana, Verdad divina. Además, Nuestro Señor, que es Rey, dijo: *"Toda potestad me es dada en el Cielo y en la Tierra"* (San Mateo, 28, 18). Y El ha transmitido esta su potestad al Cuerpo suyo en modo tal, que los preceptos del Cuerpo son en verdad preceptos *suyos* y las sagradas órdenes igualmente suyas, como El mismo ratifica: *"De cierto os digo que todo lo que ligareis en la tierra,* será ligado en el cielo; y todo lo que desatareis *en la tierra, será desatado en el cielo"* (San Mateo, 18, 18).

Por último, es Nuestro Señor Sacerdote o intermediario, pues El nos redimió, ante Dios, con su muerte en la Cruz. Ahora, El ha comunicado a su Cuerpo esta santidad y este poder de santificar. A su Cuerpo le es encomendado bautizar, celebrar el recuerdo de su muerte y —¡don bendito!— perdonar los pecados. *"A los que remitiereis los pecados, les serán remitidos; y a quienes los retuviereis, serán retenidos"* (San Juan, 20, 23).

Dijimos que los Apóstoles constituían el núcleo de este Cuerpo social; pero hasta que Nuestro Señor no les envió el Espíritu Santo, cincuenta días después de su Resurrección, ellos eran similares a los elementos de un laboratorio químico. Nosotros conocemos en su totalidad los componentes químicos que entran en la constitución del cuerpo humano, pero no podemos crear un niño porque nos falta el principio unificador, el alma. Los Apóstoles no podían infundir a su Cuerpo vida divina, más de lo que los químicos consiguen cuando intentan crear la vida humana. Ellos tenían necesidad del invisible Espíritu Santo de Dios para unificar sus visibles naturalezas humanas.

Conforme a lo establecido, diez días después de la Ascensión, el glorioso Redentor que está en los cielos, envió sobre ellos al Espíritu Santo, no bajo forma de un lirio sino como lenguas de fuego vivo. Como las células de un cuerpo forman una nueva vida humana cuando Dios infunde alma al embrión, así los Apóstoles aparecieron como el Cuerpo

visible de Cristo cuando el Espíritu Santo descendió sobre ellos volviéndolos un todo único. Y esto es denominado en la Tradición y en las Escrituras "Cristo Entero" o "la plenitud de Cristo ' '.

Ahora el nuevo Cuerpo de Cristo se le aparece públicamente a los hombres. Así como el Hijo de Dios asumió humana naturaleza en el seno de María oscurecida por el Espíritu Santo, así también El integra ahora un nuevo Cuerpo en el seno de la humanidad, ensombrecida asimismo por el Espíritu Santo; así como El, en un tiempo, enseñó, gobernó y santificó por medio de la naturaleza humana, así también ahora El continúa enseñando, gobernando y santificando por medio de otras naturalezas humanas que constituyen su Cuerpo.

Puesto que este Cuerpo no es físico, como el de un hombre, ni moral, como una agrupación de carácter social, sino sobrehumano y espiritual, por el espíritu que lo ha unido, es llamado Cuerpo Místico. De igual modo que mi cuerpo, hecho de millones y millones de células, forma un todo único porque es vivificado por un alma, gobernado por un cerebro visible y regido por una mente invisible, así también este nuevo Cuerpo de Cristo, aunque constituido por millones y millones de personas, incorporadas a Cristo en el Bautismo, forma un todo único porque es vivificado por el Espíritu Santo de Dios, y es gobernudo por una cabeza y regido por una mente invisible o Jefe, que es el Cristo resucitado.

Este cuerpo Místico es su vida prolongada en el tiempo. Que El continúa viviendo ahora en este Cuerpo Místico nos lo recuerda la historia do San Pablo, cuyo nombre hebreo era Saulo. Talvez ninguno odió tanto a Cristo como Saulo. Los primeros miembros del Cuerpo Místico de Cristo rogaban porque Dios enviase a alguien para reprobarlo. Dios escuchó sus ruegos y mandó a Pablo para que refutara a Saulo. Un día este perseguidor, lleno de rencor, emprendió viaje hacia Damasco para sorprender a los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, atacarlos y llevarlos prisioneros a Jerusalén. Habían pasado entonces tan sólo pocos años desde la Ascensión de Nuestro Divino Salvador. Hace falta recordar, al respecto, que Nuestro Señor ya había sido glorificado en el Cielo. De improviso, una intensa luz hirió a Saulo, que cayó en tierra. Reanimado por una Voz semejante a un tormentoso mar, oyó estas palabras: *"Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?"* El, insignificante, osó preguntar su nombre al Omnipotente: *¿Quién eres tú, Señor?". Y la voz respondió: "Soy Jesús a quien tú persigues".*

¿Cómo podía Saulo perseguir a Nuestro Señor glorificado en el cielo? Saulo no Lacia nada -distinto de cuanto Rusia no esté haciendo ahora en

Polonia y Hungría. ¿Cómo entonces podía la Voz del Cielo decir: *"Saulo, Saulo, por qué me persigues?"*.

Y bien: si alguno os magullase un pie, ¿acaso vuestra cabeza no se lamentaría? ¿No es parte de vuestro cuerpo? Nuestro Señor dice que golpeando a su Cuerpo, Pablo lo golpeaba a EL Cuando el Cuerpo de Cristo es perseguido, es Cristo mismo, la Cabeza invisible, quien se alza para protestar.

El Cuerpo Místico de Cristo por eso no so yergue entre Cristo y yo más de cuanto su cuerpo físico no se levantase entre la Magdalena y su perdón, o su mano entre los párvulos y su bendición. A través de su cuerpo humano, El se llegó a vivir entre los hombres en su vida individual; a través de su Cuerpo Místico El viene entre nosotros en su mística Vida do comunión. ¡Cristo vive ahora! ¡El enseña, gobierna y santifica ahora! Tiene sus momentos de gloria de otros Domingos de Ramos; sus momentos de escóndalo cuando otros Judas lo traicionan; y sus momentos dolorosos, como ahora con el sufrimiento de sus Stepinac y Mindszenty y Beran, que ahora *"padecen bajo Poncio Pilatos"*.

Si me preguntaseis qué cosa significa para mí el Cuerpo de Cristo, os diría: "Yo creo que es el Templo del Amor, del cual yo soy una piedra viva y cuya piedra angular es Cristo; y el Árbol de la Vida Eterna, del cual yo soy una hoja; y el Cuerpo de Cristo sobre la tierra, tras su Ascensión, y del cual yo soy una de las células que los componen".

El Cuerpo de Cristo es, por eso, más de cuanto sea yo mismo: la vida de Ella —usaré el femenino de ahora en adelante para referirme al Cuerpo de Cristo pues la Biblia lo llama "Su Esposa"— la vida de Ella, decía, es más rica que la mía, puesto que yo vivo en su unión y sin Ella no tengo más que una vida física. Sus afectos son los míos; mías sus verdades y su pensamiento. Estar unido a Ella es la mayor de las bendiciones que Dios Omnipotente me haya dado.

La más aguda de mis penas es de no servirla mejor. Sin Ella soy un tallo desarraigado, una aislada columna entre olvidadas ruinas. Con Ella creo en la inmortalidad y no me siento aterrorizado. De sus tabernáculos traigo el Pan de Vida, de manos de sus obispos el óleo que fortifica, bendice y consagra; de las velas de su santuario la seguridad de que Cristo no nos ha dejado huérfanos.

Abandonó la cabeza entre sus manos como entre las de una madre; encuentro en Ella la dulce tranquilidad del amor, como en una esposa; me apresuro a refugiarme en Ella en medio de las tempestades de sangre y de

odio que barren la tierra durante las guerras, como en una roca hundida en la eternidad. Amo su voluntad cuando todos los amores terrenos han concluido, con *“una pasión desapasionada y con salvaje tranquilidad*”. Mediante su Cuerpo, siento hablar aún a la Eterna Sabiduría con la Infalible Verdad. En su Cuerpo escucho el Poder y la Autoridad de Cristo y obedezco y soy liberado. De su Cuerpo recibo la Vida de Cristo en la Eucaristía y su perdón en el confesonario. ¡Te agradezco, oh Cristo, que me hayas hecho un miembro de tu Cuerpo! Casi olvidaba de deciros que la Biblia nos dice: “Su Cuerpo es la Iglesia”. ¡Qué felicidad la de ser católicos!

La historia de una palabra

Mensaje radiofónico del 22 enero de 1950

> **"Y** *descendió lluvia y arreció la crecida de las aguas y se desencadenó el viento contra aquella casa: pero no cayó porque estaba fundada sobre la roca."* (San Mateo, VII, 25)

Amigos:

¿Sabíais que hay tres hombres en la Histeria a los cuales Dios cambió el nombre!

Vosotros sabéis perfectamente que una religión nacida una hora antes, inventada por los hombres, no puede ser divina. Aun mil novecientos años de historia no pueden, por sí mismos, constituir un crisma infalible de divinidad. Para ser divina, una religión debe ser por la menos tan vieja como la humanidad, esto es, comenzar desde el instante en que Dios creó al hombre. En tal caso confiamos poder darnos justa idea de nuestra fe, no aquélla que vosotros y yo podemos figurarnos, sino la que Dios anhela para nosotros.

Como conclusión de la búsqueda completa que podáis hacer respecto a la religión revelada, se imponen dos hechos: 1) Dios establece vínculos con toda la humanidad a través de un pequeño grupo de personas que se ha elegido; 2) para guiar a este grupo El designa a un hombre singular que lo represente.

Adán fue el primer jefe de la humanidad, su pasado nos ha perturbado a todos nosotros, se ha vuelto nuestro, así como la quiebra de un padre sume en la miseria a la familia entera.

De la culpa misma de Adán emerge la figura de otro jefe, el Redentor, nacido de una mujer, que según la promesa de Dios, quebrantaría al espíritu del mal.

Luego, en el desborde espantoso del pecado, Dios salvó la humanidad del Diluvio a través de otro puñado de hombres guiados por otro conductor, Noé. Se ve bien a las claras que no quiso proporcionar a cada individuo un salvavidas personal A través del pequeño grupo de náufragos, El prometió su retorno para bendecir al mundo entero.

El jefe del nuevo pueblo fue Abram: *"serán bendecidas, en ti, todas las familias de la tierra"* (Génesis, XII, 3). Este fue el hombre a quien Dios, por primera vez en la historia, cambió de nombre. No será más Abram sino Abraham, que significa *"Padre de muchas naciones*" (Génesis, XVII, 5), inaugurando, con ello, la llamada de los gentiles a la fe.

Este hecho es, por cierto, muy extraño. Dios ha querido recordar a Abram que, desde aquel día, su trato con el pueblo elegido ya no sería personal, sino en relación a la misión histórica que, como representante suyo, le había confiado.

Tras Abram, Isaac y Jacob. Ellos guían al nuevo organismo social. Como la fe de Abram había puesto de relieve la fuerza de Dios, la lucha sostenida por Jacob con el Angel —en ese cuerpo a cuerpo que la Escritura señala "áspera como los combates de los hombres"— simboliza el poder espiritual confiado por Dios a un hombre. También a Jacob Dios le cambió de nombre: *"Tú ya no te llamarás Jacob sino Israel"* (Gén., XXXV, 10) y, con esto, El confirió un poder todavía más augusto a ese cuerpo moral que estaba destinado a dar al inundo el Salvador. Luego Dios escogió a Moisés: *"Y os tomaré por mi pueblo predilecto y seré vuestro Dios"* (Éxodo, VI, 7).

"¡Mi pueblo predilecto!". Seguramente los egipcios habrán acusado de mezquina intolerancia y de fanatismo a estos hebreos que pretendían ser los depositarios de las bendiciones divinas para todo el mundo.

Pero no nos detengamos a discutir; nos hallamos empeñados en conocer la vida de Dios y no la de los hombres. El ha dado un sol al mundo; **do** ha querido dar un planeta particular a ningún individuo.

Dios continuó manteniendo esta línea de conducta con Josué, con David, los Reyes y los Profetas; actuó siempre a través de un cuerpo organizado con el cual se había comprometido mediante convenios y al cual había asignado un jefe. Fiel o infiel, lleno de virtud o de pecados, el destino de este su cuerpo religioso no era descuidado. El no abandonaba el

instrumento que había elegido. A pesar de todo. Aunque cayesen en la idolatría, aunque los jefes escogidos se envileciesen en los pecados y las pasiones de la carne trabasen su energía, siempre fueron protegidos por Dios. La finalidad que El había fijado, el plan que El había concebido, todo fue llevado a cabo. *"Por fortuna, Dios sabe escribir rectamente hasta entre las torcidas líneas de la historia de los hombres"*.

Creo que ahora nos resultará fácil intuir por qué la palabra más importante, más repetida del Antiguo Testamento, es el sustantivo que designaba este cuerpo religioso elegido por Dios y, a través del cual, El habría redimido al hombre del pecado.

Este vocablo hebreo era Qahal.

Aproximadamente 200 años antes del nacimiento de Cristo, los judíos de la "Diáspora" ([1]), diseminados en todo el mundo greco-romano sintieron la necesidad de traducir en griego las Sagradas Escrituras. Esta versión fue llamada "De los Setenta", pues parece haber sido fruto del trabajo de setenta personas.

Cuando ellos hallaron esa palabra mágica que significaba el pueblo elegido, visible en sus miembros e invisible en el espíritu de Dios que lo acompañaba y protegía, tradujeron este vocablo, que aparece 96 veces en el Antiguo Testamento, con la expresión típicamente griega, *Ecclesia,* la Iglesia.

Jesús, anunciado por los profetas, aguardado en Belén, hijo de una Virgen, Dios hecho hombre, nació en el *Qahal* del pueblo hebreo. Este es el significado de la expresión evangélica "El vino entre los suyos". "Los suyos" eran los miembros de la "Iglesia hebrea".

Sin embargo, El dijo haber llegado no para destruir sino a perfeccionar el organismo hebreo, el Qahal. Con su advenimiento y con la fundación de su Iglesia, El dividió la historia del mundo en dos eras. Había llevado a cabo esto, sencilla y claramente, cuando los hombres lo conocieron.

El episodio acaeció en la pagana ciudad de Cesárea de Filipo. El Maestro y Señor del mundo, Jesús, de improviso hizo un alto en el camino, dirigiendo a los circunstantes una pregunta, la más importante de cuantas hubiera hecho a hombre alguno.

"¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?" (Mateo, XVI, 13). Notad este detalle: "Los hombres".

---

[1] *Diáspora***,** voz griega que designa la dispersión del pueblo hebreo a través del mundo en el siglo II de nuestra era.

Eran un examen de religión basado democráticamente en la respuesta de la mayoría, una encuesta que aquilataría la opinión pública y debía manifestar las impresiones populares. ¿Qué dicen los hombres?

La respuesta fue confusa.

“Unos dicen que Juan Bautista: otros, Elías; y otros, Jeremías o alguno de los Profetas” (Mateo, XVI, 14).

Todas ellas ideas vagas, sin conocimiento. Ninguna certeza. Ningún acuerdo. Ninguna unidad, tan apreciada por el corazón de Dios. Librad el misterio de su divinidad a encuestas democráticas, a las votaciones, y tendréis siempre respuestas confusas, contradictorias, dispares, inciertas, uno negará lo que otro sostiene. Por todo este desparramo de hipótesis, no tuvo otra cosa Jesús que la frialdad de su silencio. De la cantidad pasó entonces a la calidad; de la masa pasó a la aristocracia. Dirigió una pregunta al Senado, al Parlamento *“Y vosotros, ¿quién decís que soy?* (Mateo, XVI, 15).

Vosotros, mis consejeros; vosotros, mis fieles. No los hombres, sino vosotros...

Y los doce Apóstoles no responden, i Por qué no hablan?

Tal vez, respondiendo en coro, habrían creado sólo una gran confusión; quizás ninguno se arriesgaba a contestar, porque los demás le habrían podido preguntar quién lo había autorizado a hacerlo en nombre de todos; tal vez se estaban quedos porque presentían que si la respuesta se basase democráticamente en la opinión de la mayoría, la verdad no habría podido anunciarse en su integridad.

Individuos y grupos se hallaban inseguros. Los hombres jamás han de concordar perfectamente en su hipótesis; podrán, todo lo más, lograr una federación de probabilidades.

Estas federaciones son como archipiélagos espirituales, pequeñas islas, minúsculos atolones separados entre sí por las traicioneras aguas del escepticismo, unidos entre ellos solamente por una ficción jurídica, un nombre común. No hay nadie que pueda hablar con autoridad en nombre de todos. No hay ningún jefe; no existe, por consiguiente, unidad. Es un cuerpo sin cabeza, un monstruo. Un monstruo físico, social y religioso.

De repente, no obstante ello, uno de los Apóstoles se adelanta. Un suceso más divino que humano está por acaecer. Quien surge es aquél que siempre es nombrado en primer lugar en la lista de los Apóstoles, y citado 195 veces en el Evangelio, en tanto todos los otros Apóstoles, sumados,

son evocados sólo 130 veces. Es la única persona, después del Padre Celestial, que Jesús asocia a sí mismo, usando el término “nosotros”. El es el tercer hombre de la historia al que Dios haya dado un nombre nuevo. Por lo tanto podemos sospechar que se trata otra vez, como sucedió con Abram y con Jacob, de un acto que se halla en relación con el Qahal, la Iglesia. Tal vez es éste aun otro toque perfeccionador, y tiene enorme significado.

El nombre de ese hombre era Simón, hijo de Jonás. La primera vez que el Evangelio narra su encuentro con Jesús, repite las palabras del Maestro: *“Tú te llamarás Cefas”*. En la lengua aramea, hablada por Jesús, Cefas significa “piedra”. Nosotros no podemos gustar toda la sutileza del epíteto. Los franceses tienen una palabra análoga, ya que Pierre, nombre propio, tiene asimismo el sentido de “piedra, roca”.

El avanza, no por encargo de los Apóstoles, tampoco ciertamente porque fuese más agudo que los demás, o porque sintiese en su sangre el temblor de la respuesta. A su corazón había descendido una potente luz, una luz que lo haría elogiable por toda la eternidad, una luz que posó sobre sus labios una respuesta infalible y segura: *“Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo”* (Mateo, XVT, 16).

Pedro había dado su respuesta.

Jesús no era solamente Juan Bautista, ¡Elías! El era el esperado de los siglos, el suspirado del pueblo hebreo y el deseado de las naciones el Emanuel, Dios con nosotros; el Hijo de Dios, el Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre.

Desde aquel instante El comenzó a ser asistido por Dios.

Jesús lo confirmó: *“Bienaventurado eres, hijo de Jonás; porque no te lo reveló carne m sangre, mas mi Padre que está en los Cielos”* (Mateo, XVI, 17).

Desde entonces Simón, el descendiente de Abram, símbolo del poder de Dios, y de Jacob, prototipo del poder del hombre, funde en sí lo humano y lo divino. El es puesto por Dios a la cabeza del Cuerpo religioso, el nuevo Israel, el nuevo Qahal, la Iglesia. *“Mas yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ligares en la tierra será; ligado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos”* (Mateo, XVI, 18-19).

Jesús no deja nada de indefinido respecto a este nuevo Qahal. Enuncia el fundamento, declara quién es miembro y quién es excluido. Y todo se centraliza en un solo hombre, Pedro. El es el fundamento; tiene el poder de abrir la puerta de este reino, El es la roca y el portero, puede cerrar o abrir, anudar o desenlazar las conciencias. Y su obra será ratificada también en el Cielo, en el Libro de la Vida.

Creo que ahora podemos hablar con mayor claridad del Qahal de Cristo, la Iglesia. El verano pasado, mi primera visita a Roma fue dedicada a la tumba de Pedro. Recitado el Credo junto aquel monumento que ha vuelto a Roma eterna, me he incorporado y, ascendiendo 261 escalones, me arrodillé ante un hombre cuyo nombre igualmente había cambiado. Un día era Pacelli; hoy es Pío XII.

Esos 261 peldaños los asociaba a igual número de eslabones de una cadena histórica que ligaba Pío XII a Pedro, Pedro a Cristo, Cristo al Qahal. También yo me sentí unido a ellos, semita espiritual.

En esa audiencia, he sentido intensamente mi indignidad por ser un miembro del Cuerpo Místico de Cristo, he sentido mi incapacidad para difundir y suscitar en torno a mí Su amor. Mas sentí desvanecerse mis temores cuando me arrodillé ante aquel que es Cefas, Vicario de Cristo, Príncipe de los Pastores de la Iglesia que, nunca como entonces, he sentido de amar apasionadamente.

En ese momento he hecho una reflexión. ¿Quizás sea análogo a ese sentimiento el estado de ánimo que experimentamos los que buscamos amar a Dios y desfallecemos *1* ¡Tal vez ante el tribunal de Dios sentiremos disiparse el sentido de nuestra miseria y tendremos una sensación nueva del amor de Dios que ardía en nuestro corazón! No puedo creer que sea terrible su juicio para con aquellos que buscan creer en el verdadero amor de Jesús.

Al cabo de esta audiencia, el santo Padre empleó las mismas palabras que el Señor había dirigido a Pedro: tan sólo el amor por Cristo, sentido vivo en su Cuerpo Místico, en su Iglesia, puede superar el mal desbordante de nuestro siglo.

Cuando volví junto a la tumba de Pedro y alcé los ojos para mirar la cúpula más poderosa que se haya proyectado hacia el azul del cielo, he vuelto a hallar esas mismas palabras talladas en torno a la inmensa cúpula. El dorado de las grandes letras hacía resplandecer a la distancia las palabras de Jesús: *"Tú eres Pedro y sobre esta Piedra Yo edificaré mi Iglesia".*

¡Qahal, Iglesia mía! Es el título que le ha dado Jesús. Comprended ahora por qué nosotros la amamos. ¿Por qué no amarla también vosotros? ¡En el amor de Jesús!

Escándalos

Mensaje radiofónico del 29 enero de 1950

> *"Y bienaventurado es el que no fuere escandalizado en mi"* (San Mateo, XI, 6).

Amigos:

Alguien puede encontrarse a veces con una moneda falsa entre las manos, pero jamás he sabido de que alguien haya deducido, por tal circunstancia, que el dinero carece de valor. Los astrónomos pueden haber observado las manchas solares; pero aún no he sentido a nadie negar que el sol ilumina la tierra. En cambio he sentido decir muchas veces, subrayando las debilidades y los pecados de unos pocos católicos: *"Querido, no te enteras aun de todo. ¡La Iglesia es verdaderamente, obra del Diablo!"*

Este punto de vista extremista tiene origen en un hecho: hay demasiados escándalos en el mundo católico. Maridos y esposas son recíprocamente infieles; algunos políticos católicos son más deshonestos que otros sin religión; algunos niños católicos roban; algunas jóvenes católicas adoran las divinidades del mundo pagano: astros del cinematógrafo o pandilleros; algunos industriales católicos son egoístas, duros y completamente indiferentes a los problemas sociales y a los derechos de los trabajadores; algunos jerarcas del socialismo cristiano se hallan más empeñados en sostener su posición, año tras año, por medio de huelgas, que en cooperar a una justicia social.

¿A qué favorece todo esto sino a probar que el Señor ha desposado a la humanidad tal cual es y no a la que nosotros quisiéramos que fuese? Jamás se ha podido pretender que su Cuerpo Místico, la Iglesia, pudiese hallarse exenta de escándalos porque El mismo fue el primero. Escándalo enorme fue para aquellos que los sabían Dios, el verlo crucificar y

experimentar una aparente derrota, en el momento en que sus enemigos lo desafiaban a dar prueba de su divinidad bajando de la Cruz. De tal modo, no puede asombrar que El debiese exhortar a sus secuaces para que no se escandalizasen.

Si la naturaleza humana del Señor pudo soportar tal aniquilamiento físico hasta constituirse por tal motivo en escándalo, ¿por qué debemos pensar que su Cuerpo Místico deba permanecer impune a los escándalos si está formado por pobres mortales? Si El permitió que el hambre, la sed, la muerte pudiesen afligir su cuerpo físico, ¿por qué no debería El permitir que fallas místicas y morales, como la pérdida de la fe, el pecado, la herejía, los cismas y los sacrilegios pudiesen mellar su Cuerpo Místico? El suceder de estos hechos no niega la naturaleza íntimamente divina de la Iglesia más de cuanto la crucifixión del Señor niegue que El sea Dios. Si tenemos las manos sucias, eso no quiere decir que todo nuestro cuerpo se halle contaminado. Los escándalos del Cuerpo Místico no pueden destruir su santidad "sustancial" más de cuanto la crucifixión no haya destruido la integridad del cuerpo físico de Cristo. La profecía del Antiguo Testamento, verificada sobre el Calvario, decía que ni uno de sus huesos sería quebrado. Su carne colgaría en torno suyo en purpúreos pingajos. Las heridas, cual muchas bocas dolorosas, habrían expresado con sangre sus padecimientos, las manos y los pies atravesados habrían dejado fluir torrentes de vida y de redención, pero su "Substancia", sus huesos, quedarían intactos. Lo mismo ocurre con la Iglesia. Ni uno solo de sus huesos será quebrado; la substancia de su disciplina será siempre justa, no obstante la rebelión de algunos de sus discípulos; la substancia de su fe será siempre divina no obstante la carnalidad de algunos de entre sus fieles. Sus heridas jamás serán mortales, porque su alma es santa e inmortal, con la inmortalidad del amor divino, que, en lenguas de vivo fuego, descendió sobre su Cuerpo en el día de Pentecostés.

Y ahora, para hablar de uno de los escándalos, dejad que se pregunte: "¿Cómo es posible que un hombre tan perverso como Alejandro VI haya podido ser el Vicario infalible de Cristo y Jefe de su Iglesia?". La solución está en el Evangelio. El Señor cambió el nombre de Simón en Pedro y lo constituyó en piedra sobre la cual habría construido aquello que El llamó su Iglesia. Hizo, en aquel entonces, una distinción que bien pocos han advertido alguna vez: El distinguió entre "infalibilidad" o inmunidad del error, e "impecabilidad" o inmunidad del pecado. La infalibilidad es la imposibilidad de *enseñar* el mal; la impecabilidad es la imposibilidad de *hacer* el mal. El Señor hizo a Pedro infalible pero no impecable.

Inmediatamente después de haber confirmado que Pedro tenía en su poder las llaves del Cielo y autoridad para atar o desatar, el Señor dijo a los Apóstoles qu*a, "El debía marchar a Jerusalén y allí morir"* (Mateo, XVI, 21). El pobre y débil Pedro, tan humano y orgulloso de su autoridad recientemente recibida, se avecina a Jesús y comienza a reprenderle: *"Señor, ten compasión de Ti: en ninguna manera esto te acontezca"* (Mateo, XVI, 22). Y entonces Jesús, volviéndose, dijo a Pedro: *"¿Quítateme de delante de Mí, Satanás; me eres de escándalo; porque no entiendes lo que es de Dios sino lo que es de los hombres"* (Mateo, XVI, 23).

¡Poco antes, Pedro era llamado "Roca" y ahora ' ' Satanás "! El Señor le había querido decir: "En tu condición de piedra sobre la cual edifico mi Iglesia, cualquier cosa que tú digas con la ayuda de Dios, será como roca preservada del error; pero, como Simón, hijo de Juan, como hombre, eres tan frágil en tu carne y tan predispuesto al pecado, que puedes volverte semejante a Satanás. En tu ministerio eres infalible, pero como hombre, Simón, eres pecador. Como Pedro, el poder que detentas es hechura mía; como Simón, tu debilidad para pecar se debe a ti mismo." ¿Tan difícil es aprehender esta distinción entre el hombre y su función? Si un agente de policía, mientras dirige el tráfico, levanta la mano para cerrar el paso, vosotros os detenéis aún sabiendo que él, en su casa, golpea a su mujer. ¿Por qué? Porque hacéis distinción entre sus funciones de representante de la ley y su persona. Seguro estoy que el Señor permitió la caída de Pedro, tras haberle concedido el don del supremo poder, para recordarle a él y a todos sus sucesores, que la infalibilidad formaba necesariamente parte de su empleo; pero que la virtud debería ser conquistada por su esfuerzo personal, apuntalado por la gracia de Dios. Sea dulce o monótona o persuasiva, o aun si mal pronunciada o con errores gramaticales, nosotros no tenemos en cuenta el tono de su voz sino el mensaje que nos anuncia: *"¡habla, oh Señor, que tu siervo te escucha!"* (Samuel, III, 9).

Puede decirse, de un modo absoluto, que aquellos que lo saben todo acerca de los pocos sucesores malos de Pedro, no saben luego nada de los muchos buenos. La infamia de un hombre, en grado sumo, puede ocultar a sus ojos millones de santos. ¿Cuántos de entre ellos, que se afanaron en investigaciones sobre los Vicarios de Cristo, del Renacimiento, profundizaron en la historia de los otros mil novecientos años? ¿Cuántos de entre ellos, que conocen a fondo a los pocos indignos, han admitido que, de los treinta y tres primeros sucesores de Pedro, treinta fueron

mártires y tres fueron desterrados? ¿Cuántos de los que concentran su atención sobre el mal ejemplo de unos pocos, saben que, de los doscientos sesenta y un sucesores de Pedro, ochenta y tres fueron canonizados por sus virtudes y más de cincuenta fueron elegidos, no obstante sus protestas de indignidad? ¿Cuántos son los que pueden parangonarse en sabiduría y prudencia al Santo Padre actual, Pío XII? Quienquiera ataque a una tan numerosa legión de mártires y de santos y de estudiosos, debe estar completamente convencido de hallarse sin pecado para atreverse a levantar la mano sobre los pocos que revelaron el aspecto humano del alto oficio. Si tales críticos son santos, puros, y sin culpa, que arrojen sus piedras. El Señor dijo que sólo quien se halla libre de pecado puede arrojar la primera piedra. Pero si no se encuentran en esa situación, dejen entonces el juicio a Dios. Si se hallan libres de pecado, pertenecen a una raza distinta a la vuestra y a la mía, porque nosotros sentimos brotar, desde el fondo del corazón, un grito: *"Señor, ten piedad de mí, pecador*

Volviendo al escándalo de los malos católicos, recordemos que el Señor no esperaba que cada miembro de la Iglesia fuese más perfecto de cuanto lo fueron los apóstoles. Por eso, El dijo que en el último día arrojaría fuera de su red al pez descompuesto. Algunos católicos pueden estar extraviados, pero la Iglesia no se halla contaminada, del mismo modo que algunos americanos vendidos a Rusia, no convierten en raza de traidores a todos los americanos. Nuestra fe acrecienta el sentido de responsabilidad, pero no fuerza a obedecer; aumenta la maledicencia, pero no impide el pecado. Si algunos católicos son malos, ello no ocurre porque son miembros de la Iglesia, sino al contrario: no saben vivir bajo su luz y su gracia.

Es interesante la psicología de aquéllos que se escandalizan por los católicos indignos. Quiere decir, en el fondo, que ellos esperarían alguna cosa mejor; si aquéllos que son malvados gozan con el escándalo, es porque ellos creen tener, por tal motivo, mayor derecho a pecar que los demás. Nunca se siente decir: "Es un confusionista perverso", o bien: "es un humanista escandaloso", o "es un moralista adúltero", porque ninguno espera de ellos nada mejor. El reproche de aquellos contra quien yerra, da la medida de su propia virtud. Les estamos agradecidos por ese reconocimiento, por esa su intolerancia hacia nosotros debido a culpas que ellos saben tolerar tan bien en los demás. Ellos sienten que ya no hay esperanza de nuevas luces si el sol se oscurece. Ser comunistas es intelectualmente fácil y moralmente cómodo; lo áspero y difícil es ser intelectual y moralmente católicos.

Ningún ideal es más arduo de alcanzar. Si alguno falta a los deberes del culto del sol, no es tan grande la altura desde la cual puede precipitarse. Pero si un católico cae, puede hundirse mucho más que ninguno porque mayor es la altura desde la cual se precipita y más espeso el fango que lo envuelve. *"Corruptio optimi, pessima."* Ninguna flor huele más desagradablemente que el lirio marchito. ¿Podemos preguntarles a aquéllos que lamentan las debilidades de la Iglesia a qué punto de perfección deberá ésta llegar, antes que ellos permitan el ser incorporados para volverse células vivas? ¿Se dan cuenta que si la Iglesia fuera tan perfecta como la desean, no habría puesto para ellos? Imaginad por un momento que el Cuerpo Místico de Cristo no tuviese ninguna debilidad moral; imaginad que un monje jamás hubiese quebrantado los votos sacerdotales para desposar **a** una monja e iniciar una nueva religión, como ya ha sucedido; imaginad que un obispo jamás hubiera sido otra cosa que un hábil administrador, que ningún sacerdote hubiera sido deplorable, que ningún fraile fuera obeso, que ninguna Hermana fuese nunca impaciente con un niño y que la santidad fuera automática como un cuentakilómetros; suponed que ninguno haya promovido escándalos a quienes se separaron de la Iglesia para justificar el modo en que viven... ¿habría sido esa la Iglesia en la que pensaba el Señor, si El ha dicho que la cizaña sería segada con el grano, y que algunos de los hijos del Reino serían expulsados de sus confines? Si la Iglesia fuese perfecta, como la querrían quienes se escandalizan, su perfección nos condenaría a nosotros, que no somos santos. Un ideal demasiado elevado, a menudo repele en vez de atraer. La Iglesia, en tal modo santa, no podría atraer a pobres mortales como nosotros. Podría parecer, a almas que luchan, terriblemente puritana, presta a endurecerse frente a nuestras debilidades, fácilmente dispuesta a evitar el contacto de nuestras manos de pecadores.

Entonces toda esperanza debe desvanecerse para quien se halle mezclado en la iniquidad o en el pecado. ¡No! La Iglesia, compuesta tan sólo de miembros perfectos, sería un obstáculo para el mejoramiento y así, en lugar de escandalizarnos nosotros, sería justamente la propia Iglesia la que se escandalizara de nosotros, lo cual sería mucho peor.

Si la vida del Cuerpo Místico hubiera sido triunfal, luminosa transfiguración sobre la cima de la montaña, alejada de los dolores y los males de la humanidad, ella no habría podido volverse la confortadora para aliviar a los hombres de las tinieblas del pecado hasta constituirse en tabernáculo de gracia y de santidad. Ella no es una idea lejana y abstracta, sino una madre que, no obstante hallarse contaminada por el polvo de su

largo viaje a través de los siglos, no obstante que algunos de entre sus hijos la hayan herido en el cuerpo y afligido en el alma, ha mantenido la alegría en su espíritu por todos los hijos que ha nutrido; la felicidad en su mirada por la fe que ha preservado; la comprensión en su alma, debido a la cual, consciente de su fragilidad humana, ha podido volver a la vida tantos de sus hijos. Estas razones esenciales nos revelan porqué el Señor eligió como su primer Vicario, no a un hombre santo como Juan, sino a un hombre débil, propenso al error como Pedro, para que a través de su fragilidad él, con la Iglesia de la cual era Jefe, pudiese comprender la debilidad de su grey, ser el Apóstol de la misericordia, el verdadero Vicario del Salvador y Redentor del mundo, que vino, no para salvar al justo sino al pecador.

El Señor castiga a menudo a su Cuerpo Místico, permitiendo, de tiempo en tiempo, que algunos de entre sus miembros o de sus células se separen de la Iglesia, pero castiga con ese mismo gesto y más aun a quienes se alejan. En general, el mundo tiene razón. Nosotros los católicos no somos en verdad como deberíamos ser y el mundo es como es, porque nosotros, los católicos, somos como somos. El Señor ha dicho: *"Si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se logrará que recobre su sabor?* (San Mateo, 5, 13). No hemos desilusionado al mundo sino a Cristo; y faltándole a El, caemos en falta para con el mundo. Nosotros sin embargo rogamos para que vosotros, que veis nuestras culpas, recordéis qué difícil es ser como el Señor querría que fuésemos. ¡Es tan fácil ser democrático, o republicano o internacionalista, peto es tan difícil ser católico!

No nos juzguéis por nuestras faltas, como no juzgaríais el arte por los vacilantes garrapateos de un niño. Antes bien, contemplad nuestras obras maestras: los santos que, en interminable procesión, tenemos en el mundo. Os hemos herido con nuestras culpas y os pedimos perdón, pero mucho más hemos herido al Señor y debemos hacer penitencia.

Muchos de vosotros son escandalizados por nosotros, muchos de vosotros que serían mil veces mejores que nosotros si conocieran la misma infalible verdad que nos guía; la misma divina Eucaristía que nos nutre día tras día. Debemos ser mejores. Aquí, en esto, reside la única infelicidad de nosotros los católicos, creednos. Somos infelices porque no somos santos. ¿Queréis rogar por nosotros? ¡Muchas gracias!

¡En el amor de Jesús!

El día que recuerda el Señor

Mensaje radiofónico del 5 de febrero de 1950

"Haced esto en memoria mía." (San Lucas, XXII, 19)

Amigos:

Una de las más características celebraciones americanas es la que recuerda a los caídos en acción de guerra, a fines del mes de mayo.

No hay pueblo sin lápida conmemorativa; a ninguna ciudad le falta un monumento en su honor; ningún corazón de patriota puede olvidar el sacrificio que han ofrecido por la patria de todos.

Esta jornada conmemorativa reúne los tres aspectos del tiempo: el pasado, el presente y el futuro. El presente honra la memoria de los héroes; el pasado es evocado con las batallas por ellos libradas; el futuro vive en nuestra promesa de mantener la libertad que han conquistado para nosotros.

Pero sus sacrificios se encuadran sólo en las luces del Calvario, donde Cristo ha ofrecido su vida por nuestra Redención. El es el único soldado que haya nacido para morir; todos los demás nacen para vivir. La muerte fue un escollo insalvable para los otros héroes, interrumpiendo sus victorias. Para El fue la finalidad de la vida, el tesoro siempre buscado. En tanto los caídos deben confiarse en nuestra bondad para ser recordados en este mundo, el Señor no quiere entregarse a nuestra frágil memoria humana.

El mismo ha instituido la conmemoración de sil muerte y la aplicación de sus méritos. En vísperas de su muerte El hizo testamento, dejándonos algo, que antes de El, ningún hombre a punto de morir pudo

confiar a sus herederos: a sí mismo en memoria de su muerte. En la última Cena, El no fijó un día conmemorativo, pero instituyó una acción renovadora, diciendo a la Iglesia: *"Haced esto en memoria de Mí".* Y, con este acto, se habría repetido, vuelto a traer al pensamiento su muerte, desde el alba hasta el ocaso, en un perenne, imborrable recuerdo.

Hay un modo justo y otro errado de pensar en su muerte. Un drama puede ser considerado bajo diversos aspectos. Imaginad que ese drama haya sido representado una única vez, en una sola ciudad de la tierra, y que aquí, para conocerlo, se deba recurrir al juicio escrito acerca del argumento por cuatro críticos teatrales que describen los caracteres, citan fragmentos y os dan suficiente idea de la trama como para conmoveros.

Ahora considerad este mismo drama de otro modo. Pensad que tras la "première" se haya confiado a compañías teatrales ambulantes —fieles a las disposiciones del autor—, que den la vuelta al mundo con la copia original, proporcionando a todos aquellos que tengan inclinación a ello, la oportunidad de participar como actores en escena.

El primer modo de pensar es el de quienes conciben la muerte del Señor sobre el Calvario, como un acontecimiento que tuvo lugar una sola vez, semejante a la muerte de Sócrates, con el cual se puede llegar a entrar en contacto releyendo aquello que nos narran los cuatro Evangelios.

El otro punto de vista es en cambio aquél que desea Jesús de nosotros: el Calvario es un acto que continúa en un hondo eterno drama. La primera copia de este drama fue escrita en el Cielo el día de la creación del mundo, ya que las Escrituras nos dicen que el Señor es *"el Cordero inmolado desde el comienzo del mundo".* La crucifixión volvióse posible desde el mismo instante que al hombre le fue dada la libertad.

Las primeras pruebas de esta inmanente tragedia fueron hechas, durante todo el Antiguo Testamento, sobre Abraham, Isaac, la serpiente de bronce y el Cordero pascual. El telón fue alzado luego en aquella "primera representación" que se llama tarde del Viernes Santo, cuando el primer actor Cristo ofreció su vida para reparar los pecados del mundo, según el argumento dispuesto por su Padre Celestial. Inmediatamente después, en perfecta armonía con sus instrucciones, la Tragedia del Calvario comenzó a repetirse en todo el mundo, gracias a esas compañías ambulantes que hasta este momento vienen representándolo, en «salas repletas de fieles. Esta representación, esta repetición del sacrificio de Cristo en la cruz, adaptada a nuestros tiempos y a nuestra vida, es la Misa. En la Misa el

Cuerpo Místico de Cristo, actualmente unido a El, su Cabeza, ofrece con El y por medio de El el sacrificio del Calvario.

Esta memoria de su muerte, como la fiesta conmemorativa de nuestros héroes, reúne los mismos tres tiempos antedichos: en el presente nosotros recordamos el pasado por amor del porvenir.

El pasado. La muerte del Señor es misteriosa, pero tanto más potentemente rememorada en una espléndida evocación de la Misa que la prolonga a través de los siglos. Nuestro Salvador murió en la Cruz porque su sangre había salido por completo de su cuerpo. Para anticipar y simbolizar este hecho que sucederá al día siguiente, el Señor, al atardecer del jueces Santo, durante Ja última Cena, no empleó un único rito para cambiar el vino y el pan en su Cuerpo y en su Sangre. Pues primeramente mudó el pan en su Cuerpo; luego, el vino en su Sangre. La distinta consagración de la especie es como una mística espada que separa su Cuerpo de su Sangre, como sucede en: la Cruz. En lugar de un frío monumento de mármol dedicado a la memoria de un héroe, nosotros tenemos el mismo sacrificio y el mismo sacerdote que lo ofreció sobre el Calvario.

El PRESENTE. El nos pide, repetir esta conmemoración de su muerte por lo cual nosotros la renovamos continuamente en el presente. Sobre la Cruz nosotros estábamos virtualmente unidos a Cristo como a la Cabeza del Cuerpo Místico del cual somos los miembros; en la Santa Misa actualizamos esta unión. Sobre la Cruz, en cierto modo, estuvo solo; pero en la Misa, en cambio, nosotros, miembros del Cuerpo Místico, estamos con El. Así, por ejemplo, ya es cosa común, difundir un programa de higiene y de medicina por radiotelefonía, pero es muy distinto adherirse personalmente a esa transmisión y aplicar a sí mismo esos saludables consejos. Igual para Cristo: una cosa es habernos redimido, y otra bien distinta es aplicarnos los méritos de la Redención. Con la consagración, Cristo se hace presente sobre el altar, con los mismos sentimientos que tenía sobre la Cruz. Pero hay algo nuevo: también nosotros, junto con El, ofrecemos nuestro sacrificio, muriendo al pecado. En cada misa podemos pensar que Jesús, desde lo alto del cielo, nos dice: Esta naturaleza humana, que yo tomé de María, y que por vosotros he ofrecido un día como víctima inmaculada, es ahora glorificada a la diestra del Padre. Yo no puedo volver a morir físicamente en este sacrificio; puedo sin embargo prolongar mi Redención, volverla viva y personal para vosotros, si vosotros, voluntariamente, me ofrecierais vuestra naturaleza. Entonces yo podré tornar a morir en vosotros y vosotros en mí. De este modo la cruz ya no

será una cosa del pasado; será algo que está sucediendo en el presente. Recordad que yo os dije: *"Cargad cada día vuestra cruz sobre la espalda."* Venid a tomarla aquí para morir conmigo y en Mí. Y entonces Pedro, y tú, Pablo, María, Ana, Santiago y Juan, y tú, José ¿me daríais vuestra naturaleza, como María me concedió la mía? Vuestros sacrificios no tienen valor si no son ofrecidos en Mí y a través de Mí, único sacerdote y única víctima. Como yo he muerto al pecado en mi humana naturaleza y he resurgido en una nueva vida y en una gloria, así quiero que también vosotros volváis actual y aplicable a vosotros mismos esta mi muerte, muriendo a vuestros pecados, para prepararos a la nueva vida y a la gloria eterna.

En el instante más bello y solemne de esta celebración, hecha en recuerdo de mí, seréis capaces de decirme: "Jesús mío, este es mi cuerpo, esta es mi sangre. Tómalo, conságralo, crucifícalo, hazlo morir contigo, a fin de que todo cuanto de malo hay en mí perezca en la cruz, y aquello que hay de bueno pueda continuar viviendo solamente en Ti. No me importa que queden, oh Señor, las apariencias de mi vida, del pan y del vino, los deberes monótonos de cada día y los signos de mi presencia corporal. Deja que todo esto quede ante los ojos de los hombres. Mas diviniza, cambia, transubstancia todo lo que soy. Quiero que el Padre que tenemos en el cielo, contemplándome desde lo alto, no me vea más a mí mismo, sino a Ti, o mejor aún, a mí oculto en Ti, muerto para este mundo corrompido de pecado y pueda decirme: *"Tú eres el hijo predilecto en el cual me complazco."*

Pero existe también el futuro. En la jornada dedicada al recuerdo de nuestros caídos, renovamos la promesa de defender esa libertad que ellos han conquistado para nosotros. En este recuerdo vivo del Calvario, no hay sólo una forma externa sino una efectiva transubstanciación de la vida de Cristo en los miembros de su Cuerpo Místico, vida que asegura el porvenir dándonos, no solamente la inmortalidad personal sino también defendiendo este su Cuerpo Místico contra el mal desencadenado por las fuerzas infernales hasta el fin de los siglos.

Es siempre un misterio para los mortales pensar cómo el Cuerpo Místico, la Iglesia, permanezca siempre increíblemente unida en la fe y en la moral, bajo la guía de Pedro, desde los días de Jesús. Lo atribuyen a sus organizaciones, pero esto no basta. El secreto del poderío católico consiste en esta su unión con lo divino. Vosotros no podéis tocar con las manos este secreto porque *"el reino de Dios no está ante los ojos de los hombres"* (San Lucas, XVII, 20). Un sauce llorón de 2.268 kg. de peso, fue puesto

por un científico ruso, antes del período bolchevique, en un recipiente que contenía 90.718 kg. de tierra. Al cabo de cinco años, el sauce llorón era extraído y limpiado de restos de tierra; ahora pesaba 76.656 kg. La tierra había disminuido solamente 57 grs. ¿De dónde provenían aquellos otros 74 kg.?

Ciertamente, no de un factor material; el pequeño sauce había estado siempre en contacto con las fuerzas invisibles del aire y con los rayos del sol.

Así también no se debe atribuir el desarrollo del Cuerpo Místico de Cristo a su organización o a su administración, porque Dios sabe que no es siempre ni la mejor ni fe más experta. Su poder y su fuerza de expansión provienen de ese Jesús que nosotros recibimos en cuerpo, sangre, alma y divinidad, en la Comunión, que no sólo nos une a El, sino que nos estrecha recíprocamente los unos a los otros como los miembros de su Cuerpo Místico. Vuestro cuerpo físico está formado de millones y millones de células; estas células son nutridas por la sangre y la linfa que, atravesando las arterias y las venas, reparan las fuerzas } las renuevan. La sangre llama a las puertas de cada célula, ofrece sus tesoros para que cada cliente tome cuanto le sea necesario. Aunque cada una mantenga su individualidad, permanecen, sin embargo, como unificadas en la misma corriente vital.

El plasma sanguíneo que nutre el cuerpo humano, es siempre una pálida idea, un eco apagado de aquello que sucede en el Cuerpo Místico de Cristo. Así como la vida del cuerpo se halla ligada con la linfa, así también el Cuerpo Místico tiene vida si permanece unido a Cristo en la Eucaristía. El es el pan de todos, la vida de cada miembro en el Cuerpo Místico, el mismo que cada uno recibe. Esta es la base de la unidad de la Iglesia. *"El mismo pan que comemos nos hace un solo cuerpo, aunque numéricamente seamos tantos y distintos"* (I Corintios, X, 17). El comulgatorio, donde se va a recibir al Señor, es por eso la institución más democrática que nos haya sido dada en la historia. Cualquiera que vaya a recibir el cuerpo y la sangre del Señor, siente fluir en sus venas la misma vida divina que flu7e en las mías. La vida de Cristo que se agita en mí es la misma vida que palpita en los otros miembros del Cuerpo Místico de Cristo; porque cada uno de ellos es mi hermano y hermana en Cristo. Comunión quiere decir "común unión". Comunidad. He aquí el fruto maravilloso de nuestra fe.

Y puesto que el manantial de esta vida del Cuerpo Místico es Cristo, tiene necesariamente una vida inmortal, por eso, quienes suspiran por la desaparición de la Iglesia deberían cantar mejor la cotidiana desaparición

de las estrellas al despuntar el alba. Jesús no bromeaba cuando dijo a Pedro: *"Las fuerzas del infierno no prevalecerán contra mi Iglesia*."

¿Qué podría hacer el mundo sin la Santa Misa?

Alguna vez el sufrimiento era el pan de unos pocos. Hoy es la carga de todos. Si no sufren los cuerpos, están desgarradas las mentes en la agitación de los deseos, de los temores, de las preocupaciones. ¡Oh! ¡Cómo es malgastada la tragedia de este sufrimiento! Para tantos y tantos se ha vuelto insoportable porque son muy pocos los que saben amar. El amor no puede destruir el sufrimiento, pero lo puede dulcificar; como puede atenuarse vuestra irritación por haber perdido la billetera si pensáis que puede haberla hallado una pobre familia necesitada, a la cual trajo la salvación. De igual manera nuestro sufrimiento puede volverse luminoso cuando lo ofrecemos por alguno que amamos. Si cada mañana lleváramos nuestra pequeña cruz a la Santa Misa y la posáramos junto a la gran cruz de Jesús sobre el Calvario, y en el momento de la consagración dijésemos con El: éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre, nosotros oxidaríamos nuestros males en el éxtasis de nuestro amor por Jesús Crucificado.

Y para que mis palabras sean una obra de amor, mañana por la mañana ofreceré el Santo Sacrificio de la Misa por todos aquéllos que escuchan esta transmisión. ¡Qué podáis todos vosotros, oh católicos oyentes, ser partícipes escuchando la Misa de vuestra parroquia! ¡Muchas gracias ^

¡En el amor de Jesús!

Rusia *y* la Iglesia

*Mensaje radiofónico del **9** de febrero de **1950***

> *"Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultraja» y os persiguen"* (San Mateo, V, 44).

Amigos:

Durante treinta y tres años el comunismo h¿ intentado convencer al mundo que Dios no existe, pero sólo ha logrado persuadirnos de que existe el demonio. El Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia, ha tenido, probablemente más mártires por la Fe, en los últimos treinta y tres años que en los doscientos años de persecución romana. La obsesión diabólica en la lucha actual es espantosa. El infierno todo fue desencadenado en el martirio vivido por el cardenal Mindzenty. El psiquiatra que tuvo esa misión pasó dos años en Rusia para instruirse respecto a las brutalidades de la persecución comunista, y a lo largo de diversas torturas que habrían debido destruir la mente del Cardenal, lo puso al borde de la muerte. Se jactaba de que en el instante mismo en que el alma se dispusiera a abandonar el cuerpo, la ciencia comunista habría infundido un alma nueva al Cardenal; es decir, habría arrebatado el alma dada a Cristo, para sustituirla con el Soviet, el alma demoníaca. Aquel hombre confiaba en poder crear en el Cardenal una personalidad completamente nueva, para poder exhibirlo frente al pueblo en actitud de desconocer a Cristo y glorificar al Soviet. Naturalmente, este experimento falló, porque Dios, y sólo Dios, puede infundir un alma en un cuerpo. Cuando el Cardenal respondió en latín con las palabras de Nuestro Señor, el psiquíatra, desilusionado

hasta la desesperación, gritó: *"Si Jesús puede expulsar al demonio de un hombre, ¿por qué no podremos nosotros hacerlo entrar?"*.

Permitid ahora que os diga cuál es la postura de la Iglesia, en primer lugar, respecto al comunismo; luego, en lo que a Rusia se refiere. La Iglesia distingue entre Rusia y comunismo. Rusia es un país de seres humanos hechos a imagen y semejanza de Dios. El comunismo es una ideología que se eclipsará sin destruir al pueblo ruso. Los rusos deben ser amados, aún cuando fueren comunistas, pero el comunismo, erigido en sistema, debe ser repudiado porque es esencialmente nocivo.

La oposición religiosa del Cuerpo Místico de Cristo frente al comunismo es radicalmente distinta de la del mundo occidental. La Iglesia la juzga por su filosofía; el Occidente, por su política exterior. Cuando la política exterior del comunismo es favorable a los países occidentales, éstos lo aceptan como democrático, pero si su política exterior les es contraria, entonces ellos lo combaten.

Esto explica los diversos cambios de actitud del Occidente hacia el comunismo, en estos últimos 25 años. En ocasiones, los países occidentales lo consideran extraordinario experimento de economía en la democracia; otras veces, como una bárbara fuerza imperialista pronta para destruir la civilización. Pero ningún cambio habido en política exterior ha modificado el punto de vista de la Iglesia.

De igual modo, como el asesinato es malo aunque haya sido cometido en nombre de la eutanasia, así también, para la Iglesia, el comunismo es malo aunque mate en nombre de la democracia. Pero aún cuando sea diabólico, la Iglesia sabe que Dios puede, del mal mismo, extraer el bien.

El comunismo, por ser el último grado de decadencia del materialismo, del agnosticismo y del ateísmo de la Europa del siglo XIX, es como un fertilizante. Como cuando Nuestro Señor, viendo la higuera estéril, dijo: *"Escarbad y abonadla con estiércol",* así también, en su sabiduría, Dios puede permitir que el mundo occidental, vuelto estéril, alejado de Su Divinidad, sea fertilizado con el abono del comunismo. Si su putridez nos lleva a repudiar los sistemas de violencia, entonces Dios, en su misericordia, podrá mudar su naturaleza, como la de todo fertilizante, y permitir que sea absorbida en el Árbol de la Vida de un renovado mundo mejor.

El pueblo ruso debe hallarse muy desorientado por la mentalidad del mundo occidental. Durante veinticinco años, el Occidente permitió al

comunismo engordar en su férrea celda, aumentando aún su capacidad para hacer el mal con el envío de ingenieros, de hombres de ciencia y de maquinarias para que pudiese construir mejor un mundo de esclavos. En las voces que llegan de América, los rusos pueden sentir que el mismo sistema, en otro tiempo elogiado, es ahora denunciado como cruel y malvado. Deben haber entrado en sospechas por este repentino interés por sus asuntos y se preguntarán: *"¿Estará verdadera mente preocupado el mundo occidental por liberar nos, o estará buscando él modo de salvar el propio pellejo?"*.

Imaginad que vuestro vecino suministrase a un ladrón las herramientas necesarias para que violase vuestra casa y bienes y os robase. Luego, después que vosotros hubierais perdido todos vuestros efectos y que hubieseis visto a vuestros hijos asesinados, el vecino en cuestión os llamase otro día por teléfono para expresaros qué perverso era el ladrón y cuán interesado se hallaba él, como vecino, en vuestra prosperidad, al punto de querer regalaros un nuevo abrelatas eléctrico en reemplazo del viejo que tenéis en vuestra cocina. ¿Acaso no sospecharíais de él? Los rusos deben tener exactamente estas impresiones por nuestros cuidados. Debe parecerles irónico que, tras veinticinco años de obstinado olvido, durante los cuales y a través de sangre, sudor y lágrimas, ellos eran condenados a muerte por millones, el mundo occidental no halle ahora nada mejor para ofrecer a sus almas hambrientas que el catálogo adocenado de una firma comercial cualquiera. Deben preguntarse: •'¿por qué necesitamos cambiar un materialismo tiránico por otro más moderado cuando nosotros ansiamos olvidar el materialismo?".

Esto nos lleva nuevamente a considerar la actitud de la Iglesia hacia Rusia. ¡Si esta transmisión radiofónica pudiese atravesar y llegar alguna vez, más allá de la cortina de hierro y quiera Dios y Nuestra Señora de Fátima que esto sea, queremos decirle al pueblo ruso que, como hermanas y hermanos nuestros en Cristo, nos están más próximos que los materialistas del mundo occidental y cuánto más! Queremos decirles que ellos tienen algunas cualidades que son necesarias, tanto para nosotros, los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, como a los pueblos de Occidente, para el mejoramiento del mundo. Quiera Dios que un día podamos incorporar a nuestra vida sus profundas pasiones que gravitan en torno a la palabra que es la clave del carácter ruso "Dousha", esto es, alma. Ningún otro pueblo de la tierra tiene un sentido tan agudo de no haber sido hecho para este mundo. Cada ruso es un eterno desterrado, un ser errante y consciente, no obstante, de haber sido un día rey, en la época de oro del

espíritu. (En esto se asemeja a los irlandeses). No ha podido olvidar nunca la caída y se afana y busca a tientas el camino de regreso al cielo, aun cuando parezca alejarse de él. Su mismo Lermontov ha expresado esto en su famoso poema "El Angel", en el cual el alma humana no puede olvidar el canto del mensajero que la ha conducido hasta la tierra.

"Por mucho tiempo y en secreto al alma
aquí en la tierra atormentó el deseo:
vacuos eran aquí todos los sones
y no podían arrojar olvido
sobre los cantos que escuchó en el cielo."

La palabra más común en labios de un ruso es "Dousha". Cuando les visitáis en sus casas, os preguntan: "Alma mía, ¿quiere sentarse a tomar el té con nosotros?" Los ingleses usan muy frecuentemente la palabra "cuerpo" (body). Se dice por ejemplo: "He visto a alguien en la calle" (some-body), en tanto en Rusia se traduce "Déjame decir algo", con: "Deja que mi alma vuelque sus ansias en la tuya". El término "Dousha" se vuelve acariciante vocablo en "doushinka" y puede expresar una profunda e intensa aspiración. Cuando un ruso dice: "No hay nada para el alma", quiere significar "no hay remedio para esta situación"; en cambio "tener algo para el alma", es sinónimo de "las cosas van bien".

Su espíritu es como las dilatadas estepas de su país; necio es aquel que intenta nutrir con cáscaras lo que ellos llaman "la vasta alma rusa". Poseen semejante afinamiento sensible con todo cuanto se relaciona con ella, que ellos distinguen entre pecar con el cuerpo y pecar con el alma. Es así como una mujer rusa puede decir a su amante, tras una disputa: *"Tú eres dueño de mi cuerpo, pero el alma es mía".* A pesar de que esto sea falso, revela, sin embargo, un profundo sentido del valor eterno de un alma inmortal. Los comunistas sabían muy bien todo esto y en los primeros tiempos de la revolución manifestaron que ellos se proponían ayudar a sus almas. Por una extraña combinación, el pueblo ha mantenido pura su "dousha" mientras su cuerpo se ve atormentado.

Nada puede enfurecer más a sus carceleros que el saber que ellos pueden matar el cuerpo ruso dejando intacta el alma. Los Soviets saben que no pueden llegar a esto, porque aún hoy resuenan en Siberia y en los húmedos subterráneos de Kremlin las palabras del Evangelio: *"Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas al alma no pueden matar"* (San Mateo, X, 28). Los comunistas pueden atormentar el cuerpo con su infierno, pero el alma se les escapa. Pueden someter, a voluntad, al hombre

que cree ser una bestia; esta es la razón por la cual los materialistas de Occidente sólo tienen la consistencia de la creta en manos de los agentes soviéticos. Pero no pueden llevar a cabo esto con su propio pueblo, porque los rusos, al tiempo que son exterminados, saben alzar serenamente sus ojos hacia el cielo, para ayuda y consuelo, recitando sus viejas plegarias: "Oh Señor, perdona a nuestro pueblo imperdonable". Deportado, arrestado, torturado, mutilado o muerto, este potente y noble pueblo, contesta a los jerarcas comunistas, con su Dostoievski: "Prefiero no tener razón con Cristo, que razón con vosotros".

La misma oposición enconada del comunista ruso contra Dios, afirma a Dios. El no lo niega como lo hace el burgués ateo o el estudiante de filosofía tras la segunda lección; él desafía a Dios, él odia a Dios, al presente, ya mismo. Pero si ninguno puede mantenerse fuera de las leyes sin leyes, ninguno puede estar contra Dios sin Dios. El alma rusa no conoce la indiferencia religiosa; ella no caerá nunca bajo la amenaza divina: *"No eres ni frío ni caliente* (Apocalipsis, III, 15). Si los comunistas prefieren hoy día el mal, no es porque así lo deseen, sino porque su alma, profundamente mística, la trueca por Dios, porque el Demonio es para ellos la personificación de la Divinidad. No hay peor mentira que aquella que parece verdad. Ellos se equivocan en el discernimiento de lo que es Dios, pero no lo niegan, como dijo su Khamiakov:

> *"Nosotros vamos a buscar cura a nuestros*
> *males, no en Dios sino entre Sus manos."*

En los campos de concentración y bajo las luces hirientes de las prisiones, el alma rusa siente eso que ella nombra "Strast" o pasión, la palabra especial que usa para la pasión de Cristo; ella siente el Calvario. También ahora, en Siberia, no obstante la vigilancia de los guardias soviéticos, los cuerpos desnutridos conservan sus fuerzas, lo suficiente como para poder cantar, desde el fondo de su alma, la antigua canción cosaca:

> *No tememos los pasos de la muerte*
> *pues el trabajo vese todo listo:*
> *y no es vivir en vano de esta suerte:*
> *¡Siberia está ganada para Cristo!*

¡Cómo les son necesarias al mundo occidental sus virtudes! ¡Su amor por el alma! ¡Oh amado pueblo ruso, nosotros desde el puente que no» divide, te alcanzamos y reunimos con nuestro amor en Cristo y rogamos

que tu tierra, que durante cierto tiempo fue la santa Rusia, pueda llevar todavía este nombre bendito. Tus perseguidores comunistas tienen entre nosotros una quinta columna, pero tú pueblo ruso, tienes una quinta columna mucho más sólida entre todos los enamorados de Dios y de su divino Hijo. Millones de personas ruegan cada día a Nuestra Señora de Fátima por tu liberación. Cada mañana, en todo el mundo, todo sacerdote, después de la misa privada, eleva oraciones por ti: por tu paz y tu libertad.

Este año, nosotros, los del Cuerpo Místico de Cristo y vosotros, los de la Iglesia oriental, celebramos pascuas en el mismo día.

Hoy, en nuestra liturgia, es el Día del Perdón. Abandonado el espíritu del carnaval, vosotros comenzáis vuestra Cuaresma algunos días antes que la nuestra. ¡Qué pueblo obstinado constituís I Durante estos días, en vuestros monasterios, los monjes se piden recíprocamente perdón; vosotros lo pedís en vuestras casas y en vuestras ciudades a cuantos habéis ofendido. Podemos unirnos a vosotros en este día, rogándoos que nos absolváis por haber permitido que fueseis ligados con la cadena de la esclavitud. Os hemos hecho mucho más daño con nuestra indiferencia moral que todo el que nos hayáis podido hacer a nosotros. ¡Perdonadnos por eso! Vosotros no debéis perder más que vuestras cadenas, en tanto nosotros debemos perder esa falsa tolerancia que ha ayudado a forjarlas.

Así como el sol levanta los vapores de la tierra, los concentra en las alturas, los lleva sobre los mares y los continentes y los deja caer sobre otras regiones, del mismo modo nosotros rogamos que los ángeles del cielo recojan nuestras plegarias para transportarlas como nubes más allá de todas las cortinas de hierro del mundo y hacerlas descender, como leve rocío, sobre vuestra alma rusa, para darle fuerzas y coraje, para que a modo de *bogoiskateli* (o buscadores de Dios, como vosotros os llamáis) podáis hallar, sin trabas y en medio del júbilo, al mismo Cristo que vosotros conocéis secretamente y entre las penas.

Mañana por la mañana, como cada lunes, ofreceré por toda la Cuaresma, mi Misa para el pueblo ruso y cada dos días diré un memento especial, j Comenzaréis también vosotros vuestra Cuaresma escuchando mañana la santa Misa de acuerdo con estos propósitos! ¿Querríais uniros a mí hasta la Pascua; Aquel que se desentiende de la salvación espiritual rusa, es ajeno a la causa de Cristo. Removed vuestra “dousha”. Rogad especialmente a los santos que Rusia venera: san Nicolás, san Basilio, san Juan Crisóstomo, los santos Cirilo y Metodio. Pedid ayuda a Nuestra Señora de Fátima. Os ruego concurrir a Misa durante toda la Cuaresma y de rezar con el espíritu de aquella princesa rusa, cuyas últimas palabras frente

al fuego del pelotón comunista, fueron: *"Príncipe de la paz y Señor de todos, bendícenos con la gracia de la plegaria y, en esta hora tremenda, proporciona reposo a nuestros pobres espíritus fatigados"*.

¡En el amor de Jesús!

Felicidad hecha de congojas y alegrías

Mensaje radiofónico del 12 de febrero de 1959

> *"En el mundo tendréis aflicciones: mas confiad, yo he vencido al mundo."* (San Juan, XVI, 33).

Amigos:

Si deseaseis saber algo referente a la actividad en las minas, seguramente no preguntarías a quien jamás ha visto una. Pero en el campo religioso, quien no reza jamás es tenido a menudo por una autoridad en cuanto defiende a la Iglesia. Ha llegado el momento en que alguien, que forma parte del Cuerpo Místico de Cristo os diga qué cosa se siente al ser católico.

En cierto sentido, se puede responder coa una paradoja: católico es aquél que llega a sentir en el mismo momento aquello que puede parecer una contradicción: inquietud y paz. Primero inquietud, que no es, naturalmente, la falsa inquietud de quienes no han hallado aún a Dios, o que, habiéndolo hallado, lo han vuelto a perder a través del pecado. Nuestra inquietud tiene un doble origen: la sublimidad del ideal y la tensión que tiene en el alma y en el cuerpo.

Ella proviene, ante todo, de cometer nuestros errores respecto al infinito amor. Es fácil ser liberal en política, pero es difícil ser liberal con Dios. El mundo está lleno de miserables, pequeños "yo" que imitan a Dios creando por sí mismos minúsculas divinidades maleables, pero, ¡qué pocos quieren ser imitadores de Cristo Salvador Crucificado! Requiere mucho esfuerzo domar nuestros más bajos instintos hasta poder llevar a la práctica las palabras de San Pablo: *"Los secuaces de Jesucristo han crucificado la carne con sus pasiones y sus concupiscencias"* (Gálatas, V, 24). Tenemos

una tentación que rechazar; tememos que Sus manos heridas toquen las nuestras y nos dejen rastros de sangre. Durante la Misa, al alzar los ojos, nosotros vemos no una cruz inconsistente sino un crucifijo que anuncia al gran capitán que ha vuelto del frente de batalla trayendo cinco heridas; luego, al bajar la mirada basta nuestras manos, nos escandalizamos de haber podido descender del Calvario conservándolas blancas e intactas. Aun cuando hagamos lo mejor posible, sirviendo a nuestro prójimo como si fuese Cristo y acogiendo al extraño como si fuese Dios mismo, estamos tentados de pensar que nos hallamos haciendo el bien. Pero... acordémonos entonces del Señor y pensemos que cuando hayamos hecho todo lo mejor, no podemos consideramos más que "siervos infieles". Es un hecho psicológico probado que, cuando más servimos al Cuerpo Místico de Cristo, mayor es el descontento hacia nosotros mismos; más nos avecinamos a El y más nos convencemos de no saber nada. Esto es debido a la miseria infinita de nuestro ideal. Un cuadro puede parecer bello a la luz de una vela, pero revelarse como un mamarracho no bien expuesto a la luz del sol. Así, cuando nosotros nos juzgamos conforme al criterio mundano, nos complacemos de nosotros mismos, pero no bien lo hacemos a la luz de Cristo, nos retraemos con horror, por cuanto vemos en nosotros y decimos con Pedro: *"Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador"* (San Lucas, V, 8). Cuanto más nos alejamos del ideal divino, tanto más nos jactamos de nuestras perfecciones, pero a medida que nos avecinamos a Cristo, distinguimos más claramente nuestros defectos. Este es nuestro tormento. Ninguno se siente seguro de la propia inocencia, frente a la pureza absoluta, sino que todos preguntan con los apóstoles: *"¿Soy yo, Señor? ¿Soy yol".*

La inquietud tiene una segunda causa en el tremendo contraste entre el alma y el cuerpo, o mejor dicho, en la insuficiencia del cuerpo para seguir al alma. Cual pájaros enjaulados, tenemos a veces momentos de un gran deseo de proximidad con Dios, especialmente después de la Comunión, pero bien pronto nuestro cuerpo nos arroja a tierra y limita y aprisiona al alma. La mejor parte de la poesía romántica es llanto y lamentaciones. Frente a la belleza natural, el corazón sufre por su deficiencia. Si aquéllos que aman sobre la tierra, sienten su imposibilidad para expresarse, ¿qué deberá sentir el alma humana enfrentada a "su verdadero amor entre tantos amores que nosotros sentimos incompletos?". Y entre los iguales puede existir justicia, pero no amor; la igualdad entre los sexos es fatal: el verdadero sentido del amor, no reside en la igualación sino ' en la inferioridad de aquel que ama y en la superioridad del amado:

quien ama está impulsado a arrodillarse y quien es amado a ser puesto sobre el pedestal, y cada amante lamenta su indignidad, Apliquemos este experimento psicológico a lo infinito en el momento de mayor intimidad, cuando, en la Comunión, recibimos al Señor del Amor y de la Vida. Bien justo es que entonces la Iglesia ponga en nuestros labios: *"¡Oh, Señor, no soy digno de recibirte bajo mi techo!".* Nada de cuanto podamos decir sobre nuestra alma al Divino Visitador parece acompañar a nuestro amor. Unido a nuestro deseo insaciable de mayor amor, hay un sentido disolvente de nuestra adolescencia frente al Eterno. Solemos ofrecer hierbas cuando queremos brindar rosas; sentimos que somos ceniza cuando tendríamos que ser ardientes brasas; tendemos brazos que no alcanzan a rodear al espíritu, cuando deberíamos contar con alas para volar a lo eterno. Y, por encima de todo eso, la tremenda sensación de no amar lo suficiente, de permanecer muertos, fríos, distraídos, cuando nada nos puede dar satisfacción si no es pertenecer y prendernos al amado como ramas en torno a la vid. Cuanto más profunda es nuestra fe, tanto más aguda es nuestra impaciencia por conocer la plenitud de la luz; si más viva la esperanza, más apasionado nuestro deseo de ser poseídos; más ardiente el amor, más intenso el deseo de rasgar los velos de la carne que debemos perder y que nos esconden por ahora la belleza del rostro que *'"oscurece toda otra belleza".*

En breve, nuestra inquietud es aquélla del enamorado que está todavía separado de la amada nuestra alma aquella por la cual San Agustín escribe: *"Nuestros corazones son hechos para Ti, Señor y estarán desasosegados hasta que no reposen en Ti".*

Pero éste es solo un aspecto del cuadro. Unido a esta pena, que proviene de nuestra indignidad, hay una paz inefable y una alegría indescriptible. Primeramente, existe la alegría del intelecto de conocer la Verdad de Cristo, continuada a través de su Cuerpo Místico, la Iglesia. Puedo dar una idea de esa paz a aquéllos de entre vosotros que creen en la divinidad de Cristo. Imaginad estar viviendo en tiempos de Nuestro Señor y que vosotros queréis conocer la opinión del Hijo de Dios respecto a un gobierno totalitario que estuviese absorbiendo y devorando toda el Asia Menor. Vosotros habríais oído a Cristo decir cierto día a Poncio Pilatos: *"Ninguna potestad tendrías si no te fuera dada desde lo alto"* (San Juan, XIX, 11). Vosotros habríais acoplado entonces esas palabras como verdad infalible del Hijo de Dios acerca del poder político, habiendo sin embargo hablado tan sólo a través de su naturaleza humana. Así como no dudamos de la infalibilidad de Cristo, cuando habla a través de su cuerpo humano al

gobernador Pilatos, así también no podemos dudar de su infalibilidad cuando, a través de su Cuerpo Místico se dirige al comisario Stalin. Del modo como mi mente invisible envía una verdad en este mensaje radiofónico, por medio de mi cabeza-y de mi cuerpo visible, así también la Cabeza invisible del Cuerpo Místico, Cristo, revela boy su verdad a través de la Cabeza visible, Pedro y su Iglesia. Cuando, por ejemplo, mostrando primero dos manzanas y luego otras dos, digo que son cuatro, ¿enuncio tal vez una verdad distinta que cuando afirmo, con un solo cálculo mental, que dos más dos hacen cuatro? No hago sino aplicar una eterna verdad espiritual a nuevas circunstancias históricamente concretas, pero la verdad es siempre la misma.

Y cuando el Santo Padre habla como Cabeza visible del Cuerpo Místico de Cristo, no crea nuevas verdades, ni tendría tampoco el poder de hacerlo; no habla por derecho personal, ya que no sería más infalible que vosotros o yo, como carecería de valor vuestro cráneo separado del alma y del cuerpo. Pero cuando él ejercita sus funciones v su potestad clave, él aplica a nuestros tiempos y fija para la perturbada situación de los tiempos modernos la Verdad y la Voluntad de Cristo.

Contar con Cristo por guía en esta época agitada, infunde en el alma una paz maravillosa. Dejad que os cite un ejemplo. Mucho antes de la segunda guerra mundial, el pensamiento de Cristo y de la Iglesia condenó a los tres sistemas totalitarios: nazismo, fascismo y comunismo. Durante la guerra, mientras el mundo occidental pensaba que solamente dos eran condenables, cuando a nadie le era permitido hablar contra el comunismo, yo intenté demostrar en un mensaje radiofónico, el error que se cometía separando a los diablos negros y pardos del fascismo y del nazismo de los rojos del comunismo. Para evitar la censura, encubrí mi concepto con la cita de las palabras del Señor: *“No podéis expulsar al Demonio sirviéndoos de Belcebú”*. Pero no me permitieron decirlo. El Demonio citó las Escrituras en contra del Señor, pero en este caso vino a ocurrirme que e! mundo no permitía que fuesen citadas las Escrituras en contra del Demonio. ¿Y quién no entiende hoy día qué justo e infalible era el pensamiento de Cristo y cómo se equivocaba el mondo? El comunismo que en enero de 1945 te. da esclavizados sólo a 190 millones de personas, hoy oprime a 800 millones. El único mal estriba en que el pensamiento de Cristo y la infalibilidad de la Iglesia se adelantan al tiempo, en tanto que el mundo es siempre reaccionario. También la voluntad de Cristo, expresadas en las Encíclicas, da la guía para toda circunstancia de la vida moral: prohibiendo matar a los enfermos aun cuando se hace en nombre de la

eutanasia; si es lícito el bombardeo de las poblaciones civiles; si la propiedad privada no tiene límites; si el derecho de los trabajadores a organizarse puede ser independiente del bien común; si el gobierno del mundo puede estar basado en las leyes o en la fuerza: si se debe o no usar la bomba atómica. Respecto a este último punto, están las palabras pronunciadas por el Santo Padre, dos años antes que fuese arrojada la primera bomba atómica. Ningún periódico americano publicó este llamamiento del Papa. Tras haber proporcionado una exacta idea de la bomba atómica, él concluía diciendo: “La energía originada por la disgregación del átomo no debería ser usada para fabricar bombas; debería ser perfectamente controlada con medios científicos, pues de otro modo podría sobrevenir una tremenda catástrofe capaz de trastornar, no sólo un punto del planeta, sino al mundo entero ’ C En otras palabras, nuestra ciencia, divorciada de la moral, puede destruir la tierra. Este es el pensamiento de Cristo sobre la bomba atómica. Damos gracias a Dios que en su misericordia haya enviado a su Divino Hijo, para instruir no sólo la Galilea y la Judea, con su cuerpo físico, sino, mediante su Cuerpo Místico, también Washington, Moscú, Londres, Kikapoo y Rapid City.

Dios, valiéndose del agua, destruyó una vez a la humanidad pecadora; ¿querrá nuestro enloquecido mundo, sin cabeza y sin Dios, destruirse a sí mismo con el fuego? ¡No lo sabemos a ciencia cierta, pero es posible! Hay una única certeza contra la bomba de hidrógeno: mantenerse en estado de gracia.

Y no es sólo la paz del intelecto la que se posee cuando se tiene la verdad de Cristo, sino también el júbilo del corazón mediante el amor del Corazón de Jesús. En el amor romántico, el amante desea volverse grato a la amada. Una mujer se atavía con determinados colores, se peina como para ser más atrayente y evita todo aquello que pueda desagradar al amado. El auténtico enamorado de Dios, deja de pecar no sólo por temor de faltar a un mandamiento, sino porque evita herir a Cristo-amor. El amor tiene dos necesidades: quiere agradar y obedecer, hallarse en armonía con Dios sin cuidarse de cuanto puedan hacer o decir los demás. El amor de Dios hace cambiar todos los puntos de vista del mundo: nos damos cuenta de amar a todos en El, porque todos están hechos de El y por El; si el Señor los ama, yo también los amaré.

Esto no quiere decir que sea inmune de las luchas y de las pruebas; se aceptan de manos de Dios, que nos ama, que es Padre. Cuando todo va bien, cualquier sistema humano o religioso puede tolerarse, pero frente a la muerte, al desastre y a la catástrofe ello se vuelve inestable, como la brisa

al amanecer. En los dolores, la fe nos recuerda que hemos nacido de una tragedia: la desgracia del Viernes Santo. El crucifijo sobre los muros de nuestras casas, en los altares, en nuestros libros de oraciones, nos recuerda la bondad de Dios que, recogiendo todos los males del mundo y ofreciéndolos en la altura, ha vencido al mal. Sabemos que el Señor no nos dijo nunca que habríamos de vivir sin tentaciones, pero afirmó que éstas no serían superiores a nuestras fuerzas. Por eso, difícilmente se vean frustrados aquellos que, en medio de los dolores, en las crisis de la existencia, son sostenidos por Cristo-amor. El doctor Carlos Jung, el psiquíatra no católico de fama mundial, afirmó que en treinta años de experiencia psiquiátrica, no había hallado más de cuatro o cinco casos de católicos activos incapaces de rehacer su personalidad. Hay alegría en el espíritu de un creyente cuando el cuerpo sufre. No hay dolor del cuerpo que pueda afligir al alma. Esto significa ser católico: mantenerse eternamente inquieto, eternamente en paz. No hay contradicción en ello, porque nuestra agitación y nuestra serenidad se fundan dulcemente en el amor. Nos hallamos inquietos porque no poseemos completamente al Señor; conservamos la serenidad en proporción a lo que hacemos para estar unidos a El. La fuente común es el amor. Porque amamos lo infinito, desatamos las cuerdas que nos ligan a lo finito; si El roza la punta de nuestros dedos, caemos en éxtasis celestial, porque sabemos qué un día El nos tomará de la mano. Estamos inquietos porque amamos demasiado poco; nos hallamos en paz, porque hay tanto para amar. Somos envidiados por nuestra paz feliz; somos despreciados porque su precio es la Cruz.

¿Puedo pediros un favor? La primera vez que sintáis decir a un agente comunista que nuestro país es una tierra de esclavos, no le creáis.

Y la próxima vez que queráis saber qué significa estar en paz, no se lo preguntéis a aquéllos que difunden embustes a costa nuestra; preguntádselo a uno de aquéllos que, cada mañana en la Misa, recibe en su corazón al Cristo que es nuestra verdad, nuestra paz, nuestra alegría.

¡En el amor de Jesús!

La Iglesia y el pensamiento

*Mensaje radiofónico del 5 de mayo de **1959***

"Si el Hijo de Dios os libertare, entonces seréis verdaderamente libres." (San Juan, VIII, 36)

Amigos míos:

¿Cuál creéis que sea hoy día el peligro más grande del mundo? Yo os lo diré: el régimen autoritario, porque comprende, no sólo el comunismo, sino todas las viejas y nuevas formas de supremacía del Estado, de dictadura política, que destruyen la libertad.

El totalitarismo nos hace esclavos, encadenando nuestra inteligencia a principios y sistemas, poniendo como base de la autoridad el temor y, en fin, destruyendo la libertad de pensamiento.

Nuestro Divino Salvador vivió y trabajó bajo un gobierno autoritario que tiranizaba a su pueblo y por eso, cuando quiso perpetuarse a sí mismo en el Cuerpo Místico de la Iglesia, hizo do ella un baluarte contra cualquier forma de dictadura, pronunciando estas palabras: *"Sabéis que los príncipes de los gentiles se enseñorean sobre ellos y los que son grandes, ejercen sobre ellos potestad: mas entre vosotros no será así: sino el que quisiere entre vosotros hacerse grande, será vuestro servidor"* (San Mateo, XX, 25-26).

¡Qué reconocidos debemos estar al Señor por habernos salvado como miembros del Místico Cuerpo de la Iglesia, en la tremenda amenaza del totalitarismo! Nosotros, en el seno de la Iglesia no obedecemos a un sistema sino a una persona; sabemos que, en la Iglesia, el fundamento de la obediencia no reside en el temor sino en el amor y estamos convencidos que nuestra libertad de pensamiento no experimenta ninguna restricción,

habiéndonos permitido conocer los aspectos buenos y malos de cada problema. En el régimen totalitario es menester someterse a un sistema fijo, esto es, a un complicado enredo de principios y asuntos, supersticiones y códigos, directivas y órdenes, siempre abstractas e impersonales, como el materialismo dialéctico o la lucha de clases, o la teoría del trabajo y de la moneda. Como católicos, en cambio, nosotros nos adherimos a un sistema de principios, pero procedemos como una persona, la persona de Jesucristo que revive en su Cuerpo Místico; nuestra fe es la unión de dos personalidades: Nuestro Señor y nosotros mismos.

No existe adhesión a doctrinas abstractas sino más bien comunión con un Ser Supremo que no puede engañarnos ni ser engañado. Si los regímenes tienen su punto de partida en la doctrina de una facción, nosotros lo tenemos en Nuestro Señor, Hijo de Dios vivo, que dijo: *"Yo soy la Verdad"*. La verdad, pues, se ha transformado en una persona.

Como el amor de] niño por su casa es mayor que la suma de todas las órdenes de los padres, así también nuestro amor a la Iglesia está por encima de todas las verdades que ella nos inculca. Nuestra fe es, antes que nada, fe en Cristo viviente en su Cuerpo Místico; en segundo lugar, en las verdades particulares. Si no nos la hubiere revelado El, nosotros no las creeríamos: si Jo perdernos a El, perdemos también aquéllas; El es lo primero, todo el resto es accesorio.

No hay doctrina, ni moral, ni dogma, ni liturgia que pueda subsistir separada de El. El es el objeto de nuestra fe, no es dogma de ella. Así como el acto por el cual un joven coloca el anillo a la prometida es secundario en cuanto al amor que por ella siente como persona, así también nada para nosotros merece fe si está separado de Cristo en su Cuerpo Místico.

Si nosotros no creyésemos que Jesús es Dios sino tan sólo un hombre extraordinario que vivió hace mil novecientos años, nunca podríamos creer en la Eucaristía o en la Trinidad; asimismo, si pensásemos que no conservamos de El más que algunos apuntes ocasionales, transcriptos por unos cuantos secretarios después de su muerte, no podríamos creer en el perdón de los pecados.

Pero puesto que sabemos que Nuestro Señor enseñó, guió y santificó a las gentes por medio de un cuerpo formado en el seno de su madre y envuelto por el Espíritu Santo y sabemos que hoy todavía El vive, enseña, guía y gobierna cada día a las gentes en su Cuerpo Místico, formado en el seno de toda la humanidad envuelta por el mismo Espíritu, por todo eso

nosotros aceptamos hoy su palabra y no solamente lo que sus secretarios escribieron, sino también lo que la tradición enseñó a través de 1.900 años.

No deseamos instituciones interpuestas entre nosotros y Jesús. Su Místico Cuerpo no se halla interpuesto entre nosotros y El más de cuanto mi cabeza visible no lo esté, entre yo mismo y mi inteligencia invisible. Este Místico Cuerpo, la Iglesia, es aquello que san Agustín, mil quinientos años antes, llamó el *"Totus Christus":* Cristo entero.

Agradezcamos a Dios por nuestra fe en la persona del Cristo viviente, el eterno contemporáneo. Esa es el ancla del mundo contra el totalitarismo. La Iglesia, Místico Cuerpo del Señor, nos salva de la dictadura y de todos sus sistemas de policía y propaganda, porque su basamento de fe no es el temor sino el amor. El totalitarismo nos produce miedo, pues arranca de un sistema; en cambio nosotros marchamos siempre con la Pascua de Cristo viviente en su Cuerpo Místico y creemos por amor y no por temor. Jamás se podrá amar el materialismo dialéctico o el cosmopolitismo ético o el humanismo pragmático, como se puede amar a una persona. Un lazo de amor ciñe estrechamente nuestra personalidad creada y la suya, increada. Esa es la prueba más convincente de que son inseparables y de que Nuestro Señor no *otorgó* a Pedro potestad de regir y gobernar su Iglesia hasta que él no hubo repetido por tres veces de amarlo sobre todas las cosas del mundo.

Nuestra sumisión al Divino Salvador en su Cuerpo Místico es similar a la amorosa sumisión que tenemos para con el mejor y más probo de nuestros amigos o a la obediencia del hijo hacia el padre. No advertimos ninguna distancia entre nosotros, que aprendemos, y la Iglesia de Cristo, que enseña, como ocurre con el alumno que aprende cada vez más y mejor las lecciones del maestro hasta anular la disparidad del saber, así también para nosotros llega finalmente un momento en el cual se produce una coparticipación de amor por la verdad común.

Cuanto más conocemos a Nuestro Señor y obedecemos a la verdad manifestada a través de su Cuerpo, la Iglesia, tanto menos nos sentimos por debajo de El y tanto más lo amamos. Mantenernos con frialdad respecto al Cuerpo Místico de Jesús es como abandonar la amistad de una persona que amamos, no amar ya un libro que ella escribió o un dije que lució. No puedo imaginar nada más frío ni más paralizante ni más destructivo para la libertad que esa cosa ante la cual millones de criaturas se prosternan cada día, la terrible, anónima autoridad del "ellos", (el "qué dirán"), "ellos dicen". "Este año dicen que los trajes serán de color verde mar". "Ellos dicen que los católicos adoran a María". "Dicen que los

cabellos deberán ser cortos". "Ellos dicen que la teoría de Freud es fundamental".

¿Quiénes son "ellos"? Un infinito número de esclavos y de títeres que, diariamente, se inclinan ante el invisible tiránico mito de los otros. ¡No es cosa de asombrarse si después surgen dictadores para personificar esta terrible esclavitud!

Pero nosotros creemos en Jesús viviente y en su Cuerpo Místico. En estas dos últimas semanas millares de pecadores me han escrito: la mayor parte de ellos me confesaba encontrarse fuera de la Iglesia a causa de un divorcio. Cada uno describe su propio tormento interior, la opresión que se apodera de él, el disgusto, la ansiedad y la infelicidad causados, no por haber transgredido una ley sino por haber quebrado la relación de amor que lo unía a Cristo. También su soledad errabunda, rinde testimonio a la verdad: donde no hay una persona a quien amar, no hay tranquilidad. Cuando existe el amor de Cristo, todo se aclara: siendo más profundo el amor, es más amplia la paz que nos invade. *Y* puesto que ningún amor puede superar al de Cristo, ninguna paz puede ser mayor que la que reina en el corazón, de los miembros de la Iglesia. Sólo este amor puede salvarnos de los males de las dictaduras; puede hacernos libres y felices.

La Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, nos da, no libertad del pensamiento, sino libertad de pensamiento.

El demonio ha convencido buenamente a algunos de sus secuaces, de rechazar la autoridad de Cristo para no debilitar las propias facultades de raciocinio. El insinúa que cualquier límite impuesto a la razón humana es un mal. En el Paraíso Terrenal hizo creer que no conocer el mal —**ya** sea intelectual como el comunismo o el físico como el cáncer— es siempre destrucción de la libertad. Dijo a nuestros progenitores: Dios no quiere el libre examen, la investigación; desea mantener al género humano en la ignorancia. ¡No os dejéis engañar! El es un viejo conservador reaccionario... Sed liberales.

De este modo, Dios fue hecho a parecer como enemigo de la verdad, como si un padre, por negarse a dejar en manos de su hijo, demasiado pequeño aún, un fusil de caza, pudiese ser acusado de reprimir la libertad.

Este error diabólico hace pensar que la lealtad y el amor retardan el desarrollo mental, que la constante fidelidad a una mujer, a la patria, a un ideal, son síntomas de esclavitud y negación de libertad. En cierto sentido, la Iglesia pone límites a la razón, así como cada verdad circunscribe un horizonte determinado.

Antes de que yo concurriese a las aulas muy bien podía creer que Shakespeare nació en 1924, pero tras haber recibido un. poco de instrucción no pude ya tomarme esta libertad de pensamiento. Por aquel entonces, yo podía creer que H_20 fuese el nombre de batalla de un espía de una novela policial, mas la escuela fue tan reaccionaria, al punto de poner fin a este modo mío de pensar, diciéndome que se trataba en cambio del símbolo químico del agua.

No, libertad no significa independencia de la verdad, sino aceptación de la verdad. Yo soy libre de dibujar un triángulo, pero debo aceptar la verdad del triángulo, dándole tres lados y no treinta y tres, en un ímpetu de generosidad. Jesús, diciendo "la verdad os hará libres", quería enunciar esta verdad.

Las relaciones entre la verdad de la Iglesia y la libertad humana son explicadas mejor con una comparación. Hay una isla en medio del mar, y en esa isla muchos niños danzan, cantan y juegan. Cierto día, tres hombres llegan allí con tres balandras y dicen a estos niños: "Quien ha alzado estos muros alrededor de vuestra isla, os priva de la libertad. ¡Liberaos, romped las cadenas de los dogmas y las restricciones de la moral!"

Los niños obedecen y derriban los muros en torno a la isla. Si volvieseis a verles al día siguiente, los encontraríais todos amontonados en el centro de la isla, incapaces de danzar, de cantar, de jugar, temerosos de ser tragados por las olas.

Verdad y bondad no encadenan a nadie; la dictadura sí, porque no permite nunca a nadie conocer lo que hay fuera de ella; y éste es, a través de los siglos, su error. No conoce jamás las dos caras de la realidad. Ahora hablaré como profesor de filosofía. He estudiado en algunas de las mejores universidades europeas y nunca he advertido que se limitase ni pensamiento. En nuestra Universidad católica de Washington cada profesor, durante el curso de filosofía, examina a fondo las doctrinas de Marx, Lenin, Stalin, Sartre, Heidegger, Jaspers y Freud, pero además del conocimiento de estos sistemas efímeros posee la gran tradición del sentido común; de cada problema conoce todos sus aspectos. En cambio, las universidades laicas no sólo se ignora el pensamiento de los primeros dieciséis siglos sino también el curso de filosofía está reducido a pura exposición de sistemas; no existe una filosofía de la vida. Tal como un curso de medicina que enseñase a los futuros doctores solamente la historia de la medicina.

Cualquier pasante de filosofía en una universidad católica, entendería una cita como ésta: "Rep. 537 A", pero ¿cuántos profesores laicos, que siempre estudian sólo un aspecto de los problemas, saben, el significado de "S. Th. I, Q. 2a. I"? Cuando cualquiera de nuestros estudiantes de filosofía tema a santo Tomás para estudiar las pruebas de la existencia de Dios, las primeras rayones que encuentra son las que el gran pensador menciona acerca del ateísmo.

¡Considerad esto! Su pregunta "Dios existe" está precedida de dos artículos, en los cuales expone las teorías del comunismo ateo. A través de toda su monumental obra, cada cuestión comienza con un preámbulo de poderosas objeciones; a punto tal, que el burlón de Voltaire, muy preocupado por acumular armas y municiones contra la Iglesia, pasó seis meses en copiarlas sin leer nunca las respuestas. Notad también que cada Encíclica de la Iglesia comienza detallando errores. Cierto día, un comunista me dijo haber hallado la mejor exposición de la doctrina marxista justamente en la Encíclica *"Divini Redemptoris"*. He aquí por qué amamos la Iglesia; porque analiza siempre todos los aspectos de un problema; porque con la Iglesia nuestra libertad no es rebelión contra la ley sino dependencia del amor; ningún hombre es libre si depende de cosas que no ama, sean éstas su trabajo, su gobierno o su dictador. Libre es tan sólo aquél que ama el amor: Dios.

¿Por qué, pues, aquéllos que son víctimas de esta anónima autoridad impersonal del ' ' ellos ' ' continúan diciendo que somos nosotros los esclavos? ¡En rigor de verdad, sí, lo somos! Somos esclavos de la encarnada sabiduría de Dios, esclavos voluntarios del amor de Aquél que murió sobre la Cruz para que nos fuesen perdonados nuestros pecados; esclavos de Aquél que, con su amor, llena de tantos éxtasis celestiales a los sacramentos hasta no dejarnos más voluntad que la de amarlo.

Pues bien, si ésta es la esclavitud, antes quiero estar yo encadenado con Cristo que libre con sus enemigos.

¡En el amor de Jesús!

Los dispersos

Mensaje radiofónico del 12 de marzo de 1950

> *"¿Qué hombre de vosotros;, teniendo cien ovejas, si perdiere una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va a buscar la que se perdió, hasta que la halle?"* (San Lucas, XV, A)

Amigos:

Hace algunos años, recibí la abjuración de una conversa, en la catedral de San Patricio, en Nueva York. Mientras ella hacía su profesión de fe, proclamando creer en Jesús, Hijo do Dios, y en la Iglesia, su Cuerpo Místico, alguien le robaba el paraguas. Quienes odian la Iglesia, probablemente habrán pensado que lo había robado el obispo o yo mismo. Supongamos que lo haya robado un católico. Si así fuese, este gesto no liaría más que probar una verdad ya conocida, esto es, que no todos los católicos han de ir al Paraíso.

Nuestro Señor ilustró este axioma, no con el ejemplo del paraguas sino con la parábola del buen grano y de la cizaña. En su Cuerpo Místico conviven el bueno y el malvado, el ladrón de paraguas y el robado: *"Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega"* (San Mateo, XIII, 30), esto es, basta el día del Juicio; entonces se diferenciarán claramente los buenos de los malos. Cuando pensamos en todos los privilegios que un miembro del Cuerpo Místico ha tenido, no es cosa de asombrar que pueda volverse peor que los otros. Una denominación especial ha sido dada a aquéllos que, en un primer tiempo, permanecieron unidos mediante la caridad, al Cuerpo Místico, y luego se alejaron; ellos

son llamados los “dispersos”. Es un título algo menos severo que el dado a la “oveja descarriada”. Ellos no son propiamente descarriados. Faltos de caridad, algunos mantienen vínculos con el Cuerpo Místico a través de la fe y la esperanza.

Pero, ¿por qué algunos católicos se extravían? Quiero revelar ante todo, dos de las principales razones por las cuales no se apartan. Primeramente, nadie se separa del Cuerpo Místico para vivir una vida más santa; en segundo lugar, ninguno se aleja de la Iglesia por tener dudas respecto al Credo sino por dificultades respecto a los preceptos.

Vamos a examinar ahora por qué se alejan de la Iglesia. He afirmado que nadie se separa del Cuerpo Místico por un motivo fundado; se aleja por alguna otra cosa. Nuestro Señor, en la parábola de la Cena, recuerda tres: el egoísmo, di mundo y la carne.

Un hombre rehusó la invitación al banquete celestial, con la excusa de haber comprado un campo, otro porque quería probar cinco yuntas de bueyes y un tercero porque se había casado. No hay nada de malo en adquirir un campo, e* probar cinco yuntas de bueyes y en casarse. Entonces, ¿por qué Nuestro Señor dijo: “*Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados, gustará mi Cena?”* (San Lucas, XIV, 24). Ellos dejaron que estos cuidados materiales y secundarios prevalecieran sobre el reino de Dios **y** la salvación do sus almas. La primera razón que puede inducir al alma a alejarse de Dios es el orgullo que lleva al yo a tal grado de soberbia, que ni siquiera Dios puede enseñarle ya nada. El orgullo es a menudo mi fenómeno de la adolescencia. Cuando un poco de saber alcanza a una mente vacía, produce el efecto del vino bebido sin haber probado antes alimento alguno.

Segunda tentación, el mundo... En este caso el alma se deja ganar tanto por las cosas terrenas, por los placeres, por la actividad humana, por la tranquilidad temporal, que Dios termina por ser considerado un “piadoso accesorio”. La vida de los que sucumben a esta tentación, se vuelca de tal modo al exterior, que la intimidad del espíritu es sofocada. A esta categoría de personas pertenecen los individuos particularmente interesados en formarse una posición social. Ellos abandonan la Iglesia con la excusa de que “ *jamás podrán llegar a nada con una cruz sobre las espaldas”*.

La tercera, la carne, más precisamente, la vida sensual, comprende, en forma de amor desenfrenado, a los placeres de los sentidos. La inmediatez de una experiencia sensual, se sustituye a las alegrías espirituales.

Las privaciones se vuelven cada vez más penosas y el cuerpo se convierte en el patrón que debe ser servido y adorado. Son los malos hábitos los que crean las dudas, y no éstas a aquéllos. A este grupo pertenecen toaos los que dejan la Iglesia por amor de un segundo o tercer matrimonio, desafiando, con su divorcio, las palabras de Nuestro Señor: *"No divida el hombre aquello que Dios ha unido"*.

Cumplida la obra disgregadora de las pasiones, se llega al segundo paso, llevado a cabo por aquellos que se alejan de la Iglesia, esto es, la tentativa de justificar su actitud. Por ejemplo, un "disperso" puede decir: *"Yo no creo en la confesión"*. Con esto, él pretende decir: *"Yo vivo en el pecado y, como no pienso renunciar a él, quiero dar a mi culpa una justificación de orden intelectual, aceptándola como un remedio"*. Otro dirá: *"Considero que es una necedad creer en el infierno"*. Aquello que él en realidad quiere insinuar es: *"Sé muy bien que se recoge aquello que se siembra y, haciendo el mal, merezco el infierno. ¡Pero es tan desagradable este pensamiento! Para quedarme tranquilo, debo negar la existencia del infierno"*.

Las personas que no saben afrontar la verdad, buscan disfrazarla o justificarse. La única diferencia entre los motivos aducidos por un profesor universitario y los de un pobre diablo consiste en que el primero puede revelar razones más estúpidas que los otros. Pero es menos importante conocer por qué algunos católicos se alejan de la Iglesia como encontrar Ja forma de volverlos a los brazos de Jesús. La primera regla absoluta es ésta: *"Nunca, jamás se debe discutir con un individuo que se ha apartado"*. Aunque ninguno se aleja a causa de un razonamiento, tampoco será un razonamiento lo que lo haga volver.

Por ejemplo, es inútil desplegar argumentos sobre la Santísima Trinidad frente a un individuo enredado en una espinosa situación matrimonial. Sería como malgastar municiones al disparar entre tinieblas. Si ellos se apartan debido a su orgullo, por cierto no han de regresar mediante un silogismo. Tienen necesidad de humildad. Volverán inclinando la cabeza. Si se desorientan por el amor al mundo, su retorno no se obtendrá con argumentos sino con una retractación personal y espontánea. "Dispersos" por motivos sensuales volverán a tener la paz alejándose de las ocasiones de pecar. En este mundo, nada es más difícil para ser comprendido por quienes viven en pecado que la verdad de Cristo viviente en su Cuerpo Místico. Pero no bien dada la espalda al pecado, la verdad reaparece en toda su claridad. Un ladrón no ama la luz cuando se

apresta a robar; el hombro que vive en pecado, odia a Cristo, luz del mundo.

El segundo punto consiste en comprender la angustia, la miseria, la infelicidad que agita el alma de todos los que se han alejado. Aquél que tuvo fe y la ha perdido es distinto al infeliz que no la perdió porque jamás la poseyó. Es la misma diferencia que se percibe entre dos hombres que entran a una sala oscura, habiéndola visitado ya, uno de ellos, a la luz del día, en tanto el otro no se da la más mínima idea. El primero, al volverla a ver, tiene la sensación de haber perdido algo y una necesidad interior le hace desear contemplarla iluminada. El otro, nada sabe de todo ello y ni siquiera puede imaginarse cómo hará para entrar. Contrariado, él va en. pos de lo peligroso.

Otra comparación puede ser aún más aclaratoria. Hay entre dos individuos, la diferencia que se nota entre dos hombres casados con dos viejas gruñonas. Uno de ellos, ya había estado casado con una mujer joven y de excelentes dotes, que murió; el otro no se había casado nunca. El primero sufrirá más que el segundo porque saboreó los goces del matrimonio. Así también quien amó a Cristo apasionadamente y luego se alejó, sufre más que aquél que nunca sintió amor por El.

Aquellos que se alejan por orgullo, sufren poco porque el orgullo es un pecado tan definido que el hombre orgulloso a menudo confunde su» heridas con cicatrices de victoria. Aquéllos que se alejan por avaricia o por demasiado apego a las cosas terrenas, destruyen el espíritu y se vuelven semejantes a aquello que aman,: materiales y efímeros. Pero los que se apartan a causa de la carne son arrastrados por una fuerza desmesurada. Ello es debido a la estrecha unión entre el espíritu y el cuerpo en medio de la sensualidad. Cuando el hombre nos castiga, nos priva de algo; pero cuando castiga Dios, nos deja solos; y nada hay más terrible en el mundo que vivir solos con nosotros mismos. Es nuestro *"ego"* que arde en el infierno. Aquéllos que se mantienen fuera de la Iglesia a causa de un matrimonio desdichado, padecen de una ansiedad y de un temor revelados sólo por aquéllos que jamás recibieron la Santa Comunión. Ellos se sienten decepcionados por cuanto tienen y, como Judas, advierten que han vendido, en un arrebato de locura, a Jesús por nada. Su placer disminuye sensiblemente, los años pasan y el cuerpo pierde su belleza. Ellos tienen aquello que podría definirse como la *"gracia oscura";* aquel sentido de soledad propio de quien está separado de Dios. La *"gracia blanca"* es la presencia de Dios en el alma. La *"gracia negra"* es la sensación de su ausencia, la impresión de hallarse *"sin Dios"*. Cada vez que un hombre

cae y se aleja de Dios, cae también para sí mismo. Esto sucede cuando su *"ego"* se le vuelve insoportable. El francés Carlos de Foucauld, que perdió la fe y más tarde la recobró y se volvió eremita del desierto, describe su íntimo disgusto de criatura alejada de Dios. *"Tú, oh Señor, me hiciste sentir un triste vacío que se apoderaba de mí todas las tardes al hallarme solo en mi habitación*; en *medio de las orgías que organizaba, me volvía silencioso y oprimido. Llegado el momento de gozar de ellas, me invadía un mutismo, un disgusto y una sensación de infinito fastidio. Tú me diste el vago malestar de una mala conciencia totalmente adormecida, pero no apagada todavía".* Bajo todas las cenizas de esta vida, hay aún encendidas brasas, y seremos siempre infelices si no las reavivamos con el espíritu del amor de Dios. Una cosa es cierta: nuestra fe no le impide a una persona de pecar, no la vuelve impecable, pero despoja al pecado de esas amargas satisfacciones que podría proporcionar a quien lo comete. La conciencia inquieta se torna un poco como el dolor de muelas que repite: "¡Vaya a consultar al dentista!". El remordimiento y la inquietud susurran molestos: "Este no es el camino que conduce a la paz. ¡vuelve, vuelve a Dios!".

Hay una tercera observación que no debe olvidarse. Se relaciona con nosotros, miembros del Cuerpo Místico de Cristo. Nosotros no debemos creernos mejores que nuestros hermanos y hermanas que han caído en pecado. Dios juzga los corazones, nosotros no vemos sino el rostro de las personas. Si hubiésemos debido soportar las mismas tentaciones quizá habríamos caído más bajo todavía. San Pablo nos advierte: *"¿Así que, el que piensa estar firme, cuide de no caer!"* (I Corintios, *X,* 12).

Sucede con mucha frecuencia de creer que un pecado contra la castidad cometido por nuestro prójimo, nos autoriza a cometer millares contra la caridad. En ocasiones Jesús priva de su Gracia a quienes se muestran severos en demasía para con sus pobres hermanos caídos, y consiente que ellos incurran en iguales errores. Un falso sentido de superioridad puede alejarlos excesivamente de El. ¡Qué aterrorizados se quedarían aquéllos que se creían justos al ver transformarse a Pablo en un apóstol y a Agustín en un santo, y cuando la mujer que se había detenido junto al pozo de Jacob reconoció en Jesús al Salvador del mundo! Es demasiado difícil saber qué pasa dentro de los corazones, para poder decir cuáles son los puercos que quieren revolcarse en el fango y cuáles son las pobres ovejas que intentan librarse de las zarzas.

Aquellos que no quieren el perdón para los pecadores, son, respecto a lo sobrenatural, como un perro "pekinés" junto a un oso. La parábola del hijo pródigo es la historia de dos muchachos que no quisieron amar más a

su padre; uno porque era demasiado malo, el otro porque era demasiado bueno. El perverso retornó; el bueno no quiso que su hermano volviese a casa de su padre y no participó en el banquete de ese día festivo. Serán excluidos del Cuerpo Místico de Cristo aquéllos que excluyen a sus hermanos.

¡Es el Año Santo! ¡El año del sumo perdón!

¡Yo suplico a todos cuantos abandonaron la Casa del Padre a que regresen! Nuestro amor os abre la puerta de par en par, la mantiene abierta a toda hora.

El Buen Pastor desea que regreséis, porque El ha dicho que los ángeles de Dios festejan más el retorno de un "disperso" que la permanencia de noventa y nueve fieles. Una madre vigila con más celo a aquél de entre sus niños que está más propenso a la caída.

La Virgen quiere que regreséis. Ella sabe qué significa encontrarse sin Jesús porque Ella lo perdió por tres días.

Quiere que regreséis a Jesús que os espera en su tabernáculo, porque El suspira por volveros a dar el beso que os había dado el día de vuestra primera comunión.

Os aguarda el confesionario. No podríais jamás llamar a Jesús con el dulce nombre de Salvador si nunca hubieseis pecado.

Vosotros también queréis regresar, porque en vuestros tormentosos insomnios, en vuestras inquietudes plenas de temor, en vuestras ansias **y** en vuestras desilusiones sentís necesidad de "ese Amor cuya falta os parece notar en todos vuestros amores".

¡No desesperéis nunca, nunca! Para no volveros infinitamente malos y que el Señor no cese de ser infinitamente bueno no debéis desesperar jamás.

Nosotros rogaremos hasta que veamos que vuestro mensaje llega a la Casa del Padre. Este mensaje tiene una dirección y debe llegar. En ocasiones una reconciliación tiene extrañas dulzuras, mucho más que una amistad jamás turbada por incidente alguno.

Hay, en conclusión, dos medios para conocer la bondad de Dios: el primero es el de no perderlo; el otro es el de recobrarlo habiéndolo perdido. Sea al menos este último vuestro camino, el del retorno.

Contáis con una joya que Dios no tiene entre la vastedad de sus tesoros, y que solamente vosotros le podéis ofrecer para que seáis juntamente felices: vuestros pecados.

La Iglesia y las congojas

Mensaje radiofónico del 19 de marzo de 1950

"El espíritu, a la verdad, está presto, mas la carne está enferma." (San Mateo, XXVI, 41)

Hermanos:

No ha habido nunca, como hasta ahora, en nuestra historia, tantas mentes perturbadas. *"El neurótico* —tal como lo define el psicólogo— *es el hijastro de la civilización moderna*

Junto a esta inestabilidad mental en aumento se verifica una disminución en el conocimiento de la verdadera naturaleza del ser humano, ignorancia ésta que intensifica la enfermedad. El psicólogo que parte de la idea de que el hombre no es otra cosa que un animal enfermo nunca podrá hacerle recobrar la paz. Si se quiere componer un reloj hace falta conocerlo; para reajustar y clarificar los resortes mentales de un individuo es necesario haber estudiado su naturaleza.

Es nuestro propósito exponer la psicología del Cuerpo Místico de Cristo en relación a las dos mayores preocupaciones del hombre moderno: 1) la flaqueza humana; 2) la turbación.

LA FLAQUEZA HUMANA. En tal sentido se entiende ese estado de ánimo por el cual nos preguntamos: "*¿Por qué razón he hecho eso? ¿Qué me ha inducido a actuar contra la parte mejor de mí mismo? Al hacer el mal, yo sabía que lo estaba efectuando... entonces ¿por qué me he comportado de esa manera?"*.

Algunos psiquíatras sostienen que así obra vuestro yo inconsciente porque, de niños, amabais demasiado a vuestro padre y odiabais a vuestra madre, o bien odiabais a vuestro padre y amabais demasiado a vuestra

madre. Pero es una necedad y no se obtiene ninguna razón plausible. Los psiquíatras del sexo hacen recaer toda la responsabilidad sobre el pobre padre y la pobre madre. ¡Ya es tiempo de que los padres se rebelen ante estas insinuaciones de que son responsables por cuanto hacen el pequeño Juan, y la pequeña María!

He aquí la verdadera explicación de la vida: el hombre está compuesto de 1) alma o mente, 2) cuerpo o carne e influenciado por el medio ambiente que constituye el mundo que lo rodea. El objetivo de la mente es el de conocer la verdad; la finalidad del cuerpo es gozar de los placeres por amor hacia el alma; la finalidad del mundo es servir al cuerpo y al alma por amor de Dios. Este es el orden verdadero.

La Iglesia nos dice que, por un abuso de libertad, la naturaleza humana se ha vuelto desordenada y descentrada, en el sentido de que ha sido proyectada fuera de su propia órbita, tal como un planeta. De ello resulta que hay en todo hombre una tendencia a considerar la mente, *el* cuerpo o el mundo, aislados uno del otro y de Dios. Por ejemplo, la mente tiende, por su parte, a encumbrar el yo hasta el infinito y a crearse un Dios, independiente de cualquier lev, autoridad o convención. Esta es la concupiscencia del egoísmo u orgullo. Hay un segundo impulso, por parte del cuerpo, el apetito por los placeres de la carne, sin prestar atención a las normas de la recta razón y a las exigencias de las leyes divinas. Esta es la concupiscencia del sexo. El tercer impulso es la tendencia a usar el mundo, no como medio para alcanzar a Dios sino como fin en sí mismo. Es ésta la concupiscencia de los bienes terrenos o avaricia. Si deseáis un nombre altisonante para estas *concupiscencias,* podéis denominarlas, a la manera de los psicólogos, *libídine.*

La Iglesia nos dice además que son ellas semejantes a tres pequeños demonios que anidados en el fondo de nuestra conciencia siempre intentan salir para perturbar nuestra razón. Y estas pasiones también saben transfigurarse. El egoísmo nunca dice: *"Sé orgulloso:"* El susurra: *"Mantente inconmovible, querido, puesto que vas a la Universidad. No tienes necesidad de un Dios que te amaestre o de una ley moral que te guíe."* El sexo no dice nunca: *"Comete adulterio."* El susurra: *"Lee a Freud." "Ten cuidado de no reprimirte."* La avaricia no dice nunca: *"Sé ávido."* Ella susurra: *"La única finalidad de la vida es hacer dinero; y si no puedes llevarlo contigo, no te esfuerces."*

Considerad cuán prudente y científica es, por el contrario, la psicología católica en lo que respecta a los impulsos humanos. Los más eminentes psicólogos del mundo son limitados, en el sentido que admiten

un solo impulso. Un tipo de psicología reduce todo al sexo, otro al deseo de seguridad y otro al de aprobatividad. Pero ninguno, así como la Iglesia, los considera a los tres juntos. El hombre puede precipitarse dentro de los tres pozos; he aquí porqué la mentalidad de los psicólogos es limitada. Creen que se trata solamente del pozo dentro del cual han caído.

Pero vayamos a lo concreto. La posición de la Iglesia se puede resumir del siguiente modo: 1) No te alarmes si el mal te tienta. Sería anormal que tú no fueras tentado. 2) Las tentaciones no prueban que tú seas perverso, sino tan sólo que estás hecho de carne. 3) No eres intrínsecamente corrupto, pues de otro modo tales instigaciones al mal no te perturbarían. No se te tienta nunca más allá de tus propias fuerzas. 4) Resistiendo a cada tentación en nombre de Dios, conquistas méritos para el cielo. He aquí cómo pruebas el amor por Dios, prefiriendo a El y a sus leyes antes que a cualquier otra cosa. 5) Resistiendo continuamente a la tentación adquieres dominio de ti mismo, condición esencial para la paz eterna, sin ser dominado por factores externos tal como un alcohólico, un pervertido sexual o un materialista. 6) La Iglesia recomienda la práctica de las tres virtudes para poder vencer las tres libídines: 1ª) la humanidad para vencer el egoísmo, que nos hace pensar mejor de los demás; 2ª) la castidad para vencer el sexo, para sentir que el cuerpo es el templo de Dios; 3ª) la beneficencia, la bondad *y* la caridad para atenuar la insaciable avaricia. Si estuvieres enfermo llamarías a un médico. Ya que estás enfermo, vuélvete al Señor.

El segundo tormento importante es el *aburrimiento.* Es impresionante ver la gran cantidad de jóvenes cansados de la vida, antes de haber comenzado a vivir. También muchos esposos están cansados, bien porque son muy amados y están hartos, bien porque se les ama poco y están insatisfechos.

La psicología de la Iglesia ofrece estas tres explicaciones:

1. — El hombre está compuesto de cuerpo y alma, de finito y de infinito. Desde que so halla en la tierra siente el empuje de ambos y puede parangonarse a un escalador suspendido a mitad de camino sobre un precipicio. Allá está la cumbre hacia la que tiende; abajo, el abismo dentro del cual corre peligro de caer. En esta vida el hombre se encuentra en estado de suspensión. Solamente la perfección de vida, la verdad y el amor pueden satisfacerlo. Por eso no halla paz hasta que no reposa en Dios.

2. — La Iglesia nos dice que tal aburrimiento aumenta en proporción directa a la falta de una finalidad en la vida, esto es, de la salvación de

nuestra alma inmortal. Ello explica el cansancio de los jóvenes, por buena que pueda ser su educación. No bien embarcados y en viaje por los mares de la vida están disgustados por la travesía, i No hay de qué maravillarse! ¿Hay algo más insoportable que navegar hacia una temida lejanía sin saber adonde se va o si hay en verdad otra orilla?

Los cansados se parecen al hijo pródigo que huyó de la casa paterna. Tenía razón de experimentar hambre; pero no la tenía en vivir de las bellotas que eran arrojadas a los cerdos. Del mismo modo aquéllos tienen razón en aspirar a un amor, a una verdad, a una vida más completa de la que tienen. Pero permanecen tristes e infelices, y no tienen razón cuando, buscando satisfacer su sed de infinito, viven de las bellotas, como si hubieran sido creados para respirar, aparearse y morir. Piensan que si un marido o una mujer no les satisfacen lo pueda hacer algún otro. Pero añaden solamente algunos ceros. Si una copa de agua salada no satisface, lo mismo ocurrirá con no se trata de un barril entero. Ellos se sienten sofocados, pero es la enervante aflicción que se siente por hallarse separado de Dios. Respiran el mismo aire que expelen. A esto se debe la fatiga de la humanidad.

3. — La Iglesia nos dice que Dios hace de modo que el alma se encuentre ansiosa, decepcionada y cansada cuando se aleja, para que ella pueda volver a El. Al agitar de continuo las aguas del alma con su dedo, El mantiene apartada la falsa paz. Disgustados e inquietos, nos arrojamos entonces sobre su Sagrado Corazón. El aburrimiento no es otra cosa que sed de infinito; la fatiga, sed de Dios; la desilusión, deseo del amor extático de Dios.

La diferencia entre quienes tienen fe en Dios y aquéllos que no la tienen se aprecia en la siguiente comparación. A un niño se le regala una pelota y se le dice que no se le proporcionará ninguna otra en su vida; el niño sabe que un día ha de gastarse, que podrá pincharse y que tal vez hasta se la pueden robar. En adelante, ese niño ya no encontrará un placer completo en jugar con la pelota sino que se cansará de ella. No podrá jugar mucho con ella, por miedo de gastarla y vivirá con el terror mortal de perderla.

Suponed ahora que mientras contempla un día su única pelota alguno se le avecine y le diga: “He aquí otra pelota; es tuya con una condición: que tú uses ésa que tienes según las regias del juego. Entonces se te regalará otra pelota, quizás dentro de pocos años, tal vez el mes próximo, quizás mañana. Será la mejor que haya sido fabricada jamás; ha de volverse feliz toda vez que la recojas; será algo con lo cual querrás jugar

para siempre." Natural reacción del niño será entonces la de no preocuparse más por la primera pelota. Volverá a disfrutar con ella en sus juegos, puesto que sabe que si la pierde contará con otra.

La primer pelota representa al mundo. Aquellos que se creen semejantes a los monos tienen un mundo solamente. Ellos no pueden gozar demasiado porque tienen miedo de volverse demasiado viejos para jugar, o que la pelota se pinche por las guerras y las privaciones. Algunos se vuelven tan temerosos de la muerte y de perder ese único mundo que conocen que ahogan las propias ansias en el alcoholismo, los somníferos, en el escepticismo y en el cinismo. Pero aquéllos que tienen fe y una completa filosofía de la vida, no sólo gozan de este mundo mientras están en él, sino que viven también en la maravillosa esperanza de ese otro donde Dios es voluptuosidad de los puros.

El mundo, para los católicos, es semejante a una gradería por la cual el alma asciende al Reino de los Cielos. Luego que la última alma ha subido por esta gradería para ocupar los puestos dejados por los ángeles caídos, ella es invadida y destruida por las llamas, no por hallarse envilecida sino por haber cumplido con su función. Nos ha reconducido a Dios.

Si somos débiles y frágiles, la Iglesia nos ordena no descorazonarnos. Si vuestra carne o sangre están inclinados al mal, la Iglesia os transfunde carne y sangre divinas en la Eucaristía, para que podáis superar vuestra debilidad. Si os halláis cansados, tened presente que no lo podríais estar jamás de no haber sido creados para algo más allá de lo finito. Un cerdo jamás se cansa do estar en el chiquero, ni una golondrina en su nido, pero el hombre puede cansarse de estar en su casa. Y ello acontece porque lo apropiado es que retorne a Dios.

Si por consiguiente, habéis llegado a un momento de vuestra vida en el cual, no obstante un matrimonio relativamente feliz y el éxito alcanzado, os halláis íntimamente insatisfechos, entonces, permitidme que os lo diga, es Dios quien atormenta vuestra alma. En el ocaso de vuestra vida,

El promueve un íntimo descontento a fin de que quebréis la envoltura de vuestro egoísmo y comencéis a vivir una nueva vida con El.

Freud, el psiquíatra exaltador del sexo, tomó como inspiración de sus libros estas palabras de un poeta latino: *"Si no podré agitar a los Dioses del Cielo haré remolinear al infierno."* Y esto él lo ha hecho: el íntimo infierno del inconsciente. Os ruego a los que estáis cansados, infelices, tristes y ansiosos, de abandonar este infierno librándoos de él por medio de

la confesión y de llenar vuestra alma de ese pan de vida y de ese vino de los cuales se alimentan las vírgenes.

Almas sin guía: ¡a vosotras me dirijo! Hay que terminar con aquéllos que os valoran por lo que hay de más *abyecto* en vosotros: Vuestras glándulas, vuestro sexo, vuestra sensualidad. Aprended la psicología del Cuerpo Místico de Cristo, que os define por aquello que de *mejor y* más *elevado* hay en vosotros, por vuestra imagen y semejanza con el Dios que os ha creado.

El mundo os define por vuestro ambiente; el Señor por vuestro destino. ¡Haced la prueba y veréis qué suave es el Señor!

Algunos dicen que contamos con nuestro infierno en la tierra. Justamente. Pero eso no es todo: aquí solamente lo iniciamos. Lo mismo sucede para ganar el Cielo. ¡Este también lo iniciamos aquí! Y si no pudiese, entre mis radioescuchas, inducir a una sola alma para que supere las propias ansias y ame a Dios con todo el corazón, la mente y las fuerzas, sería el hombre más feliz de la tierra.

¡En el amor de Jesús!

La Iglesia y el pecado

Mensaje radiofónico del 26 de mareo de 1960

> *"A los que remitiereis los pecados les serán remitidos; a quienes los retuviereis, serán retenidos."* (San Juan, XX, 23)

Amigos:

Creo que es conveniente advertir a esas mentes superficiales que niegan la existencia de aquello que se llama pecado, que justamente el pecado será el tema de la transmisión de hoy.

No es cierto lo que afirman estos santos inocentes, a saber, que quien cree en el pecado esté sujeto a un complejo de culpa, lo que equivaldría a decir de una persona enferma que está afectada por un complejo médico o una casera, frente a una despensa vacía, de un complejo de régimen alimenticio para engordar.

El hecho es que los pecadores pecan.

Hay dos modos para conocer el pecado: aquéllos que tienen fe conocen el pecado en sus causas; aquéllos que no la tienen lo conocen en sus efectos.

Para aquéllos que conociendo a Dios buscan amarle, el pecado es conocido en sus causas, es decir, consiste en la ruptura de los vínculos amorosos.

Las tragedias más hondas de la vida derivan del daño causado a las personas amadas. Y puesto que Dios es supremo amor, el pecado es sentido como la ausencia completa de amor.

¡Quién no recuerda haber sido alejado en los días de la niñez, por el padre o por la madre con un: —¡vete, tú ya no eres hijo mío! El pequeño

corazón se despedazaba de dolor, el mundo parecía disolverse frente a la carencia de las manifestaciones afectuosas y tiernas de las personas amadas.

Un miembro del Cuerpo Místico de Cristo siente del mismo modo cuando es separado de ese amor que no le puede faltar una vez que lo ha gustado: se vuelve miserable e infeliz hasta que no queda restablecida U comunión de los afectos.

En cambio aquellos que no tienen fe y que niegan la ley moral, conocen el pecado por sus efectos. El sentido de culpa, de remordimiento, no se manifiesta solamente en el cuerpo sino sobre todo en la mente, en varias formas de psicosis neurótica, signos evidentes de la conciencia de haber pecado, de haber caído en culpa.

Ellos niegan la realidad del pecado, pero no pueden negar la realidad de sus efectos: yo puedo negar la ley de gravedad, pero si me lanzo al vacío desde el más alto de los rascacielos no puedo librarme de los efectos de aquello que he negado. Un hombre puede ser ateo todo cuanto quiera, pero no puede escapar a los efectos del vacío de su alma, y al rechazo congénito frente a toda forma de ateísmo.

Un hombre que hace gala de su incredulidad, su inmoralidad, y el desprecio por las leyes de la moralidad, está todavía bajo el dominio de los efectos del pecado.

Este pecado puede manifestarse en un ataque de celos respecto a su mujer, acusada por él de ser infiel y criminal. Para encubrir su propia negación de la moralidad, él acusa a la mujer de hacer aquello por lo cual se siente culpable.

La conciencia del pecado en un cristiano activo, es una herida abierta, viva, mientras la inocencia del pecado en un pagano es semejante a un cáncer. En tiempos en los cuales la fe era más viva, la gente pecaba como peca hoy, pero *“sabía”* pecar; infringía la ley pero la admitía y la conservaba justa y sabía también que el único camino de regreso no era la justificación del pecado sino la confesión y la consiguiente penitencia.

Heridas profundas de bordes vivos, netos, como cortes de una navaja de afeitar; desgarrones horrorosos, pero vivos, cicatrizables.

Quien afirma que el sentido de culpa forma un complejo derivado de un primitivo tabú y dice que el pecado es un espantajo metafísico para desbandar a la gente, se asemeja a la persona afectada por un cáncer oculto que se manifiesta cuando la cura ya es imposible. Prosigue en su incredulidad, se jacta de su rectitud moral y luego, de improviso, se ve

abatido por ataques de nervios que desdoblan su personalidad, fomentan espantosas fantasías que desembocan en una desesperación y en una amargura tales como para construir un buen preludio a las penas del infierno.

Cuando la civilización peca y niega pecar, se le vuelve necesario a Dios hacerle sentir los efectos del pecado. Así como esas personas que no dejan de trabajar en exceso hasta que la salud comienza a vacilar, así también ciertas almas no pueden alcanzar el conocimiento del pecado hasta que no tocan con sus propias manos, por decirlo así, las consecuencias. Esta es la razón por la cual nos hallamos tan preocupados y ansiosos. Divorcios, asesinatos, educación atea, pecados carnales, calumnias y egoísmos, todos estos pecados son cometidos con grandiosa desenvoltura. ¿Cómo poder tocar con la mano en este nuestro mundo todo aquello que se ha apartado de los fundamentos de la vida de Dios, cómo hacerles sentir los efectos del pecado? Con una crisis inhumana.

En nuestros días ¿Dios se servirá de Rusia del mismo modo con que se sirvió de Asiria en los tiempos antiguos, esto es, como látigo *"de su cólera?"*.

Así como un estado de salud ruinoso para el cuerpo y para el alma es el resultado del alcoholismo, así como una familia arruinada es el resultado moral de la infidelidad y del divorcio, así también el caos y el desorden son el resultado histórico de una civilización sin Dios.

Nosotros no debemos pensar que Dios haga caer ¿obre nosotros arbitrariamente los desastres al modo con que un progenitor puede azotar a un niño. Tan sólo quienes han superado la cincuentena, pueden recordar el fenómeno del castigo mediante una enérgica azotaina (incidentalmente, no hay nada que desarrolle tanto carácter como un castigo corporal infligido a su debido tiempo: nada mejor que una bella sacudida de polvo por retaguardia, a condición de que sea hecha a ritmo bastante acelerado, bastante fuerte y ubicada lo suficientemente bajo). Dios no envía pues arbitrariamente los desastres sobre nosotros, sino más bien los desastres derivan de la violación de la ley de Dios; así como el trueno sigue al relámpago y como la ignorancia deriva de la indolencia. Dios ha hecho el mundo de modo que el pecado produzca ciertos efectos y estos momentos caóticos de la historia contemporánea son un poco la manifestación del juicio de Dios acerca de nuestro modo de vivir.

Cada pecador siente remordimiento, miedo y náusea: remordimiento respecto al pasado, náusea en el presente y miedo por el porvenir.

El sacramento de la penitencia nos libera de estos tres sentimientos. Para que el remordimiento del pecado cometido no se insinúe en el inconsciente y se vuelva un oculto resorte de una forma mental, la Iglesia, antes que la psiquiatría se ocupase de ello, ha formulado la siguiente ley: "NINGÚN PECADO DEBE ESTAR ENCERRADO DENTRO DE NOSOTROS MÁS DE DOCE MESES".

Por consiguiente, si cualquiera de los miembros de la Iglesia no logra hacer emerger en su conocimiento al cabo de un año esta culpa subterránea, él ya no forma parte de la Iglesia.

La Iglesia manda a sus hijos evitar la represión con el desenterrar de las oscuras galerías subterráneas del inconsciente, estas no reconocidas culpas y hábitos del pecado enmascarados que amenazan fosilizarse produciendo manifestaciones extrañas, nerviosismo y atacando la personalidad.

La Iglesia sabía también que, si se hubiese desinteresado del pecado, los hombres se habrían vuelto deterministas y habrían terminado por excusarse diciendo que no podían hacer nada, que así habían sido hechos; ellos habrían podido hasta descargar el peso de su cruz en las espaldas de sus progenitores, como hacen ciertos psicoanalistas; por el contrario, la Iglesia dice: "Afronta este estado de cosas como provocado por ti mismo, reconócelo como consecuencia de un acto libre de tu voluntad, sé un hombre, no un freudiano; la depresión moral te hará enloquecer: confiesa tus pecados arrojándote en brazos de tu misericordioso Señor".

En segundo lugar la Iglesia trata del pecado en el presente, eliminando la causa de tedio, náusea y ansiedad por medio de la autoacusación de los pecados y de la reconciliación. El tedio es apartamiento de la divinidad; es algo así como una árida soledad, debida a la interrupción de todo lazo de simpatía y amor. Una vez que el desorden del pasado aflora, el Señor ofrece un remedio para esta angustia en la confesión por medio de la cual nuestra culpa, por nosotros reconocida, puede ser cancelada, puesto que hemos vuelto a su amor.

Cuando el estómago recibe una substancia extraña que no puede asimilar, la rechaza; éste es un modo de liberarse o su confesión. Otro tanto acaece con un espíritu inquieto: le es natural hallar consuelo, liberación al acusarse de sus propios pecados. La dignidad de la persona humana se ve respetada plenamente ya que uno se transforma, por turno, en el abogado que acusa y el abogado que defiende a sí mismo.

Uno confiesa no su particular estado mental, sino un estado de su conciencia: y no con el objetivo de hacerse explicar la culpa (que ha cometido), sino con el fin de hacérsela perdonar por aquél que ha dicho: *"Tanto como vuestros pecados sean de color escarlata se volverán blancos como la nieve"*.

Pero, ¿por qué Nuestro Señor, al instituir este sacramento, dio el poder de remitir los pecados a estos hombres humildes, miembros del Cuerpo Místico de la Iglesia?

¿Por qué no nos ha dicho que nos envolviésemos la cabeza con un pañuelo y le dijéramos sólo a El que estamos arrepentidos de nuestros pecados?

¡Bien! Probad envolveros la cabeza en un pañuelo cuando un guardia os detiene por exceso de velocidad. ¡Qué cómoda sería la vida si nosotros pudiéramos hacernos perdonar todos nuestros pecados llevando siempre con nosotros un práctico pañuelo de seda para las ocasiones en que se transgrediese la ley civil y un precioso chal con adornos y encajes para los momentos en que se violase la ley divina!

Desde el momento en que Nuestro Señor, que es Dios encarnado, perdonó los pecados a través de su naturaleza humana, resulta sencillamente natural que nosotros esperemos que El continúe perdonándonos a través de otra naturaleza humana, el Cuerpo Místico de la Iglesia.

Pero existe otra razón para que comuniquemos nuestros pecados al sacerdote.

Cada pecado es un agravio no solamente contra Dios sino también contra nuestros hermanos y hermanas del Cuerpo Místico. Esto se hace muy evidente en un pecado de hurto pero es igualmente ciertos hasta para el más secreto de los pecados, ya que disminuye la fuerza vital de un cuerpo físico. De ahí, puesto que nosotros ofendemos a Dios o a la sociedad de Cristo en su Cuerpo Místico, es justo que sea el representante de esa sociedad quien nos reconcilie de nuevo con Dios y también con esa comunidad de la cual Cristo es Jefe.

Muchas personas cantan cuando están en el baño, no porque el mármol, los azulejos, los garfios de agua o el pequeño recinto comuniquen a su voz una particular resonancia, sino sobre todo por la alegría de sentirse más puros. Este es el sentido de pureza que invade a una alma después de una buena confesión. Tan feliz es, que podría cantar al pensamiento de haber renacido.

La Iglesia vence al miedo respecto al futuro teniendo en, cuenta la diferencia entre perdón del pecado y la penalidad por el pecado. Suponed que yo robase vuestro reloj: estoy seguro de que me perdonaríais, pero también de que me diríais: "¡Devolvedme mi reloj!". Si no lo restituyese demostraría evidentemente no poder ser perdonado, no tener la voluntad de reparar el daño que os he hecho.

Si un alcoholizado se convierte y cambia de vida, sus pecados le son perdonados, pero él todavía tiene el hígado inflamado. Dios le perdona cuando se arrepiente, pero el castigo queda, queda la punición.

Suponed que cometiendo un pecado, uno clave cada vez un clavo en un tablero y que, al arrepentirse, un clavo sea extraído: el tablero pues queda marcado por otros tantos agujeros. La penitencia por el pecado continúa también en lo futuro, aún después que los pecados hayan sido remitidos.

En la confesión, pronunciadas las palabras de absolución, el sacerdote asigna al pecador la *penitencia,* esto es, una reparación, un sacrificio, una expiación para remediar el pecado.

Sentimos remordimiento también después de haber cometido el mal. Todos los niños sienten, *a su modo,* que cuando sufren de pronto un castigo, el mal es cancelado.

El miedo del castigo futuro es desterrado en cuanto cumplimos con la penitencia que nos ha sido asignada, así como la ansiedad del acreedor se desvanece con el pago de la deuda.

Esto explica la particular psicología de los buenos católicos que se prestan humildemente no sólo a la penitencia sino también a todos los contratiempos y sufrimientos de la vida.

En cualquier escuela parroquial de los Estados Unidos no hay un muchacho ni una niña que se siente en el sillón del dentista sin ofrecer antes sus sufrimientos para unirlos a los de Nuestro Señor sobre la Cruz.

Millares y millares de enfermos abrasados por la fiebre y torturados por los dolores, aceptan cada día, cada hora, cada minuto, los sufrimientos de su vida en expiación no sólo por sus pecados sino también por los pecados del mundo.

Ellos proceden de este modo porque saben reemplazar a quienes no pagan por los propios pecados. La pena es insoportable sin el amor, pero el amor mitiga la pena, sobre todo cuando ella proviene del amor infinito que ha llevado la cruz y que brinda su corazón para nuestra dichosa paz.

Cuando nosotros nos confesamos y hacemos nuestra penitencia, pensamos en ocasiones y muy erróneamente por cierto, que en Dios se ha producido un cambio: primeramente El era el Dios de la ira y ahora es el Dios del amor. No es verdad, el cambio está en nosotros, no en El. Cuando caemos en pecado prevemos el castigo que sabemos merecer de parte de Dios y entonces le damos el aspecto de Dios de la venganza. Cuando nos confesamos y hacemos penitencia por nuestros pecados, ya no tenemos miedo: entonces El se nos aparece tal como es realmente, el Dios del amor.

Habéis notado por cierto que, a medida que os alejáis de la luz, vuestra sombra se alarga; lo mismo ocurre con las almas que se alejan del Dios de la luz.

Al poco tiempo persiguen solamente sombras y fantasmas y los viven a cambio de cosas reales y acuden a los psicoanalistas para ser liberados.

Si nos encaminamos hacia la luz de Cristo, las sombras quedan detrás de nosotros. Si sois infelices hay un solo motivo para vuestra infelicidad: no sois amados. Un rayo de sol sería bien poca cosa sin el sol, igual que un alma pecadora sin Dios.

No es un misterio inconcebible que alguien nos ame.

¡El misterio, en todo caso, podría consistir en el porqué deberíamos ser amados!

Pero cuando el mundo no nos ama más y cuando nosotros terminamos por no amar ni siquiera a nosotros mismos, siempre queda Uno que está dispuesto a amarnos cuando todos los otros amores han cesado y este Uno es nuestro Dios.

Debe existir un Dios, pues de otro modo infinidad de personas quedarían sin amor. Muchas de las miserias mentales de los intelectos modernos proviene de la terrible herencia de los pecados pasados, para los cuales jamás fue pedido perdón al Señor y por los cuales nunca se hizo penitencia. Por consiguiente, ¿puedo pedir a todos los Católicos que se arrojen en brazos de nuestro misericordioso Señor en la Confesión?

Nuestro Divino Maestro dijo: *"¡No he venido para salvar a los justos sino a los pecadores!"*. El abandona las noventa y nueve ovejas en el campo para buscar a la que se ha perdido; El nos dice cómo, a semejanza de la mujer del Evangelio, se alegra más por haber encontrado la moneda perdida que por la posesión de las nueve que no había extraviado. Por los demás, también una madre se alegra más por la curación de uno de sus hijos enfermos que por la constante salud de la familia entera.

No desesperéis. No importa cuál ha sido hasta ahora vuestra vida. Aquel que perdonó a Magdalena os perdonará también a vosotros, si os humilláis como ella y si llenáis la casa con el perfume de vuestras virtudes.

Tenéis mejor ocasión de salvaros vosotros que sois pecadores decididos a terminar con el pecado, que aquéllos que niegan el pecado y que creen ser más santos que los demás.

Como dijo Nuestro Señor: "La mujer de mal vivir y los publícanos entrarán en él Reino de Dios antes que los escribas y los fariseos".

Recordad al buen ladrón que, desde la Cruz, rogó a Nuestro Señor que lo perdonara. De inmediato el Salvador le respondió: *"Hoy estarás conmigo en el Paraíso".* Y el ladrón murió en su ley, como ladrón, porque en sus últimos momentos se robó el Paraíso.

Y esta es nuestra esperanza: ¡TODAVÍA PODEMOS ROBAR EL PARAÍSO!

Nuestra Madre

Mensaje radiofónico del 2 de abril de 1950

> *"Y como vio Jesús a la madre, y al discípulo que El amaba, que estaba presente, dice a su madre: Mujer, he ahí a tu hijo, Después dice al discípulo: He ahí a tu madre."* (San Juan, XIX, 2G-27)

Amigos:

Hay una sola madre en la historia del mundo de la cual los hombres han hablado mal. Nadie ha escuchado una palabra ofensiva contra la madre de Mahoma, o de Confucio, o de Hitler o de Stalin: y ninguno ha pronunciado jamás una palabra de desprecio contra la madre de Judas. ¡Pero cuántas lenguas han difamado y cuántas plumas han manchado a esta dulce y bella madre de Jesús! Falsedades como: *"Los católicos adoran a María",* o *"Los católicos la tienen por una dio*sa", vienen repetidas con diabólica alegría. ¿Qué ha hecho esta pobre madre para ser tan maltratada y tan odiada?

Suponed por un momento haber podido vivir untes que vuestra madre y haber tenido el poder de modelarla según vuestros ideales. Vosotros la hubierais hecho la más hermosa de las madres que jamás hubiese existido en el mundo y la más dulce figura que jamás hubiese acariciado la cabeza de un niño. Pensad si el Señor, el Hijo de Dios, que estaba antes que su madre, podía hacer menos que un artista que vive antes que su obra.

Cuando Whistler terminó el magnífico retrato de su madre y recibió los elogios de un amigo, le respondió: *"Ya lo sabes, cada uno busca hacer a su pequeña madre lo más bonita posible".* Y si un artista intenta hacer del retrato de su madre una obra de arte, ¡qué obra maestra lo será la Madre del Hijo de Dios, bella con las bellezas que sólo Dios sabe otorgar!

Muchos desvelos costó al Creador la preparación del jardín del Paraíso, en el cual se celebraría su obra maestra: las bodas del hombre y de la mujer; pero mucho mayor celo amoroso debía poner Dios al preparar la obra maestra de la nueva creación de su Divino Hijo y del jardín de perfecta pureza donde el Padre Celestial no se avergonzaría de mandar a su Hijo, el jardín contra el cual la serpiente del mal se habría retorcido en vano, el jardín en el cual debían ser celebradas las grandes bodas, no entre un hombre y una mujer sino entre Dios y el hombre en la persona de Nuestro Señor y Salvador, Jesucristo. Y este "Paraíso encarnado" que debía ser cultivado por el nuevo Adán, este nuevo Edén de la Encarnación, es la mujer que Jesús se La elegido por madre, María, Inmaculada, la única que el Angel pudo saludar como "llena de gracia".

Cuando una madre aguarda la llegada de una criatura, nace entre ella y la criatura esperada un lazo físico y psicológico a tal punto indestructible, que las Escrituras se preguntan: *"¿Se olvidará la mujer de lo que parió, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre?"* (Isaías. XLIX, 15).

Durante nueve meses el Hombre-Dios fijó su residencia en Ella y el pan que ella comía y el vino que bebía se tornaba Eucaristía natural para su niño, Jesús; y su cuerpo se transformaba en copón para El, que es hostia del mundo. Por eso existe entre ellos un lazo capaz de durar no sólo a través de los siglos sino también a través de la eternidad sin tiempo. Y la Madre no podrá olvidar al Hijo de sus entrañas y el Niño a la Madre que El mismo se ha creado. Así como en el cielo el Hijo es semejante al Padre, así en la tierra es similar a la Madre. No hay espectáculo más dulce que el de una madre posando la mirada sobre el niño que tiene entre los brazos y ve en él indicios del cielo de donde procede. ¿Pero quién fue la primera en ver ese cielo entre sus brazos? Cada madre nutre a su niño para conservarlo, pero esta Madre alimenta a su niño para donarlo al mundo. La Madre y el Niño son inseparables. Así como no podemos desprender al niño de una estatua, que lo representa en brazos de su madre, sin destruirlo, así tampoco podemos herir a la Madre sin dañar al Hijo que la amó por sobre todas las eriaza turas de la tierra.

Suponed que, habiendo sido yo invitado a vuestra casa, ignorase por completo a vuestra madre, no la saludase al llegar y no le dijese una sola palabra sobre vos, de quien me considero amigo: ¿acaso no sería esto un insulto dirigido a una persona que vosotros amáis? ¿Y por ventura el Señor no sentiría la misma amargura fastidiosa si rehusásemos respetar a su

Madre, a la cual El deseó que nuestra vida estuviese ligada como lo estaba la suya a la de Ella?

Esto se nos muestra bien a las claras en la estrecha relación existente entre las bodas de Cana y la Crucifixión. En Caná el Evangelio nombra a la Madre del Señor antes de nombrarle a El, diciendo *"y la Madre de Jesús se encontraba allí; y también Jesús fue invitado"*. El copero habría debido ser el primero en notar la falta de vino —probablemente debida al hecho de que el Señor había traído consigo a todos sus apóstoles—, y el consiguiente embarazo de los huéspedes. Pero en realidad la primera en advertirlo fue la Madre del Señor, como si hasta entonces previese nuestras necesidades antes de que nosotros mismos las conociéramos. Y se lo comunica al Señor en el más simple de los modos, segurísima de su Divino Poder: *"Ellos no tienen vino"*. Sabiendo que El podía remediar la carencia, le rogaba para que obrase su primer milagro, para que comenzara su misión de redención y la salvación del mundo y para que se proclamara a sí mismo, Hijo del Dios vivo. La respuesta de su Divino Fijo se remonta al principio mismo de las Escrituras, cuando, tras la caída del hombre. Dios prometió un Salvador, diciendo al demonio: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu estirpe y la estirpe de ella. Y por hallarse aquí, en esta fiesta nupcial, la Mujer y su estirpe, Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, los siglos se desvanecen y la plenitud de los tiempos se concentra.

El hombre había caído por culpa de una mujer, una mujer había cooperado a la redención del hombre; por eso el Señor se dirigió a Ella con el título de la maternidad universal: ¡El la llama Mujer! Es su Madre, sí; pero ahora que ella misma ha pedido esa primera demostración en público de su poder divino, El le anuncia que un vínculo la ligará con todos los que El deberá redimir. Entonces es Madre de Cristo, pero cuando la Redención se cumpla, Ella será la Mujer, la Madre, no solamente de Cristo sino de todos nosotros. El Señor quiso que Ella supiera que, desde el comienzo de su obra de salvación sus relaciones serían distintas: *"Madre mía, cuanto es mío, tuyo es; estamos unidos en la Redención"*. Porque el milagro de Caná marcará el comienzo de su Crucifixión y de su Muerte.

"No me ha llegado todavía la hora". El Señor, en Caná, habla siempre de su Cruz como de *"Su hora"*. Muy a menudo se sirve de esta expresión en relación a **su** Pasión, y Muerte. Cuando sus enemigos buscan lapidarlo, las Sagradas Escrituras dicen: *"...Mas ninguno puso en El mano, porque aún no había venido su hora"* (San Juan, VII, 30). La noche antes de morir, cercano ya su signo de cruz, El elevó una plegaria al Padre

Celestial: *"Padre la hora es llegada"* (San Juan, XVII, 1). Un poco después, a los príncipes de los sacerdotes y a los magistrados del templo, que uniéndose a la traición de Judas dejan libre paso a la rebelión del pecado: Habiendo estado con vosotros cada día en el templo, no me extendisteis las manos contra Mí; mas ésta es vuestra hora y la potestad de las tinieblas" (San Lucas, XXII, 53). Y fue en Caná dónde adoptó por primera vez la expresión: "Mi hora no ha llegado todavía". En otras palabras El quiere decir: "¿Tú sabes que ahora, uniendo tu voluntad a la de mi Padre Celestial, que ya me ha destinado a mi obra de redención, me envías a la Cruz? Cuando yo haya cambiado el agua en vino, otra hora vendrá, la de mi muerde y el vino será cambiado en sangre. ¿Quieres en verdad mandarme al Calvario para sanar el corazón de los hombres? Tú, que ya eres mi Madre, ¿anhelas convertirte en la Mujer y la Madre de los hombres?". La respuesta de Nuestra Madre es maravillosa en su sacrificio. Ella pronuncia ahora la última de sus siete frases entre sacadas de las Sagradas Escrituras. Se vuelve al copero y le dice: *"Haced todo lo que os dijere"* (San Juan, II, 5). ¡Qué maravillosa despedida! Ella no hablará más a través de la Biblia, aunque la Biblia todavía se refiera a Ella. ¿Qué necesidad hay de la luna cuando ha salido el sol? ¿Y qué necesidad de palabras cuando la Palabra va ha sido pronunciada? Ella tiene una sola misión en la vida: hacer cumplir la voluntad de su Jesús. *"Haced todo lo que os dijere".* Sus primeras palabras en la Anunciación habían sido la sumisión a la voluntad divina *"He aquí la sierva del Señor; dispón de mí según Tus designios".* Sus últimas palabras para nosotros son: *"Haced todo lo que os dijere".* María nada reclama para sí misma; no es el muro ante el cual se detiene nuestra plegaria; es la ventana a través de la cual Cristo viene hacia nosotros y a través de la cual nosotros retornamos a Cristo. Ella es el tallo, no la rosa; es la nube y no la lluvia; es el copón y no la hostia; es la dulce Tentadora que anula a Eva; Ella nos entrega, no a Satanás sino u su Divino Hijo.

"Con la estrellada seducción
de tus ojos
nos tientas y reconduces al Paraíso."

De este modo en Caná nuestra Madre mandó a su hijo a la Cruz; despedazó su corazón de madre para impelerlo sobre el campo de batalla del Calvario. Hay una poesía que canta una madre, que dice: *"No he criado a mi hijo para que sea soldado*". Pero esta Madre lo ha querido y ha criado a su Hijo para ser Redentor. Lo perderá en la batalla no

accidentalmente sino por designio preestablecido. Es su voluntad que El comenzase una vida de sacrificio que debía terminar en la muerte.

Finalmente, cuando la hora ha llegado, el Señor, desplegado como águila herida sobre la Cruz, se vuelve a la mejor y más querida de las criaturas, a su madre y al amado discípulo, Juan. En esta segunda Anunciación, en la cual no hay un Angel, sino que es el propio Señor quien habla. El la llama con el nombre que se remonta al principio del género humano, *"mujer":* Madre universal, Eva renovadora. De inmediato tendremos respuesta para la pregunta: ¿María ha tenido otros hijos además del Señor? No, según la carne, no. ¿ Pero estaba destinada a tener otros según el Espíritu?

Sí, ciertamente que sí. Ella había engendrado a su primogénito Jesús en el gozo; ahora se halla en trance de engendrar otros hijos suyos en el martirio y en el dolor, cuando el Señor le dice indicándole a Juan: *"Mujer, he ahí a tu hijo"* (San Juan, XIX, 27).

En ese momento el Señor habló también a Juan, sin llamarlo por nombre por que en El no veía únicamente al hijo de Zebedeo. Anónimo, Juan nos representaba a todos cuando el Señor lo confía a su Madre diciéndole: *"He ahí a tu Madre"* (San Juan, XIX, 27). Continúa la Escritura diciendo: *"Y desde aquella hora, el discípulo la recibió consigo".*

No por metáfora o por traslado o por ficción legal, sino en virtud de los sufrimientos del calvario, donde los testimonios la señalan al pie de la cruz, casi podemos decir en virtud de los dolores de parto, volvióse María, la Madre de todos nosotros que somos los redimidos, como ya era madre de El, que es el Redentor.

Como antes había sido destinada a recibir, Madre, el Cuerpo físico de Cristo, así fue dejada después para pasar a ser Madre del Cuerpo Místico de Cristo porque las Escrituras nos dicen que Ella se encontraba en medio de los Apóstoles, rogando en el día de Pentecostés, cuando el Cuerpo Místico de Cristo —la Iglesia—, fue manifestado al mundo.

Yo no he encontrado todavía a nadie que me amara menos a mí porque amase a mi madre. ¿Por qué entonces debéis pensar que el Señor pueda ser menos amado si amamos a su madre y de tan distinto modo? ¿Creéis acaso que nos habría dicho desde la Cruz: *"Esta es tu madre",* si hubiese pensado que nuestro afecto por Ella hubiese impedido de algún modo la adoración que tributamos a El? ¿No creéis más bien que quien no ame a vuestra madre jamás os haya amado verdaderamente a vosotros? ¿O

pensáis que pueda ocurrir en distinta forma con el Señor que plasmó, El mismo, a su propia Madre?

¿Preguntáis vosotros a qué se debe semejante amor, una tal devoción, tantos himnos y Ave María y tanta ternura? Por una sola razón: nosotros pensamos que Ella sabe formar a Cristo en nosotros, porque ha formado a Cristo en sí misma. Porque queremos volvernos semejantes a Cristo, nosotros amamos a María y creemos que Ella tenga el secreto: porque nosotros creemos que Ella conoce al Hijo más que ningún otro, le rogamos que nos enseñe a amarlo y a servirlo. Con las palabras de Mary Dixon Thaver, yo ruego:

Bella Señora vestida de azul:
¡enséñame a rezar!
Dios era sólo tu pequeñuelo
¡indícame qué le puedo decir!
¿Lo amparabas algunas veces
tiernamente en tu regazo?
¿Es cierto que le cantabas
como me cantaba mi mamita a mí?
¿Y tomabas por la noche sus manecitas?
¿Le narrabas la historia del mundo?
¡Oh! ¿Y es entonces cuando lloraba?
¿Tú piensas que en verdad le agrade
si yo le cuento tantas cosas?
pequeños hechos que se refieren a mí?
Ah, dime otra cosa: ¿producen ruido
las alas de los ángeles?
¿Me puede oír si hablo en voz baja?
¿Me escucha en este momento?
¡Oh, dímelo, tú lo sabes!
Bella Señora vestida de azul:
¡enséñame a rezar!
Dios era sólo tu pequeñuelo
¡y tú sabes cómo debo hacer!

¡En el amor de Jesús!

Poesía a la Virgen, de Mary Dixon Thayer, en “Un Niño sobre su regazo”. Macmillan Cº; Nueva York.

Pascua de Resurrección

Mensaje radiofónico del 9 de abril de 1950

"¿Quién nos removerá la piedra de la puerta del sepulcro?" (San Marcos, XVI, 3).

Amigos:

El Viernes Santo, cuando Jesús hubo exhalado su espíritu en manos del Padre Celestial y su cuerpo se puso frío como se pone el cuerpo de todo hombre muerto, sin palpitar ya su corazón, amigos que se habían encerrado en sus casas y admiradores anónimos que habían escondido su entusiasmo en el granero, comenzaron a aparecer. No habían estado junto a El en su agonía, cuando tenía necesidad de ellos, pero ahora se hallaban a su lado al morir, entretejiendo guirnaldas, vertiendo copiosas lágrimas, sembrando elogios...

Uno de ellos era José de Arimatea, que amaba secretamente al Salvador, no con el coraje suficiente para demostrarlo mientras El estaba vivo. Ahora buscaba mitigar su remordimiento, proveyendo a la sepultura del amigo ajusticiado. El rico consejero se dirigió resueltamente a Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesús, queriendo con ello evitar al Señor deshonrosa sepultura, como el ser arrojado, por ejemplo, en una fosa común donde los cuerpos de los delincuentes eran amontonados y a veces quemados.

Pilatos se mostró sorprendido al enterarse que el Señor ya había expirado y quiso del centurión una confirmación oficial de su muerte. Oído que hubo el informe del centurión, él accedió al pedido de José de Arimatea. José volvió entonces al Calvario, bajó a Jesús de la cruz, lo envolvió en un sudario recién adquirido y lo depositó en un sepulcro excavado en la piedra. Porque solamente una extraña tumba convenía a Aquel que es extraño a la muerte.

Entretanto se había difundido la noticia que el Señor había recibido decorosa sepultura de manos de José, el rico. Con la rapidez del rayo los fariseos acudieron a Pilatos para protestar contra la entrega de Su cuerpo a José. En vida habían querido la ofrenda de Su vida, y ahora, hasta después de muerto, sobre El tenían pretensiones.

Reunidos delante de Pilatos, manifestaron: *"Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: "Después de tres días resucitaré." Manda pues que se asegure el sepulcro hasta el día tercero; porque no vengan sus discípulos de noche, y le hurten y digan al pueblo: Resucitó de los muertos. Y será el postrer error peor que el primero"* (San Mateo, XXVII, 63-64).

Pilatos, irritado, respondió: "Tenéis una guardia: id, aseguradlo como sabéis." Las Escrituras nos refieren que, con la doble vigilancia de los romanos y de los fariseos *"yendo ellos, aseguraron el sepulcro, sellando la piedra, con la guardia."*

De dos modos se aseguraron contra el engaño; se sirvieron de una roca que, con palabras del Evangelio, era "enorme" y la sellaron. Y esto, para impedir que cualquiera pudiera tocar el cuerpo.

Jamás ha habido en la historia del mundo espectáculo más grotesco que el de esos soldados desviviéndose en cuidar un cadáver. Pero se vigiló el sepulcro porque Jesús había dicho que resucitaría al cabo de tres días. Aquí se apostan centinelas por miedo a que el difunto camino, por miedo a que, aquél que ha callado, hable todavía y que el corazón traspasado se despierte al respiro de la vida. Lo dicen muerto; saben que está muerto; se obstinan en repetir que no resucitará al cabo de tres días, *pero aún vigilan.* Han llamado impostor a Jesús. ¿Los engañará una vez más? ¿Acaso no les ha engañado ya, haciéndoles creer, en conclusión, que Aquél que ha perdido la batalla ganará la guerra?

Esta inaudita locura de vigilar una tumba describe exactamente la actual situación del mundo, ya sea en Rusia como en el espíritu contemporáneo en general.

Rusia ha difundido la ida de que Dios ha muerto y que la religión pasa por sus últimos momentos. El comunismo se basa en la teoría de que la religión es una invención del capitalismo para sostener la propiedad privada. Y afirma que, una vez eliminada la propiedad privada, la religión ya no será necesaria. En Rusia no existe el capitalismo desde 1917 no hay pues ningún hombre alrededor de los cuarenta años de edad que haya recibido instrucción religiosa.

Pero si Dios ha muerto, y la religión es un mito y la fe es el opio de los pueblos, ¿por qué vigilar entonces el sepulcro, sellarlo, difundir propaganda contraria a la religión, asesinar sacerdotes, desterrar a los fieles, deshumanizar a los Stepinac y a los Mindzenty? ¿A qué entonces el artículo 124 de la Constitución soviética, que prohíbe toda propaganda religiosa, si la fe ha muerto? ¿Por qué la quema de todos los libros religiosos en la zona oriental de Berlín? ¿Por qué no difundir noticias contra el zar o custodiar la tumba de Trotzky, cuando se apostan millones de centinelas destinados a custodiar aquello que se cree una tumba? Si Jesús, en su Iglesia, ha muerto, ¿por qué temer una Resurrección? ¿Por qué perifonear contra una ilusión, montar guardia junto a un cuerpo en corrupción, vigilar un sepulcro, hablar en contra de los cadáveres, atravesar con la espada una fantasía, armarse contra una ilusión, rechazar fantasmas que caminan de noche, desenfrenarse contra una invención de la mente?

¡Rusia! Por una sola razón entre todas, tú sellas el sepulcro de un hombre: porque temes una resurrección. Porque temes que, de cualquier modo, no obstante toda la vigilancia, en otra Pascua, habrás de desfallecer cuando la alborada traiga en sus suaves alas al Cristo redivivo. Echa una mirada a tu alrededor, en esta primavera, y contempla las diminutas tímidas violetas surgir desde la tierra para contarles su secreto al sol y al aire. Ellas te cuentan que otra resurrección te está rodeando y que ha de llegar un día en que Jesús redivivo, a quien tú has imaginado muerto para siempre, caminará nimbado por la luz para entonar un réquiem sobre tus tumbas y hacer nuevamente de Rusia, la Santa Rusia, en la fe de Cristo que es Resurrección y Vida.

Lo que acaece en Rusia, sucede también en el espíritu contemporáneo. Para él también Dios ha muerto. Y los hombres, arrogándose, bajo el nombro de eutanasia, el derecho de tronchar la vida humana, estiman que ha dejado de existir el mandamiento moral “no matarás”. Y, evadiendo por medio dei divorcio al divino mandamiento: *“El hombre no separará lo que Dios ha unido”,* dan por muerta la moral cristiana del matrimonio.

La educación moderna sostiene que la religión ha muerto y a los jóvenes se les enseña que el hombre no está hecho a imagen y semejanza de Dios sino que es tan sólo un costal fisiológico repleto de libídine psicológica.

Pero si Dios ha muerto y Jesús está sepultado para siempre como un hombre cualquiera ¿por qué afanarse entonces en plantar rocas delante de

su sepulcro? ¿Por qué decir a los secuaces de Freud: "*Vigilemos nuestras conciencias e impediremos que el sentido de culpa venga a atormentarnos durante la noche; digámonos que Dios no es otra cosa que un complejo de Edipo y ya lo veremos aparecer en el transcurso del análisis?*"

Si Dios ha muerto, ¿por qué insinuar a la inteligencia que selle la tumba de Cristo; por qué hablar de evolución y de bestias de la jungla primitiva, si no por miedo a que Jesús resurja en nuestras conciencias donde lo habíamos sepultado?

Si Jesús ha muerto en su Cuerpo Místico, ¿por qué escribir, publicar, escarnecer, atacar a la iglesia y poner al descubierto las manchas solares para probar que el sol ya no alumbra?

Do este modo, la conciencia moderna presenta el espectáculo más estúpido del mundo; no soldados y centuriones, mas filósofos, escépticos, agnósticos y psicoanalistas freudianos montan guardia ante la tumba de Jesús a fin de que El no resucite: amenaza y provocación en su pecaminosa vida.

Yo os lo digo: ellos verdaderamente tienen miedo de una resurrección. Pero podrían, del mismo modo, montar guardia a fin de que el sol no surja. Y sin embargo sus centinelas quedarán desmayados, rotos sus sellos, vencida su resistencia y Jesús ha de volver a brotar en sus conciencias y con El ¡el Amor!

Y nosotros también, los que ensalzamos nuestra fe, tenemos necesidad de una lección. Muchos de entre nosotros son como María Magdalena, que se aprestaba a aromar un cuerpo muerto, aun cabiendo que El es la resurrección y la vida, y se preguntaba junto a la tumba: *"¿Quién echará a rodar la piedra para liberar la entrada del sepulcro?"* Así también nosotros, viendo ochocientos millones de personas bajo el talón del Anticristo, con calvarios levantados a lo largo de toda la Europa oriental y a la Iglesia misma en un momento de derrocamiento, nos hallamos tentados de dirigir, en lenguaje moderno, la pregunta de Magdalena: "¿Quién levantará la cortina de hierro de la tumba de la Iglesia?"

La resurrección del Cuerpo Místico de Cristo se desenvolverá probablemente como en la primera Pascua, a través de una doble ceremonia en la cual tomarán parte cielo y tierra, porque Jesús renació de la muerte y la tierra se estremeció y el cielo envió a un ángel para remover la piedra. ¡Pueda nuestra generación asistir de nuevo a la misma unión de catástrofe terrestre y de manifestación divina, antes de que Jesús en su Cuerpo Místico vuelva a caminar triunfante sobre la tierra! Se inicia la

nueva era con la llegada de los cosacos y el arribo del Espíritu Santo. Y, así como entonces, el poder divino no vino separado del temblor de tierra, del mismo modo no podrá comenzar ahora una nueva época de paz, ni para la Iglesia ni para el mundo, si antes nuestros corazones no han de ser sacudidos y todas las rocas de nuestro egoísmo destruidas pedazo a pedazo.

Si se avecina la hora del sacudimiento de la tierra, próximo se halla también el día del triunfo. El demonio tiene su cuarto de hora pero Dios tiene su día. La Iglesia no ha tenido jamás su Viernes Santo sin su Domingo de Ramos. La Iglesia ha nacido bajo el signo de la tragedia, siendo derrotada y su Jefe es Aquél que se abre camino fuera de la tumba. No está lejano el día en el cual el Lirio del Rey se abrirá sobre otra Pascua, y aquellos que pensaban que todo había terminado, oirán preguntar por los ángeles: *"¿Por qué buscáis al Vivo entre los muertos?"* Cuando las naciones yazgan en su sangre y sus reyes formen parte de las generaciones sepultadas, veremos venir hacia nosotros sus pies caminando sobre las aguas."

Ellos llaman a Jesús un impostor, y es la verdad. Pero solo un impostor como Jesús puede satisfacer a nosotros que, del mundo, hemos tenido la primera desilusión: porque nos ha prometido paz y nos ha dado guerra; nos ha prometido eterno amor y nos ha dado la saciedad que traen los años.

¡Ven, pues, oh Jesús, tú que eres segundo en engañarnos, tú que apareces tan majestuoso y severo porque estás *"vestido de púrpura y coronado de ciprés",* tú que pareces crucificar nuestra carne y nuestro Eros! A la primera mirada, nos apartamos do ti protestando: *"¿Es que acaso todos tus campos deben ser fertilizados con la muerte?"* Mas ¡qué dulce engaño! porque, cuando comenzamos a conocerte hallamos en Ti el Amor que siempre habíamos buscado, desde el día en que el mundo nos engañó por vez primera.

¡Divino Traidor! ¡Apareces tan muerto y eres en cambio la Vida renacida! ¡Engáñanos con tus llagas para que nuestras almas frágiles, rompiendo sus cadenas, libres, vuelvan a Ti!